

Harlow - July 77

20530

CIVIL

EPISODIOS DE LA GUERRA

HISTORIA
DE UN
FUSILADO
CONTADA POR EL MISMO.

HOLLIVERS

EDITOR



EL EDITOR

Aunque el significativo título que lleva esta Biblioteca, indica por sí solo el propósito que el editor abriga, es á su modo de ver, si no necesario, por lo menos conveniente, explicar las miras á qué vá encaminado tal propósito.

Aun recientes las heridas abiertas en el corazon de la madre patria, desgarrado por sus propios hijos, manando todavía sangre estas heridas, han de ser de interés general los hechos del sangriento drama desarrollado en España durante estos últimos trabajados años. Si el misterio muchas veces, y su delicadeza algunas, no permite al moderno historiador alzar el velo que cubre tantos y tan extraordinarios sucesos, en cambio al novelista, usando de las formas que le presta el arte, de las peripecias que muchas veces le ofrecen estos mismos sucesos y de las galas de la imaginacion, le está permitido sondear estas mismas heridas y desentrañar tales misterios, con la forma deleitosa y ligera de la fábula.

La heroica defensa de algunas poblaciones, los rasgos de valor de algunos individuos, el trágico fin de otros, y todo lo que constituye la epopeya de la historia, despiertan en la imaginacion del novelista situaciones nuevas, tristes y difíciles, tiernas y patéticas.

Reunir en volúmenes separados estos cuadros trágicos, cuyo relato no puede ménos de conmover á la generacion presente y admirar á las venideras; detallar individualmente lo que en la narracion histórica solo puede tratarse incidentalmente; consignar los detalles mas íntimos de esos acontecimientos épicos, prescindiendo de esa relacion enojosa que á ellos precede cuando estan sujetos á las reglas de la unidad; escoger y entresacar, digámoslo así, lo mas notable y digno de admiracion de la guerra civil, visitando las tres regiones donde mas arraigo han encontrado, y hacer mencion de todo ello, uniéndolo á los hechos admirables é inesperados á que se presta la forma novelesca: tal es el objeto que guia al editor al anunciar al público la aparicion de la Biblioteca que titula

EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL.

Para tal empresa cuenta con apreciables y autorizados escritores de distintas procedencias, testigos presenciales de los hechos que relatan, con artistas renombrados que se encarguen de la parte ilustrada y, por último, con una fé inquebrantable que no le hace reparar en desembolsos de ningun género para llevar á cabo su propósito. ¿Cuándo tales elementos se aúnan, es aventurado esperar el apoyo del público inteligente? No lo creemos, porque aparte de todo esto, se ha procurado conciliar en la edicion el lujo y la economía.

2 869852-417

9-869852-4h7



HISTORIA DE UN FUSILADO. — Enardecidos los soldados se lanzaron en su persecucion.



ucion.

78-6

EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL

HISTORIA

DE

UN FUSILADO

CONTADA POR EL MISMO

1793

IMPRESOR DE LA BIBLIOTECA

HISTORIA

DE

UN ESTILADO

CONTADA POR EL MISMO

HISTORIA DE UN FUSILADO

CONTADA POR EL MISMO

SU AUTOR

JUAN BOTELLA CARBONELL

In terra pax hominibus.

HECHOS HISTÓRICOS DE QUE TRATA

España en diciembre de 1872. — Insurreccion contra las quintas. — Indisciplina del ejército. — Sucesos en Barcelona. — Sitio de Berga. — Accion de Prats de Llusanés. — Entrada de los carlistas en Molins de Rey (junio de 1875). — Las partidas catalanas. — Ataque de la Junquera.

BARCELONA

LIBRERÍA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR-IMPRESOR,

Calle de Escudillers, núm. 57.

MADRID. — E. y V. OLIVERES, calle de Tetuan, núm. 14.

1877

HISTORIA

DE

UN FUSILADO

CONTADA POR EL MISMO

EN AÑOS

LA BOTELLA CARBONELL

Es propiedad.

La forma que contiene.

HECHOS HISTÓRICOS DE QUE TRATA

Trata en términos de 1871 -- Transmisión con los
papeles -- Intención del ejército -- Situación en
los -- Sitio de Goya -- Asedio de Pasa de la Sierra --
Tratado de la capitulación en Madrid de 1808 --
Los papeles carbonell -- Situación de la guerra.

BARCELONA

LIBRERIA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR IMPRESOR

Calle de San Mateo, núm. 27.

Madrid -- E. y V. Oliveres, calle de Tolosa, núm. 14.

1877

À mi querida tia

D.^A JOSEFA CARBONELL

Quizá al pasar vuestros ojos por estas líneas se encuentren humedecidos por las lágrimas. Será que el título de esta obrita habrá despertado en vuestro corazón un recuerdo de amarga pena: la pena más desconsoladora que puede atribular el alma de una madre.

Perdonadme si con mis palabras abro la entreabierta cicatriz de la llaga inferida por la tiranía y la injusticia en vuestro corazón.

Vos habeis perdido un hijo sacrificado á la saña feroz del absolutismo bárbaro. Vuestra vista vió arrasada de lágrimas el nombre de un hijo querido escrito entre la lista de los mártires, vuestros oídos escucharon la cruel sentencia, y cuando corriais á echaros á las plantas del verdugo despiadado, encontrásteis en torno el silencio de la muerte y un monton de tierra removida que en su seno cubria los despojos del sér á quien habiais alimentado con vuestra propia sangre.

Yo cumplo, pues, un deber de conciencia, y os hago una pobre demostracion de mi respetuoso cariño colocando vuestro nombre al frente de la HISTORIA DE UN FUSILADO.

Al hacerlo, al dirigiros mi voz de consuelo, hermana querida de aquella santa mujer que me llevó en su seno, y á quien perdí en mi infancia, no puedo menos de hacerme eco de vuestro justo dolor y recordaros que el árbol de la libertad, que tan ópimos frutos dá á los pueblos, necesita, cuando la tiranía pretende secar su jugo y esterilizarle, ser regado por la sangre de los mártires.

Pensad esto, reflexionad que el sacrificio de mi amado primo no ha de ser estéril, y que si la ambicion y el desenfreno de los hombres os arrebató á vuestro hijo en la tierra, el Dios de la justicia os lo devolverá en la otra vida.

EL AUTOR.

DOS PALABRAS

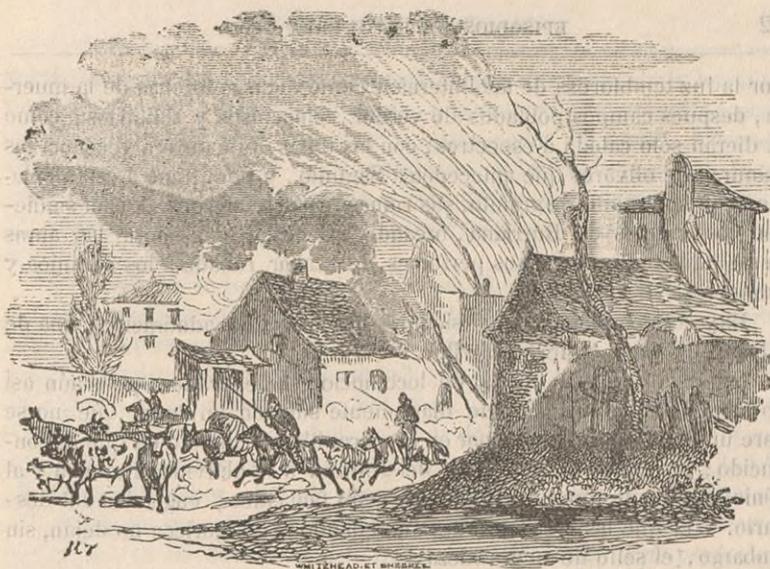
Lorenzo existe. El héroe de este episodio no es uno de esos seres creados por la fantástica imaginación del novelista: es un ser real que alienta aun. Si el presente libro no ofrece á los ojos del lector esa múltiple y variada serie de sucesos que con menor ó mayor trabazón coordina el autor para entretener los ocios del público, culpa es mía que he querido, quizá por parecerme de más aceptación, buscar el argumento de esta novelita en la vida real.

Esta ingenua declaración me autoriza á pedir benevolencia á los lectores que busquen en estas páginas hechos inesperados, situaciones extraordinarias, las más de las veces inverosímiles; pero en cambio puedo ofrecer escenas tiernas, cuadros patéticos y hechos admirables basados todos en la verdad histórica.

Si no estuviera tan llena de situaciones la azarosa época que se registra en las siguientes páginas, bastaría á despertar el interés del que nos leyere las desventuras de Lorenzo, ese pobre mártir del infortunio, cuya mano he tenido orgullo en estrechar. Si logro presentarle á tus ojos de la manera levantada que se merece y con las simpatías que á mí me inspiró, la primera vez que le ví, me consideraré satisfecho.

Barcelona Abril 1877.

JUAN BOTELLA CARBONELL.



INTRODUCCION

DE CÓMO EL AUTOR DIÓ CON EL HÉROE DE ESTA HISTORIA
Y SUPO SUS DESVENTURAS

Hace ya algunos meses, cuando el que estas líneas traza se encontraba atareado aún en escribir la *Historia de la Guerra Civil*, acosado por una de esas necesidades del momento, que no es del caso referir aquí, tuvo que abandonar su casa para dirigirse á la capital del Principado, dando para ello un rodeo, pues así le convenia á sus planes.

Yo habia atravesado, llevado por el ferro-carril, ese Pegaso de la moderna civilizacion, encarnacion y trasunto de nuestro siglo agitado, las dilatadas llanuras del reino valenciano, zona florida en cuyas campiñas brotan flores para alfombrar todo el mundo; habia pasado las horas primeras de mi viaje asomado á la ventanilla del coche que, impulsado por una fuerza extraña, parecia querer abandonar las dos bandas de hierro que le aprisionaban para volar con mayor rapidez; habia mirado desvanecerse ante mi vista, con los ojos atónitos de la admiracion, valles llanuras, montañas, barrancos, abismos y cavernas, remplazados luego por otros diques y murallas de granito que salvaba el tren sin dificultades; habia mirado pasar entre la claridad espectral de la mañana las cañas que pueblan los jardines que encierran á Valencia, alumbradas

por la luz temblorosa de las linternas, como vagas antorchas de la muerte, después campos poblados de verdor, silenciosos y solitarios, como si dieran sólo cabida á espectros; con las tintas de la aurora reconocí las llanuras de olivares que anteceden á Sagunto, y por último á esta población con su escudo de granito, sus ruinas y sus recuerdos. A esta siguieron los campos de Burriana, oreando mi frente pensadora las auras puras de la mañana con sus perfumes de azahar robado á los naranjos y limoneros.

Hay cosas en la vida que siempre nos causarán admiración: una de ellas es un viaje en ferro-carril.

No basta que este medio de locomoción se generalice, pues aún así no hay ser ninguno, aunque diariamente suba en un tren, que no se pare un momento á reflexionar en el maravilloso vehículo en que es conducido, á dirigir un recuerdo de gratitud á la actividad humana y al génio prepotente que dió vida á un sueño fantástico, engendro del desvario. Y es que las cosas grandes aún cuando se vulgaricen no dejan, sin embargo, el sello de su grandeza.

Un viaje en ferro-carril, para una mente soñadora, está siempre preñado de emociones, amenizadas por pensamientos nuevos. Si en la vida se sueña despierto, no hay ocasión más oportuna para soñar que asomado á la ventanilla de un wagon. Yo he visto á un sencillo labriego pasar horas y más horas en esta actitud sin sentir el cansancio de sus piés ni el aire huracanado que azotaba su cara con furor. ¿Qué pensaba aquel hombre al ver trepidar el tren, arrobado por el mudo entusiasmo? Lo mismo que yo: mucho y nada.

El pensamiento vuela á medida que los sentidos.

Cada objeto que se desvanece en lontananza, cada piedra que se pierde, cada árbol que en loco remolino corre á ocultarse detrás de nosotros nos hace arrancar un suspiro, porque animados por recuerdos pasados les vemos perderse y les mandamos un adiós de despedida.

Una casita pequeña sombreada por un grupo altísimo de chopos, bajo los cuales juguetean algunos niños; una ventana festonada por el verde ramaje y medio cubierta por persianas también verdes, por la cual asoma la cabeza de una curiosa muchacha de rosadas mejillas; un coche que parte en distinta dirección; una vela latina que se confunde entre el blanco celaje del mar; un anciano que camina con el lento paso de los años hácia su pueblecillo, medio oculto en las próximas colinas; todos, todos son seres que se ausentan y á quienes vemos desaparecer con angustia.

« ¡ Qué feliz sería yo aquí ! » nos decimos al contemplar un grupo de gentes que se divierte en las eras de un pueblo; pero aquel pensamiento se ahoga al nacer para dar paso á otros que trae luego el tren con su marcha rapidísima.

Y la aglomeración de pensamientos fatiga nuestra mente, pero para

la imaginacion y los sentidos funcionan. Oímos el silbido de la locomotora que anuncia el cruce de un camino ó la entrada de un túnel, espantoso agujero por donde el tren se arrastra como un reptil, haciendo chocar cadenas y dando voces estridentes y lastimeras cual las de un condenado, y otras ideas sombrías y espantosas como la oscuridad que envuelve los objetos, vuelven á embargar nuestra atencion sin darle un momento de reposo.

Si los pasados siglos han tenido cantores que, haciéndonos caso omiso de sus absurdas tendencias y de sus erradas aspiraciones, nos han hecho suspirar á su recuerdo, ¿con cuánto más agrado no leerá la posteridad las grandezas del presente siglo? ¿Qué asunto más grande puede ofrecerse á la soñadora mente del poeta para tema de sus canciones que las conquistas de la civilizacion y del progreso? ¿Dónde resonará la voz del bardo con más melodioso encanto que uniéndola á la voz estridente del vapor, himno conmovedor que extasia la imaginacion?

¿Quién ha visto dibujarse en la oscuridad la marcha de una locomotora y no se ha admirado ante aquel *leon con melenas de centellas*? ¿Quién ha visto elevarse en azulada espiral el humo que despidе el corcel de hierro confundiendo con la trasparente gasa de las nubes sin postrarse de hinojos ante aquel incienso quemado en los altares del progreso humano?

En verdad que tantas maravillas como los adelantos modernos nos ofrecen de continuo, como benéfico galardón arrancado á los secretos de la naturaleza por la actividad humana, no nos dan casi tiempo suficiente para el exámen y admiracion. Los espíritus débiles y pusilánimes se estremecen á la vista del cuadro que ofrece el mundo civilizado, y acompañando sus frases de un temor pueril hácia una caída exclaman atemorizados: «¿A dónde vamos á parar?» pero el animoso responde con resolución: «¡Adelante!»

Poco tolerante, lector querido, con muchos de los autores que usan de largas digresiones, veo á pesar mio que yo he venido á dar en esta manía apenas he trazado los primeros renglones de esta verídica historia que pienso relatarte, y tú que debes ser más severo para conmigo que yo mismo, es seguro que fruncirás el entrecejo por la libertad que me he tomado. Ciertas licencias sólo les están permitidas á autores como Víctor Hugo que aunque llenan un sin fin de páginas como él, reflexionando sobre un cañon que rueda por el entrepuente de un buque, saben cautivar la atencion del lector.

Esto dicho voy pues á seguir el hilo de mi apenas comenzada, interrumpida narracion; que no era necesaria tanta letra para poner en tu conocimiento qué viajaba en ferro-carril, medio de viajar, que aunque cómodo y rápido, tuve que dejar para usar del más antiguo, si mas fatigoso de caballería, porque tuve que internarme hácia la parte del

campo de Tarragona, y en un pueblecillo por donde no toca la vía férrea que, partiendo desde Valencia viene á conducirnos á la industriosa Barcelona, la ciudad de los Condes.

Y puesto que ya he vuelto á coger el hilo de mi narracion me agarró á él para no abandonarle mientras no me lo permitas ni yo lo crea oportuno; que no puedo hacer formal propósito de enmienda, mientras me deje dominar del corazon.

Abandoné pues, como iba diciendo, la vía férrea en una de las estaciones próxima á Torredembarra, y *caballero* en un borrico, que me proporcioné juntamente con un guia experto, mediante algunos reales, me dispuse acto seguido á emprender la marcha hácia la poblacion donde me llamaba un deber de amistad y de conciencia.

Has de saber, amigo lector, por si no te lo he dicho aún, pues soy flaco de memoria si de cuerpo, que la estacion en que yo viajaba era la de otoño. Nadie ignora que el invierno que hemos terminado (1876) ha sido uno de los más templados conocidos; pero aunque así sea, en el país por donde yo pasaba, y más viajando á caballo y siendo la hora del crepúsculo, siempre se siente un airecillo molesto aunque soportable.

Mis piernas comenzaban á enfriarse á los pocos instantes de marcha, pero esto no impedía que mi vista se recreara en el espectáculo magestuoso y conmovedor de la naturaleza, que en gracia á la brevedad y por no dar en reminiscencias dejaré de describirte.

Sea efecto de mi abstraccion, sea que en realidad el trayecto es corto, lo que puedo decirte de cierto es que llegué casi sin aperebirme de ello al término de mi viage, y aunque mis narices amoratadas y mis helados piés me manifestaran lo contrario.

Llegamos mi guia y yo á las tapias del pueblo, y sin detenernos un solo instante, y sólo cambiando algunas frases, nos internamos por unas callejuelas angostas y tortuosas al fin de una de las cuales se detuvo mi guia y yo, que habiéndome apeado ya me metí precedido por el primero por un portalon desproporcionado que nos condujo á la entrada de una de esas posadas con honores de fonda, término medio entre figon y parador, que nosotros hemos dado en la mania de dar á conocer por la ampulosa y extrangeriza palabra de *restaurant*.

Pocos pasos habiamos dado cuando nos encontramos de manos á boca con un hombrecillo rechoncho y coloradote, de sonrisa inagotable, cuyo vientre abultado parecia una especie de globo terráqueo, que tenia por peana unos piés colosales, calzados por alpargatas de las que usan los naturales del país aquel.

— ¡Hola, Quico! dijo el aludido dirigiendo su palabra y su sonrisa á mi acompañante, — ¿qué vientos te encaminan por aquí?

— Te traigo un *pasajero*, — repuso mi guia señalándome al mismo tiempo con un movimiento de cabeza y apartándose á un lado para que

pasara, mientras dirigia la vista al pacífico asno que me habia llevado en sus lomos.

Un pasajero para un posadero es una humanidad que difiere en mucho del resto de los demás hombres. Es ya costumbre general que adquiere cada oficio el de señalar á un sér de una manera genérica. Para un cóchero un hombre es *un asiento*, para un fondista *un cubierto*, para un peluquero *una barba*. No he de hablaros aquí, por parecerme escusado, de la larga série de cumplidos y palabras afectuosas que siguieron al exámen detenido que el buen posadero hizo á mi talante y á mis vestidos.

Advertido, empero, de mis deseos de que se me preparara una cena y una cama, tuvo que cortar el hilo de sus impertinencias para decirme que tuviera la bondad de pasar adelante y tomar asiento junto á la chimenea, en donde chisporroteaban una buena pila de troncos, mientras dictaba las oportunas órdenes para dar cumplimiento á mis manifiestos deseos.

Pasé á la cocina. Era ésta, como las de casi todas las posadas ó ventas, de grandes dimensiones, y estaba rodeada por ambos lados por un banco hecho de mampostería.

Sentados en uno de los costados sobre uno de esos bancos, habian tres ó cuatro personas de edades distintas y distintas caras, todos vestidos á la usanza de los arrieros del país y sosteniendo entre sí una animada conversacion que, aunque no pude interpretar, no excitó mi curiosidad, á pesar de tener esta cualidad bastante desarrollada.

Veíanse más allá dos tipos *sui generis*, especie de saltimbanquis que aspiran al nombre de artistas. Delataban los cabellos entrecanos del primero al hombre de avanzada edad; el segundo, apenas sí contaria con unos diez y ocho años; pero los dos iban vestidos con ropas parecidas. Por ellas y por el lenguaje que usaban, el cual participaba de todos los tonos y giros, se adivinaba en ellos á esos hijos del destino, cuya vida guia un cúmulo de circunstancias extrañas; séres acorazados por el estoicismo para sostener una lucha contra lo imprevisto, almas de Epicuro que le hacen guiños de pillete á la fatalidad.

Al otro lado, solo como la imagen del dolor y pensativo como la misma, se veia un jóven de aspecto bondadoso y triste. No podia negarse al mirar su cara que aún no habia cumplido los treinta años, y sin embargo, sus cabellos cenicientos, sus ajadas megillas y sus ojos empañados le daban cierto aire taciturno, propio solo de los cuarenta años que han pasado entre el dolor y la miseria.

Apesar de esto, el personaje que nos ocupa dejaba entrever en sus ojos, lucientes por la llama de la cocina que reverberaba en ellos, y en sus lábios un destello tristísimo de dulce resignacion. A ir con las ropas

desgarradas se le hubiere podido tomar por Job arrojado al estercolero, bendiciendo á su Dios.

Después de ocuparme de los dos colegas de Bamboche, que como séres estraños miré con detención pasé á hacer el exámen del jóven de que acabo de hablar, junto al cual habia tomado asiento sin que él se apercibiera de ello, pues continuó con la misma inmovilidad de ántes, dirigiendo fijamente sus ojos á las llamas que, ya azuladas, ya rojizas se deslizaban al rededor de los troncos para venir á besar y confundirse con otras llamas.

Yo no puedo afirmaros el tiempo que pasé reflexionando mucho sin coordinar nada. Ocupábame á la sazón en hacer vagar mi imaginacion en lo desconocido de un alma. Tal vez si hubiera podido penetrar en ella, como poco despues, cuando de lábios de mi compañero de banco supe la historia que os prometo relatar, hubiérame abismado en un océano de sombras ¿por qué que es sino el corazon tronchado por el infortunio, azotado por los pesares, destituido de todas las tiernas afecciones que le hacen latir dulcemente, si un rayo de fé divina no viene á iluminarle? Un espantoso abismo de tinieblas, un antro tenebroso en donde reina la noche eterna. El posadero vino á distraerme de mi meditacion para anunciarme que tenia ya preparada mi habitacion á la cual podia pasar si lo preferia así, para que se me sirviera la cena.

El estómago, ese implacable tirano de todo sér creado, habia escuchado con regocijo las palabras que en tono de vendida amabilidad me habia dirigido el dueño del establecimiento. Llevándome, pues, de sus insinuaciones, abandoné mi asiento para seguir al susodicho posadero, que me hizo subir una desvencijada escalera al cabo de la cual encontramos un corredor en el que se veían varias puertecillas numeradas. Abrió una de la derecha mi acompañante que inclinándose respetuosamente me hizo pasar, acompañando á estas palabras una sonrisa que como todo lo que se dá en las posadas cuesta caro al viajero:

— Le he hecho preparar esta habitacion por ser una de las más espaciosas de casa y estar mejor amueblada. Además tiene vistas muy alegres y una luz excelente durante el dia; puede V. ocuparla sin el menor escrúpulo, porque aquí pobres podemos ser, pero limpios. Pasé revista á lo que él llamaba una de sus mejores habitaciones, que se reducía á un cuarto ni espacioso ni elegante y á una alcoba en donde se veía como encajonado un lecho, sino mullido y limpio, descomunal: una de esas camas no ya de matrimonio, sino de familia.

Pero todo esto lo reparé casi sin fijarme en ello. El huésped de la cocina, aquel jóven silencioso y taciturno, me habia causado una honda impresion. El posadero que seguia mirándome, como pretendiendo estudiar en

mis ojos el efecto que me habia causado el tabuco, notando mi silencio volvió ha hablar de esta manera :

— He dispuesto una cena abundante para V., pues supongo que le vendrá mal. El viajar siempre da apetito, y si V. le tiene, se le servirá en seguida. Despues puede entregarse al descanso si lo cree conveniente, sin temor de ser molestado por ruido alguno, porque la habitacion de la derecha está desocupada y la de la izquierda poco menos, puesto que la ocupa ese jóven que se encontraba junto á V. en la cocina.

— ¿ Le conoce V? — repuse yo.

— ¿ A quién, á Lorenzo? — dijo el posadero que por lo visto tenia más deseos de charlar que una cotorra. — Es un pobre muchacho, licenciado del ejército á quien le han sucedido durante el servicio lances estupendos. Figúrese V. que se le ha tenido por muerto y que hace algunos meses se presentó sin saber cómo. Es hijo de un pueblecillo de estas inmediaciones, y aunque no sé muchos detalles de su vida, sino los que públicamente se dicen, conocia un poco á su familia, á quien segun parece ha perdido.

— ¿ Y ahora vuelve á su poblacion? —

— No: segun parece se dirigirá á Barcelona á recoger algo de lo que se le adeuda aún, y á hacerse reconocer una herida de la pierna que le molesta.

— Está bien — dije al posadero, despues de tomar asiento junto á una mesilla que cubria su modesto pino con una pintura que remedaba muy mal la caoba, y que para disimular su cojera se la habia arrimado á la pared, — puede V. ordenar que me traigan la cena.

Media hora despues habia ya reparado mis fuerzas con algunas viandas que no sé si con motivo de mi apetito ó porque en efecto lo eran, habia encontrada exquisitas.

Despues, colgando de un clavo la cartera de viage y debilitando un poco la luz del quinqué, cerré la puerta de mi habitacion en la que se habia colocado ya mi maleta, y bajando las escaleras fui á buscar un sitio junto al fuego.

Todavía se encontraba en el mismo sitio, y hasta en la misma actitud, el jóven que de tal manera habia logrado atraer mis simpatías.

Los demás viageros, ocupando sitios más distantes del que á la vez era comedor y cocina, se entretenian en despachar algunos guisos, acompañando su comida de sendos tragos, que les hacian más expansivos y alegres.

Yo tomé asiento al lado mismo de Lorenzo, á quien por las oscuras noticias que me habia dado el posadero miraba con mayor curiosidad é interés.

El ruido que produjeron mis pasos al cruzar la cocina, hizo esta vez levantar la vista de mi compañero que se fijó en la mia.

En aquellos ojos grandes y negros, lei no sé que tierna historia de lágrimas que me hizo conmover.

Dos ó tres veces después, y en diferentes intervalos, me encontré con la mirada aquella que, lo confieso sin reserva alguna, comenzaba á hacerme daño.

Imposible sería deciros, lectores amados, cómo y por qué entablamos conversacion.

Hoy, que al sacar á mientes aquella escena, torturo en vano mi memoria para poderos decir lo que allí pasó, ignoro lo mismo que siempre quien fué el que dijo las primeras frases, aunque supongo que fui yo que, deseoso como me encontraba de entablar relaciones con Lorenzo, no debí reparar en los medios que para ello me sugirió la imaginacion.

A las primeras palabras comprendí que mi compañero era uno de esos hombres de carácter poco expansivo. Después le hice justicia y pensé que este carácter se le habia formado con el infortunio.

A pesar de ello no reparé en las dificultades de captarme la amistad de tan noble como infortunado jóven, y para ello usé de toda la amabilidad posible. Descubria en mi interlocutor un fondo magnífico donde habia un depósito inmenso de fé y de resignacion que la amargura no habia logrado acibarar.

Una vez cruzadas las primeras palabras, ya no fué para mí cosa difícil el averiguar lo que tanto deseaba.

Un adagio vulgar dice que las palabras son como las cerezas: se entrelazan unas con otras, y al intentar sacar una del plato salen muchas á la vez.

Dos horas precisamente duró nuestra conversacion; pero dos horas que para mí tuvieron la duracion de cortos minutos. Al terminar estreché con efusion la mano de mi interlocutor, sin poder dominar la emoción que me embargaba.

Lorenzo me agradeció con una mirada el interés que le manifesté, y dobló su cabeza al peso de los recuerdos que acababa de evocar.

— ¡ La guerra ! ¡ la guerra ! — decia yo entre mí contemplando la actitud meditabunda de mi compañero. — Si vosotros hombres indiferentes que la provocais sin que á vosotros lleguen sus consecuencias terribles, si los que la encendeis con vuestra ilimitada influencia, sintieseis vuestra alma desgarrada por el dolor que embarga á este desventurado; si los que desde el fondo de vuestros gabinetes ó desde las mesas del café apoyais ¡ insensato ! estas criminales luchas civiles, porque la pasion de partido ó el sacrilego egoismo os dictan sofisticas apreciaciones, ¡ ay ! si todos vosotros tuiérais que derramar las lágrimas, recoger los dolores, saborear la amarga copa del infortunio como el soldado, ese oscuro campeón, ese modesto héroe que lucha sin aspirar á recompensa alguna, ¡ de qué distinta manera la juzgariais !

Pasó como una media hora.

Despues Lorenzo, apoyándose en una muleta que habia en un rincon, estrecho mi mano y se dispuso á abandonar aquella estancia.

Yo me levanté y le detuve un momento.

— ¿Se marcha V. ya ?—le dije —Perdóneme V., amigo mio, si con mi impertinente curiosidad he venido á remover la herida abierta tan recientemente en su corazon, y crea en la sinceridad de mis palabras. La revelacion de V. me ha interesado notablemente, y el recuerdo de esta noche quedará por mucho tiempo grabado en mi corazon. Soy un poco aficionado á la literatura, y algun dia espero tener ocasion de dar á conocer al público la sencilla relacion que acaba de salir de sus labios. ¿ Me autoriza V. para ello, desfigurando algunos de los nombres y personajes reales ?

— Puede V. desde ahora, — repuso el infortunado Lorenzo con voz entera, — hacer el uso que crea conveniente de la historia de mis desventuras; nada se pierde con que la sepa el mundo; no hay necesidad, empero, de que conozca el héroe.

— Gracias, — le repuse. — Mañana parto para Barcelona, en donde mis ocupaciones me retendrán por algun tiempo; no puedo ofrecerle á V. mi domicilio porque aún lo ignoro: pero allí, como en donde me halle encontrará V. un buen amigo, dispuesto á cuanto pueda serle útil.

— Gracias. Tambien yo voy á Barcelona. ¿ Quién dice que allí nos podamos encontrar ? Adios.

— Adios, Lorenzo.

Al siguiente dia partí para Barcelona, y aquí me tienes, lector querido, con la pluma en la mano, dispuesto á contarte, tal como salió de los lábios de Lorenzo, la HISTORIA DE UN FUSILADO.

HISTORIA DE UN FUSILADO

Corría el mes de diciembre de 1872.

D. Amadeo I, rey cuya grandeza en la caída ha admirado y aún admira hoy el hidalgo pueblo español, sentábase aún en el sólo de San Fernando, aunque fatigado de los ya continuos altercados de los partidos revolucionarios que habian preparado su venida.

Unos y otros se destrozaban entre sí dando vidas á su desmedida ambicion y bajo egoismo. En vano el monarca habia procurado unirles dentro de la legalidad constitucional. En vano ponía en juego su influencia para que el palacio de la representacion nacional, ese templo de las leyes, fuese un palenque donde en buena lid y con la buena fé de patriotas se trataran de las necesidades de España. El Congreso no era más que un verdadero campo de Agramante, donde no faltaban hidras devoradoras, y en donde se reflejaba el influjo de las más violentas pasiones de partido. El amigo de ayer bastaba á convertirse en enemigo el más harterero del gobierno y de las instituciones constituidas, con sólo que se le negara una sólo de las continuas exigencias con que molestaba al gobernante.

Los que ayer, abrazados al tronco del Estado, prometían derramar hasta la última gota de su sangre en las gradas del trono, hoy le dirijan los más rudos ataques en la oposicion, despechados por su caída.

Los partidos más conservadores exigían del monarca, para poder gobernar, la suspension de los derechos individuales que pasaban sobre ellos *como una losa de plomo*, y esta exigencia que atacaba el réjimen representativo, hería de rechazo la dignidad de la monarquía, y cercenaba las omnimodas libertades proclamadas en esa democrática Constitución de 1869, que, aunque oscurecida y anublada, es el destello más brillante del astro revolucionario de Setiembre.

D. Amadeo no sabia que direccion tomar; entregarse á los conservadores era fallar á la Constitución que habia jurado acatar y que estos pretendían anular con su práctica gubernamental. Entre los más avanzados estaba el gobierno de la torpeza y de la debilidad. Reunir elementos he-

terogéneos era imposible. Si los buscaba entre los partidos que habian turnado en el poder no podia conseguir sino las disensiones continuadas. El de Saboya hubiérase levantado por encima de los partidos y hubiera buscado frutos frescos y lozanos entre esos patriotas ocultos, que desde el seno de sus hogares hacen votos por la felicidad de su patria, pero ¡ay! esos elementos son difíciles de encontrar, porque modestos y desprendidos, ocultan su cara como la ruborosa doncella y se apartan con temor del camino de las luchas políticas, porque tienen un fanático horror á lo que se llama poder.

En este estado se encontraba España al terminar el año 1872.

La division de los partidos liberales, poco hábiles y espertos, crecia, azuzada por no sé que génio maléfico enemigo de la dicha de nuestra patria; y esta descomposicion se notaba tambien en nuestro aguerrido y valiente ejército que hasta entónces habia conservado incólame una union inatacable.

La envidia y la injusticia de los partidos comenzaba á dar su fruto amargo. Nulidades sin antecedentes, ni historia, ni responsabilidad, ostentaban grados y condecoraciones vergonzosamente ganadas en el *agua turbia de los pronunciamientos militares*, cuando nó en los despachos del ministerio de la guerra; mientras que el verdadero génio militar, el caballero pundonoroso y valiente que servia á su patria sin mirar quien gobernaba y tremolando en sus brazos como sola bandera la nacional, se veia pospuesto y rezagado por los conspiradores de cuartel ó militares de alcoba.

Estas divisiones habian dado, como dicho habemos, su fruto amargo. La hidra del absolutismo, tantas veces irritada contra el liberalismo durante el presente siglo, habia levantado sus amenazadoras cabezas dejando á su paso un surco sangriento.

En abril del año que llevamos citado habia comenzado la insurreccion carlista en el Norte de España. Varias veces habian intentado los partidarios del llamado duque de Madrid, despues de la revolucion de Setiembre, alzar su odioso estandarte, pero la actividad de un general, sino ilustre por sus hechos célebre por su enérgica entereza y temerario arrojo, habia bastado para hacer abortar estos pronunciamientos.

El convenio de Amoravieta, despues de la derrota de Oroquieta, habia puesto fin ahora á la intranquilidad de las provincias Vascaas, pero más arrojados ó menos perseguidos los absolutistas catalanes, siguieron durante los restantes meses de 1872 llevando en sus manos la incendiaria tea de la discordia.

Sin fuerza, autoridad, ni prestigio el gobierno de Ruiz Zorrilla para atajar los males que amagaban el poder, iniciaron una política incierta cuyo objeto era sostener sus puestos por medio de concesiones vergonzosas, y sacar el mayor partido posible del futuro heredero.

Débil por una parte el gobierno ante los desmanes, tuvo que dejar en la impunidad insurrecciones tan pobres en elementos como la que se inició en el Ferrol, y otras que se siguieron después con motivo de las quintas.

En el entre tanto cundía el descontento entre los jefes del ejército, presentaban su dimisión los del cuerpo de artillería con motivo de la terca obstinación del ministro de la Guerra Sr. Córdoba, y este descontento, reflejándose en las filas, infiltraba la desmoralización en unos soldados ya impacientes de lucha; mientras que las provincias catalanas entregadas á los horrores de una guerra fratricida eran paseadas con sin igual descaro por los cabecillas carlistas que ni perdonaban la propiedad común ni la particular, ni dejaban de demostrar su osadía, á la que daba vuelos la descuidada persecución que se les hacía.

Tal cúmulo de desventuras prometía aumentar si á su paso no se oponían eficacísimos remedios.

II

Como á unas dos leguas de distancia de Villafranca del Panadés, y más hácia el S. O. de España, se encuentra un pueblecillo que como no estamos autorizados para dar á conocer á nuestros lectores, porque los hechos en él ocurridos son recientes, le designaremos con una inicial cualquiera, C., por ejemplo, á la manera que lo hacen los geómetras que tienen que presentar alguna incógnita en el problema que plantean.

Dominando una llanura, C., pues que así hemos acordado llamarle, toma asiento sobre el duro lecho que le presta una montaña, y desde allí, oculto por arboledas gigantes, aparece á los ojos del viajero semejante á esas coquetas que sonríen ocultando su faz encantadora entre las varillas de un abanico.

Corónale de eterno verdor el gigante de granito, en cuya rugosa frente se ve marcado el paso de los siglos, y mándale sus frescas emanaciones el mar que á lo lejos se dilata como una sábana plateada, que á veces desata sus anillos cual la amenazante culebra del desierto.

Desde las últimas casas del pueblo que terminan en un calvario ó *via-crucis*, cuyo camino queda marcado por dos filas de cipreses, esos árboles melancólicos que la piedad cristiana ha sabido colocar allí donde el alma se siente inspirada por su Dios, hasta el otro término de la población, hay una ligera pendiente que no termina hasta una distancia como de un cuarto de hora que separa á C. del cruce de dos caminos vecinales, uno de los cuales dá hácia los campos de la villa, conduciendo á sus moradores al trabajo cotidiano, y otro, atravesando también una llanura, vá á desembocar en la carretera que une á dos importantes poblaciones.

El cruce de los dos caminos que acabamos de indicar es bastante espacioso y está durante el día animado por la gente que transita. En uno de sus costados se ve uno de esos pozos de grandes proporciones que en su brocal tiene algunos troncos, por los cuales deslizan las muchachas sus cuerdas cuando van á llenar sus cántaros. En frente, y como sirviendo de escudo al que pasa, se ve una cruz de piedra que se ostenta sobre unas gradas también de piedra, donde el viajero fatigado reposa, y el desvalido y el huérfano doblan su rodilla para comunicarse con el Sér Criador por medio de ese incienso místico del alma que brota á los lábios convertido en una plegaria.

Este centro delicioso de C. viene á formar una plazoleta que la naturaleza se ha complacido en embellecer, dándole todos sus atractivos. Un muro de zarzales y enredaderas que sirven de límites á los campos vecinos, vienen á cerrarla en un círculo gracioso, encima del cual se ven unidos por un capricho extraño, algunos tilos y chopos con frutales de varias clases, tales como almendros, melocotoneros, perales etc., que durante distintas épocas del año asoman alternativamente sus flores y frutos sobre los tapices verdes, como si ofrecieran sus primicias al que pasa. Seducido el que se retira ó el que se aleja del pueblo por la belleza del lugar, descansa un momento en aquella morada, desde donde se puede contemplar, entre algunos contornos vagos de la población, la alta torre de la misma.

Los que hemos nacido y pasado nuestra niñez en pequeñas poblaciones difícilmente podemos olvidar ciertos centros de recreo y solaz en donde han pasado nuestros juegos de la infancia. La capital con su vida de actividad y turbulencia apenas si conserva algo que nos recuerde el ayer, porque el egoísmo unas veces y las necesidades otras, hacen que la demolidora piqueta no se dé un punto de reposo. Cuando hace ya algún tiempo volví yo á mi ciudad adoptiva, recuerdo que sufrí un desencanto grande. Las necesidades de ensanche hicieron que sus murallas, duras cinturón que la oprimía, desaparecieran para dar paso á nuevos y elegantes edificios.

—No es verdad,— me digeron los que me acompañaban,— que la ciudad ha ganado con el derribo de las murallas,

—;Ah!— dije yo para mí exhalando un hondo suspiro, que no sé como interpretarían mis cicerones.

Habían hecho desaparecer con las murallas uno de esos templos del recuerdo.

III

Si el lector hubiera mirado, en una de las tardes del mes de diciembre del año á que hemos hecho referencia anteriormente, el sendero que

conduce desde C. á la plazoleta ó cruce de caminos que custodia la cruz, hubiera visto bajar en aquella direccion á dos jóvenes de distinto sexo cogidos por la mano.

Iba ella, muchacha de unos diez y seis años al parecer, y de varonil y agraciado rostro, con la frente inclinada y el paso débil y vacilante, como el que teme salvar una distancia al término de la cual ha de hallar un dolor. El mozo, de distinguido porte y de finas maneras, que forman contraste con su modesto traje, por el contrario parece caminar con resuelto paso, y marcha como arrastrando á su compañera.

Son cerca de las cuatro. A las cuatro de la tarde de un dia de diciembre, por despejado que esté ya queda poco sol, y aun éste ofrece poco calor. Afortunadamente la tarde era tranquila y no habia que temer los rigores del frio así que el astro del dia abandonara nuestro continente.

— Ven, ven Mercedes; — dijo el joven con entonacion melancólica. — Las gradas de esta cruz te darán el descanso que necesita tu cuerpo, y á mi me devolverán la tranquilidad que el alma ansia.

— ¿Qué intentas Lorenzo? — preguntó la joven antes de llegar al sitio donde queria conducírsela, acompañando sus palabras con una mirada apasionada.

— ¡Qué intento! — repuso aquel, — ¿lo dudas aún? ¿puedes no haberlo acertado? Verte, hablarte por última vez, pero solos los dos.

— ¡Dios mio! ¿por última vez has dicho? ¿luego no hay esperanza? ¿luego tienes que abandonar nuestro pueblo?

— Sí, Mercedes, sí. A no ser por tí, desde el primer momento hubiera pedido ir á empuñar el fusil. Tu amor me ha hecho cobarde y no sólo he oido con gusto los locos proyectos de mis padres, sino que yo mismo les he ayudado en las pesquisas necesarias para buscar la cantidad que me redimiera del servicio de las armas, pero todo ha sido inútil; ningun corazon ha escuchado las súplicas de mi padre, ni se han enternecido ante las lágrimas de mi madre. Ya sabes que lo poco que tenemos es en arrendamiento, pero nosotros nos hubiéramos sacrificado durante dos años y hubiéramos pagado la cantidad necesaria. En fin no hay que pensar más en ello, Dios lo quiere así, y debemos acatar su voluntad.

— Yo no quiero que te vayas, Lorenzo mio — exclamó la joven con desfallecido acento derramando lágrimas abundantes. — ¿Qué será de mí si tú me abandonas? Yo no podré sobrevivir á tan larga ausencia. Mi dolor será intenso.

— ¿Crees, — contestó Lorenzo, — que el mio será menor? ¿Supones en mí un corazon de roca? ¡Ay, Mercedes, que la batalla de mi espíritu será más ruda! Tú te quedarás aquí; tú no abandonarás este pueblo teatro de nuestro amor y podrás vivir de los recuerdos; entregada á ese dulce éxtasis del alma que nos arroba. Tú serás feliz en medio de tu do-

lor, porque el aura que ha recogido nuestras protestas de amor volverá á repetir las en blando murmullo; tú escucharás los dulces trinos del jilguero enamorado, el mismo que cantó con nosotros, y recogeras la flor temprana, hija quizá de aquella misma que otros años pasó desde mi corazón á las trenzas de tus cabellos. Tú serás feliz en la ausencia porque yo dejo á qui mi alma, mis recuerdos, todo el sér de mi sér; y podrás comunicarte con todo lo que te rodee, porque todo te dirá: «ama, espera.» Pero yo, lejos del hogar pacífico donde pasé mi tranquila niñez, sin contemplar el ángel bendito de mi amor y mi esperanza, sin sentir los tiernos halagos de una madre cariñosa, ni la voz augusta de un padre amantísimo, extraño á todo cuanto me circunde, ageno á todo cuanto me rodee, comeré el negro pan del cuartel, y despues ¿quién sabe? tal vez sufra las fatigas de largas marchas, las penalidades del campamento. Si una bala enemiga atraviesa mi cuerpo, sufriré solo y sin consuelo la fiebre del delirio, apuraré la amarga copa del dolor en el lecho sudoroso de la caridad, y sin la esperanza de encontrar unos ojos amigos que me sonrían, tal vez abandone este mundo con el desconsuelo de no tener una mano piadosa que cierre mis párpados, ni sentir el rocío del alma venir á refrescar mis despojos.

— No prosigas... ¡ Ah!

— Bien sabe Dios, — siguió enternecido Lorenzo, — que no es mi ánimo atormentarte con la pintura de cuadro tan desgarrador. Háblote para darte aliento y consuelo; para mostrarte la inmensa diferencia que existe entre mi situación y la tuya. Seca tus pupilas, Mercedes. Alíentenos la dulce esperanza. Dios nos protegerá á ambos contra el infortunio.

— ¿ Pero y tú tío? — preguntó la muchacha como el que mira aún una tabla de salvación junto á sí. — ¿ Habéis recurrido á él? El es rico y no es posible que os deje abandonados en tal situación. ¿ Por qué no suplicáis su protección?

— No hablemos de eso, querida mía. Todos los resortes se han tocado; todas las puertas han permanecido cerradas á nuestros clamores.

— Y sin embargo, — insistió Mercedes, — yo no me atrevo á creer que tu tío Joaquín haya podido desoir la voz de tu padre. El sabe también lo que vale un hijo. El, como tu padre, tiene un trozo de su corazón que la patria le reclama y pretende arrancar de sus brazos.

— Mi primo Anselmo no irá á formar parte de las filas del gobierno.

— ¿ Ves?

— Mi tío quería que yo siguiera la suerte de su hijo; pero yo no aceptaré jamás semejante infamia.

— No te comprendo.

— Bien conoces las opiniones de mi tío. Carlista furibundo, defendió ya en otras ocasiones en que el absolutismo tipó el noble suelo español de sangre hermana, el estandarte mal llamado de la religión. Hoy que

su brazo se encuentra enervado por los años, no puede ofrecerle á la causa que le es simpática; pero puesto que la patria le reclama el hijo lo entregará á sus amigos de ayer. Mañana, cuando todos los quinientos partamos hácia la capital para ingresar en caja, Anselmo marchará á incorporarse á esas kábilas de facinerosos que asolan] el fértil suelo catalan, y valido de las relaciones de su padre ocupará un puesto [distinguido entre los que van á ser sus compañeros de hazañas.

Eso mismo se me proponía á mí, Mercedes mia, pero yo antes que acceder á semejante proposición prefiero ser un simple soldado de las tropas leales.

— ¡ Ah !

— Sí, Mercedes, vestiré el honroso uniforme militar español, juraré las banderas triunfantes que nuestros abuelos salpicaron con su preciosa sangre, y unido á los valientes hijos de España, lucharé por su independencia, su honra y su libertad. ¡ Qué más gloria puedo apetecer que ser útil á la madre patria ? Orgulloso estoy de ello, contento abandonaría el techo paternal si no dejara aquí las prendas más queridas de mi corazón. ¿ Cuidarás en mi ausencia de mis ancianos padres ? ¿ Me prometes llenar el vacío que les dejará en el corazón mi partida ?

Mercedes no contestó una palabra. Las lágrimas ahogaban la voz en su garganta, pero algunos movimientos de cabeza hechos mientras llevaba el pañuelo á los ojos, daban una cumplida afirmación al cuitado galán que ya tenía una voz tan debilitada por la emoción que parecía próximo á dar rienda suelta á sus lágrimas.

Son éstas en extremo contagiosas y el valiente Lorenzo necesitaba de toda su fuerza de voluntad para no sentirse inundado por ellas.

Los sollozos de la jóven continuaban. Algunos gemidos y suspiros ahogados salían al par de su boca angelical. Lorenzo la contempló con expresión dulce y tierna, y aprisionando una de sus manos la estrechó con delirio, llevándola á su corazón en el momento mismo en que una lágrima, y despues otra y otra rodaron por sus megillas.

Con rápido movimiento volvió las espaldas á su amada y secando aquellas gotas de fuego que sus pupilas destilaban, exclamó, procurando dar á su tono la mayor jovialidad:

— ¿ Pero por qué hemos de llorar como dos chiquillos desconsolados ? ¿ Acaso nuestra separación ha de ser eterna ? Cuatro años pronto pasan Mercedes; esos cuatro años los ganaremos yo de experiencia, tú de amor hácia mí, porque nada hay que despierte tanto el cariño como el tormento de la ausencia.

— ¡ Oh ! no Lorenzo, no. Cuatro años son una eternidad para el que espera. Mi alma de muger podrá resistirlos sin grandes esfuerzos; sí, pasarán sobre mi cabeza sin dejar huella de su paso: la esperanza rejuvenecerá mi corazón en ese amor que nos une; pero ¿ y tú ? Durante esos

cuatro años recorrerás España, visitarás capitales, encontrarás mugeres más hermosas, más elegantes, más intruidas que yo. ¿Quién dice que una de estas mugeres no me robará tu cariño?

— Nada temas, Mercedes. Al partir me dejo aquí el corazón. A tí te encomiendo tan sagrado depósito.

Los dos interlocutores seguían este diálogo con voz débil y entrecortada por suspiros tiernos. La jóven continuó la conversacion de esta manera:

—¿Pero y si una bala impía cortara tu existencia, Lorenzo mio?...

— Entonces....

Y poseidos ambos de un terror mismo, se buscaron enlazándose en un estrecho abrazo, como si necesitaran el apoyo el uno del otro. Un corto espacio de tiempo permanecieron así.

Habia tenido lugar esta escena en una de las enramadas próximas á la plazoleta de la cruz. Los campesinos que se retiraban á descansar del trabajo habian pasado junto á nuestros dos personajes sin verles, porque un túpido velo de follaje les cubria.

Uno de los transeuntes, quizá alguno de los quintos que debian partir al dia siguiente, entonó con voz sentida esta cancion que resonó en el oido de los dos amantes, haciéndolos estremecer:

Voy á partir á la guerra
y te dejo el corazón.
¡Dios te maldiga, serrana,
si le hicieres traición!

Lorenzo, como si con el último eco de esta cancion se hubiera sentido inspirado de un pensamiento repentino, irguió la cabeza, y cogiendo una de las manos de su amada la condujo hasta el pié de la cruz.

La luz dudosa del crepúsculo íbase haciendo más densa. Pocas eran las personas que atravesaban el camino de C. en aquellas horas, pero si alguno pasaba, distinguíase apenas como un bulto informe.

— ¡Me amas! — exclamó con vehemencia Lorenzo, así que estuvieron junto al emblema de la religion cristiana.

— ¡Te amo! — repuso con pasion Mercedes.

Un rayo de luz celestial cruzó la frente de Lorenzo y vino á deslizarse en sus ojos, donde brilló algunos instantes. La voz de su amada habia resonado en sus oidos como un eco de bendicion.

— Perdóneme, Mercedes esta extravagancia, — dijo el enamorado mozo; — no es que la duda atormente mi alma: te amo demasiado para dudar de tí. ¡Cuán grato le es al que parte llevar un dulce recuerdo en su corazón! Esta cruz vió nuestros juegos de la infancia, aquí ¿te acuerdas? oíste ruborosa mis primeras palabras de amor un domingo cuando volvíamos de bailar en las eras inmediatas; ¡cuántas veces arrodillados

ambos al pié de estas gradas uníamos nuestras plegarias, que juntas fueron al trono del Señor, recogidas por el alma de tu pobre madre! Los días se han deslizado tranquilos y felices sin dejar un recuerdo de amargura en nuestras almas, ¿quién sabe si el infortunio envidioso nos prepara tormentos desconocidos? Júrame ante esta cruz bendita conservar puro tu afecto hácia mí hasta mi regreso.

— ¡Lo juro! — dijo con firme voz Mercedes.

— Y yo prometo solemnemente serte fiel y guardar sin menoscabo mis recuerdos y mi fé.

— El Hijo de Dios, testigo de nuestros juramentos, lanzará el torcedor remordimiento sobre el perjuro si le hubiere, — continuó con voz solemne Lorenzo.

Un rayo de luna, blanco como la castidad de una virgen, vino á iluminar en aquel momento á nuestros dos personajes.

Cualquiera que hubiera podido contemplar su noble actitud y beatífico recojimiento, hubiera podido tomarlos por dos ángeles que habian bajado á endulzar la soledad del signo sacrosanto del Redentor.

Un mismo impulso les hizo doblar la rodilla y besar á la vez el pedestal de la cruz, como para sellar el juramento que acababan de proferir.

Poco despues aquellos cuitados amantes tomaban la direccion de C.

IV

Las casas de Lorenzo y Mercedes se encontraban á la entrada del pueblo, la una en frente de la otra.

— ¿No entras en tu casa? — dijo la jóven, viendo que su amante al despedirla tomaba otra direccion.

— No. Las lágrimas de mi madre me dañan extraordinariamente, parece que las sienta caer gota á gota sobre mi corazon como si fueran plomo derretido. Muchas veces, al oír su voz suplicante y sentir el contacto de sus tiernas miradas, me siento inclinado á seguir sus consejos, pero ya no puedo desoir la voz del deber que me llama al servicio de las armas. Huir ahora fuera una cobardía y una vileza.

— ¡Pero tu madre lo que quiere es tu vida!

— ¡Vida sin honra! ¡la vida del miserable! Vamos; no hablemos más de eso. Voy á despedirme de mi padrino, del virtuoso señor Tomás. ¿Te acordarás de mí esta noche?

— Y mañana, y pasado... ¡cómo he de poder olvidarte! ¿A qué hora os marchais?

— Antes de la salida del sol.

— En la cruz de los caminos aguardaré tu paso para mandarte mi último adiós.

— ¡ El último !

— El último hasta tu vuelta.

— Hasta mañana.

— Hasta mañana.

A estas palabras siguió un murmullo tierno cuyo eco se perdió confundido con un suspiro. Tal vez fué producido por un juramento de amor, quizá fué la melodía de un beso, casto como el amor de dos palomas.

Lorenzo dirigió sus pasos hácia una de las callejuelas inmediatas, al fin de la cual se detuvo ante una casa de modesta apariencia. Alzó el picaporte y despues de un « Adelante quien sea , » se dirigió hácia la cocina en donde pudo contemplar á luz de un candil colgado de un clavo, la augusta figura de un anciano, que, arrimado á la lumbre y con un libro en la mano, parecia encontrarse en estado de meditacion.

Era el personaje que presentamos á nuestros lectores uno de esos vejetes simpáticos á quien tan bien sientan las canas, esa corona de la vejez que muchos no saben ceñir con dignidad y que otros empañan con sus acciones. Un modesto traje y una apostura humilde le hacen más recomendable á nuestra vista.

El señor Tomás, que este era el nombre con que se le conocia, era el maestro de escuela de la poblacion. De claro talento y resignacion sin límites vivia en la estrechez en que le tenia sumido el Estado español, que al no pagar sus sueldos le habia obligado á hacer uso de sus pequeñas economías, y luego á reducir sus gastos á los cortos recursos de las modestas retribuciones. Todo esto, sin embargo, lo habia sufrido sin violencia, y cuando la muger que le cuidaba le hablaba sobre ello, él exclamaba en tono dulce:

— Otros pobres habrá que estén peor que yo.

Habiéndole unido desde otros tiempos una amistad grande con los padres de Lorenzo, habiale servido de padrino de pila, y le habia mirado con la misma ternura que si fuera hijo suyo, educándole con cuidadoso esmero y derramando en su alma el tesoro de sus conocimientos.

— Te esperaba, — le dijo en el momento en que Lorenzo penetró en la cocina; cerrando el libro é indicándole una silla inmediata, — ¡ qué habeis resuelto ?

— ¡ Qué hemos de resolver ? — repuso el interpelado con apesadumbrada voz. — Como encargado de la mision de hablar á mi tio, V. ya sabe su respuesta.

— ¡ Y bien ?

— Yo no puedo acceder á sus deseos. Antes que coger el arma para defender al absolutismo romperé mis brazos.

— Bien, hijo mio, — dijo con alegría el maestro de escuela, — eso es lo que yo esperaba de tí. Sin embargo...

— ¿Qué?

— ¿No podríamos buscar un medio que te libere del fragor de esa lucha fratricida que empieza á desencadenarse sobre nuestra desventurada España?

— Imposible, señor Tomás. Yo no puedo huir ante el llamamiento que se nos hace á los jóvenes; eso fuera declararme infame y cobarde á la vez. Además, por mi causa haría exponer la vida de otro hermano mio que maldeciría mi recuerdo. Así me lo aconseja mi madre; pero una madre no entiende de honor y deber, cuando se trata de la vida de un hijo que cree amenazada.

Una lágrima de noble orgullo surcó la rugosa megilla del anciano. Sócrates no hubiera estado tan satisfecho de sus discípulos como aquel modesto sábio. Acababa de leer en la frente de su amado ahijado un destello de severa moral. Los gérmenes del bien, sembrados por él en aquel corazón tierno, comenzaban á dar su fruto.

— ¡Pobre hijo mio! — dijo levantándose y abrazando á su discípulo.

— Tienes razón; el deber te llama y es preciso acudir á su voz. ¡Oh! Si yo pudiera, si el Gobierno me hubiera pagado el sueldo ¿quién sabe? puede que entonces, uniendo mis esfuerzos á los de tus padres, hubiéramos logrado salvarte.

— ¡Qué bueno es V!

— Bueno, bueno: bien quisiera serlo, pero no me es posible. Me llamas bueno y te dejo partir; vaya, de ese modo todos somos buenos. Pero ¡ah! ten esperanza. Yo por mi parte aún no la he perdido y espero sacarte de las garras del cuartel, ese viejo egoísta que tantas lágrimas te hará derramar. Ya te escribiré mi proyecto en donde te halles; quizá con esta esperanza haré menos largas las horas de nuestra separación.

Lorenzo no comprendió nada de lo que le decía su maestro, pero adivinaba una buena acción ó un buen deseo del mismo, y sin poderse contener se arrojó en sus brazos.

— Nada me agradezcas aún, puesto que nada he hecho para merecer tu reconocimiento; espera, sí, ¡es tan dulce la esperanza hijo mio! Oye, permite al maestro dos palabras; ya sabes que cuando en mí te habla el maestro, no por eso deja de tomar su parte mi cariño de padre adoptivo. Vas á viajar, vas á contemplar otros países que te ofrecerán quizá más seducciones, más atracción, más encanto. Otros horizontes más dilatados se ofrecerán á tu vista y quizá tu alma, queriendo correr en pos de lo desconocido, deseará volar. Detrás de las bellezas mundanas encontra-

rás la hiel del desengaño, que herirá tal vez las fibras más delicadas de tu corazón: la fé. Muerta la fé, de la que tantos tesoros guardas en tu pecho, vivirás en la más espantosa desesperacion. Lorenzo, hijo mio, aunque los desengaños, aunque el dolor atormente tu pecho, créce, cree y espera. Si la fatalidad hace que tu risueño porvenir, el dulce consuelo de la esperanza, todo cuanto te sonríe desaparezca de tu vista, álzala al cielo, que allí está todo; bendice al Padre Celestial que te aguarda con la recompensa, y piensa, si yo vivo, que en el seno de este pobre viejo podrás derramar toda la amargura de tu corazón, y robustecerle en la fé.

Estas palabras resonaron una á una en el alma de Lorenzo, y repercutiendo á la vez en su imaginación las guardó grabadas.

— Vuestra bendicion, maestro, — dijo despues el jóven cayendo de rodillas á las plantas de su bienhechor é inclinando la cabeza con humildad.

— Dios misericordioso, guie tus pasos, hijo mio, y guarda tu alma de la duda ó la incredulidad.

Poco despues Lorenzo, desandando el camino que habia seguido, penetraba en su casa, no sin dirigir antes una mirada hácia la ventana de su amada, que se hallaba alumbrada por el reflejo de una luz.

A pesar de ser una hora algo avanzada, sus padres le estaban aguardando junto al hogar en donde él habia andado los primeros pasos de su niñez.

— ¿Cómo has tardado tanto, hijo mio? dijo la madre de Lorenzo levantándose de la silla donde se encontraba y yendo á salir al paso de su hijo.

— Vengo de ver al señor Tomás, y me he entretenido algo en la visita.

— ¿Qué opina él de tu acuerdo? dijo el padre que hasta entónces habia permanecido silencioso ante el cuadro que formaban madre é hijo.

— Lo aplaude y le juzga digno y noble.

— Digno, noble será, — interpuso la madre entre sollozos; — pero á mí me arrebató al hijo de mis entrañas.

— Este sacrificio es necesario de todos modos, madre mia. Llevando á cabo los deseos de V. ó del tío sucede lo mismo: tengo que abandonar tambien la poblacion. Si sigo los consejos del tío dejo de ser buen hijo de España y paso á formar parte de esas ordas de facinerosos que en nombre de Dios lo destruyen todo; si los de V., me pongo fuera de la ley, hago traicion á mi patria, y obligo á empuñar el fusil á otro infeliz que nada debe. Está resuelto, padres mios, no hay más que hablar sobre el asunto. Mañana parto; Dios guiará mis pasos por el mundo y de aquí á cuatro años, cuando el gobierno me otorgue la licencia, volveré; volveré padres mios alta la frente, serena la mirada, sin que tenga que aver-

gonzarme del pasado, volveré para unirme para siempre á Vds. en estrecho lazo, y para no abandonar jamás el pueblo que me vió nacer y el hogar en que pasé feliz mis primeros años.

— ¡Hijo! — prorumpió la pobre madre abrazándole estrechamente como si temiera que se le arrebataran de su seno. — ¿Y si la muerte viene á cortar tu existencia y la nuestra?

— Madre, entonces será que Dios ha querido recibir mi vida en holocausto, y que sus altos é inevitables decretos se han cumplido. Pero ¡bah! ¿por qué hemos de torturar nuestra imaginacion con el fantasma de un temor que no conocemos? ¡Eso es delirar! Madre amada, padre mio,— prosiguió despues de una pausa, como queriendo cortar el hilo importuno de esta conversacion y hacer desaparecer de su vista aquel cuadro de lágrimas que le atormentaba;—idos á descansar; yo tambien me retiraré. Mañana hay que levantarse á las cinco, y debemos aprovechar las horas que nos restan para dedicarlas al sueño reparador.

Una escena tierna iba á repetirse, pero Lorenzo pudo evitarla, y tomando una luz y besando con respeto las manos de sus padres, se dirigió á su habitacion.

Poco despues un silencio sepulcral reinaba en aquella casa en donde el dolor habia hallado franca entrada. Tres cuerpos á la vez solicitaban descanso, pero sus almas combatidas por dolorosos pensamientos, torturadas por un mismo recuerdo, buscaban en vano el sueño con que Morfeo brinda á los mortales.

¡Cuántos séres aquella misma hora se sentian heridos por el mismo golpe! ¡Cuántas madres, cuántas prometidas, cuántos parientes y amigos, se sentian á un mismo tiempo agijoneados del propio dolor!

V

Lorenzo no pudo dormir durante toda la noche.

Las diferentes emociones que el dia anterior sufrió su alma, le tenian en un estado tal de angustia que el sueño huia de sus párpados como huye la sombra de la luz.

Aquel lecho en el cual se revolvía inquieto su cuerpo, parecia tener abrojos que le punzaban, y, á pesar de ello, cuando pensaba que la noche siguiente ya no reposaria sobre él, le venian unos deseos de llorar tan grandes que no podia contener algunos gemidos.

Dos horas pasaron asi.

Al cabo de ellas sintió una melodía lejana que embargó su pecho de angustiosa alegría.

La melodía se fué aproximando.

Componíase de los [acordes de algunas guitarras mezcladas con el dulce sonido de una flauta; pero de noche los acordes musicales parecen voces de ángeles que vienen á arrullar el sueño.

Lorenzo paró oído atento. Sentía un bienestar inesplicable. Aquellos acordes melodiosos dábanle aliento, y endulzaban cual bálsamo consolador las heridas de su alma.

Los músicos se detuvieron debajo mismo de su ventana.

— Quizá el ángel de la buena dicha les ha conducido hasta aquí, — pensó Lorenzo. — Serán tal vez algunos de mis compañeros que se despiden de sus amadas, y al pasar, piensan que yo les escucho.

Una voz sentida y apasionada reemplazó los acordes de la música; decía así :

Niña, mañana me voy,
y me voy sin la esperanza
de saber si mi recuerdo
queda grabado en tu alma.

Un estremecimiento convulsivo agitó el cuerpo de Lorenzo y se incorporó en el lecho. Había reconocido la voz del cantor, y era la de su primo Anselmo. ¿ A quién iban dirigidos sus cantares ?

Esta pregunta atormentó algunos instantes al cuitado manecbo; pero la ahogó para dar oído á otro cantar.

Estrellas hay en el cielo
que nos mandan su fulgor ;
una espero en tu ventana
que ilumine mi pasión.

La duda volvió á atormentar á Lorenzo. En frente de su casa se aposentaba Mercedes, su amada. Ninguna jóven había en la vecindad á quien pudiera dirigirse aquella serenata. ¿ Luego su primo amaba también á la que llenaba su corazón ? ¿ Pero le correspondía ella ?

Levantóse del lecho con precipitación, y sin cuidarse de cubrir su cuerpo con vestiduras que le preservaran del frío de la noche, abrió con precaución la ventana y dirigió su vista á la calle.

En ella divisó los bultos negros de los músicos, pero contempló la ventana de enfrente que permanecía cerrada.

Esta última observacion le hizo quitar un peso horrible del corazón, pero nuevas dudas vinieron á atormentarle otra vez. Quizá su amada escuchaba aquellos cantares detrás de las maderas de la ventana.

El silencio de la noche fué de nuevo interrumpido, y uno y otro cantar volvieron á escucharse. Todos ellos rebosaban amor, pero un amor ardiente, apasionado hacía Mercedes; sí, á Mercedes, no había duda, puesto que llegó á mezclarse su nombre en las trovas.

Así pasó largo rato, hasta que los músicos abandonaron aquella calle negra y silenciosa; pero Lorenzo permaneció horas enteras apoyado en el alfeizar de la ventana dirigiendo su vista á las tinieblas que mandaba el espacio anubarrado, resonando aun en sus oídos el eco de aquellos cantares.

Las primeras tintas del alborada le sorprendieron en su puesto de acecho. Entónces, nuestro espía, apercibiéndose de ello y sintiéndose helado por un frío que le llegaba al alma, comenzó á vestirse y se dispuso á dar el adiós de despedida á aquel cuarto en donde se sintiera arrullado por los dulces ensueños de la juventud, bajando las escaleras con el pecho oprimido, para reunirse con sus padres que ya le esperaban.

VI

La aparición del astro rutilante desvaneció las nubes que habían encapotado el cielo durante la noche. Sus rayos lénticos en un principio vinieron á deshacer la escarcha formada en las yerbas del prado, haciendo brillar las gotas del rocío como perlas que la aurora hubiera engarzado en el verde musgo.

Los pajarillos, sorprendidos en las ramas de los árboles por las luces del día, bajaban á beber el agua cristalina de los arroyos, embelleciendo su paso con sus trinos melodiosos; y las espirales de humo que salían de las chimeneas de C., como incienso místico quemado en el altar de la familia, elevábanse al cielo confundándose y formando una gasa blanca que se mecía sobre la población, que parecía ceñírsela á la manera que una hada misteriosa.

Un murmullo melodioso había remplazado al silencio de la noche. Estos vapores y estos ecos eran la respiración de un pueblo feliz, que Dios debe recoger desde su elevado asiento.

Y sin embargo ¡cuántos corazones, ajenos al encantador espectáculo de la naturaleza, daban rienda suelta á sus dolores!

Las llamadas quintas, esos sorteos humanos que vienen á arrancar pedazos del corazón del seno del hogar doméstico, hieren desapiadadamente á una población pequeña, en donde no hay familia que no tenga que desprenderse de uno de sus miembros.

En una capital el dolor se oculta en el fondo de las habitaciones. La sociedad exige del individuo que se le presente con la frente despejada y los ojos secos de lágrimas, aunque tenga el alma desgarrada. ¿Que le importa á ella, vieja hipócrita y egoísta, el dolor ajeno? Lo que ella exige es una sonrisa, una sonrisa aún cuando esté velada por la hiel del dolor, que no puede ser expansivo sino con la amistad verdadera, con esa amistad exenta de la farsa social.

Una escena tierna tenia lugar, poco despues del amanecer, en las inmediaciones de C., junto á la plazoleta de los dos caminos. Algunos mozos daban el adios de despedida á sus familias y amigos que hasta allí habian salido á despedirles.

Las lágrimas y los abrazos menudeaban. Aquellos jóvenes sentian flaquear su espíritu al sentirse bañados por las primeras, y aprisionados por los segundos, pero sonreian y animaban con sus palabras á los que allí quedaban anegados de dolor.

— Madre mia, — decia Lorenzo refugiándose por última vez en el seno de la que le habia llevado en sus entrañas, — cuidaos mucho y vivid para vuestro hijo, que desde léjos hará votos por vuestra preciosa vida. Esperad y tened confianza en Dios. Y vos padre mio, —añadia dirigiéndose hácia aquél, que silencioso le contemplaba, — cuidad de madre y animadla hasta que vuelva; ya vereis como será pronto; el corazon me lo dice.

Y al pronunciar estas palabras le dirigia una mirada de inteligencia á su maestro, al Sr. Tomás, estrechando la mano que éste le tendia.

— Mercedes, — exclamó en voz baja cojiendo tambien la mano de su amada, — guarda algun recuerdo para el pobre soldado, que distribuirá sus ratos de recuerdos entre tú y sus padres. Prométeme por última vez cumplir lo que ayer me juraste al pié de esta cruz.

— ¡ Lo prometo, Lorenzo mio!

— ¿ Si álguien pide tu mano durante mi ausencia?..

— Se la negaré... ¿ Cómo he de poder dar mi mano á otro, si es tuyo mi corazon? — repuso la pobre niña anegada en lágrimas.

— ¡ Qué feliz me hacen tus palabras, bien mio!

— ¡ Adios! — dice luego Lorenzo tendiendo sus manos y dirigiendo su vista á todos.

— ¡ Ah! Yo no quiero que te vayas, ¡ hijo mio! — esclama su madre dando un grito terrible; uno de esos gritos salvajes que sólo brotan del pecho maternal; y como la leona herida á quien pretenden arrebatar su cachorro, hace un supremo esfuerzo; pero al mirar á su hijo alejarse se debilitan sus brios, ceden sus fuerzas trabajadas, y cae desmayada en brazos de su esposo.

Afortunadamente Lorenzo no puede ya ver este cuadro desgarrador, porque tal vez á contemplarlo le hubiera faltado energía para dar un paso más hácia el camino que le separa de su familia.

— ¡ Adios, adios! — dicen todos; y siguen al animoso mancebo.

Poco despues, desde lejos, el grupo de quintos vuelve la cabeza para mirar las casas del pueblo que les vió nacer, y al dirigir su vista hácia la cruz de los dos caminos, contemplan aún á una multitud que empinada sobre sus gradas, les saluda con sus blancos pañuelos.

— ¿Estais todos?— dice el comisionado por el ayuntamiento para entregarlos en caja.

— Uno solo falta, — contesta uno de los quintos, — el primo de Lorenzo.

— Es verdad, — vuelve á decir aquél, — tal vez aguarde á marcharse mañana. Tiene aún tiempo, si como es de presumir se redime.

Lorenzo vuelve su vista alrededor de los que van á sersus compañeros de armas, y al notar la falta de su primo, un recuerdo le hace estremecer, y es que etme su permanencia en el pueblo; pero luego encojiéndose de hombros, y secando las huellas que han dejado las lágrimas en sus ojos, exclama como hablando consigo mismo:

— ¡Bah! Anselmo marchará hoy mismo á formar parte de las facciones catalanas.

Un grupo de jóvenes, pretendiendo ahogar la tristeza que les dominaba, empezó á cantar. Otro mas allá marchaba conversando alegremente, comunicándose cada uno entre si sus proyectos y sus esperanzas, y evocando recuerdos de la poblacion de que todos ellos eran hijos.

Lorenzo vino á formar parte de este grupo, no sin antes haber llevado la mano á su corazon, que le palpitaba aceleradamente y decirle estas palabras, recordando las de su amado maestro:

— Calla, calla corazon mio. Espera y cree.

Han pasado más de dos meses. Lorenzo, incorporado á las filas del ejército español, forma parte de un batallon de cazadores que ha quedado de guarnicion en Barcelona.

Aún resuenan en sus oídos las últimas frases de despedida al separarse de su familia; aún cree presenciar aquel tierno cuadro que habia tenido lugar junto á C., y cada cada vez que abre los ojos á la realidad y contempla su aislamiento, se estremece como si el frio de la soledad le hiciera temblar.

Siéntese este frio con mayor intensidad en una capital populosa.

Allí se mira cruzar por nuestro lado oleadas de gente que pasa con la mayor indiferencia. Es muy desconsolador mirar tanta cara y no encontrar ninguna amiga. Todos los rostros sonrien, pero no es á nosotros; todas las bocas hablan, pero sus palabras no suenan en nuestros oídos.

A la edad de Lorenzo es difícil sino imposible vivir sin rendir culto á

la amistad, esa diosa encantadora de la juventud que perpetúa sus recuerdos hasta la vejez.

Nuestro héroe, buscando soledad al pensamiento para entregarse á la vida de los recuerdos, habia pasado los dias primeros de su vida militar, paseando solo y cabizbajo por los sitios más solitarios de las afueras de Barcelona. El Montjuich, y á sus piés bramando el mar como si intentara saltar la barrera que detiene su curso, era un espectáculo que le seducia. Allí, viendo alejarse en alas del viento los barcos, como audaces gaviotas de los mares; mirando á las olas escupir con furor la frente de ese centinela de piedra que guarda la ciudad de los Condes, mezclaba su voz desconsolada á la salvaje melodía de las aguas y los vientos.

El alma se siente refrigerada cuando busca como testigo de su llanto la exuberante grandeza y concierto magnífico de la naturaleza.

En sus paseos nuestro el cuitado mancebo otro jóven de simpática figura y rostro agraciado. Quizá un mismo sentimiento guiaba los pasos de ambos.

Lorenzo abrió su corazón á su compañero y estrechó con efusion la mano que aquél le tendiera. Hay una providencia que reúne á los que sufren y enlaza sus almas: es la misma que vela por los inocentes dias de los niños.

Una semejanza de sentimientos anudó más el lazo de la amistad de los dos jóvenes. Ambos llevaban el uniforme militar, los dos habian ingresado hacia muy pocos dias en las filas del ejército, los dos habian dejado padres amantísimos que bendicieran su partida y ansiaran su vuelta, y amadas que mandaran sus plegarias al cielo para que Dios conservara sus vidas.

Además, eran tan tiernos los pensamientos de ambos, sentian de una manera tan delicada, que los dos corazones parecian latir con la misma uniformidad, semejándose á los relojes eléctricos que una mismo impulso mueve.

Pocos dias de cruzarse en su camino bastaron para que los dos jóvenes entablaran una amistad que sólo la muerte podia terminar en la tierra.

El amigo de Lorenzo se llamaba Nicolás y era como él hijo de Cataluña.

VIII

Habian trascurrido desde los últimos acontecimientos, como hemos dicho dos meses.

Era la tarde del 20 de febrero de 1873. Como la escitacion que en Barcelona se sentia era mucha, las tropas permanecian en sus cuarteles.

Lorenzo parecia contrariado por no poder dar su acostumbrado paseo, y sobre todo por verse privado de ver á su amigo Nicolás, y se encontraba sentado en uno de los bancos de piedra del anchuroso patio de la Ciudadela, cuando sintió una voz que le decia, estas palabras, mientras una mano le daba algunos golpecitos en el hombro:

— Vamos alégrate, taciturno, hoy tienes gran racion.

Y el que esto decia, que era el ordenanza encargado de la correspondencia, le alargó al mismo tiempo tres cartas.

Tomólas aquél con ansiedad, y despues de pasar su mirada por los sobres, abrió una de ellas, leyendo lo que sigue:

« C. 18 de febrero de 1873.

« Querido hijo: escusado es decirte que tu anterior, como todas las tuyas, nos llenó de gran satisfaccion. Esto no impidió que durante su lectura tu madre derramara abundantes lágrimas y alguno que otro « ¡ Pobre hijo mió ! »

» Yo me hago el valiente, Lorenzo; yo procuro serenar mi semblante para animar á tu pobre madre, en la cual tu partida ha abierto tan honda herida; pero muchas veces al mismo tiempo que la regaño por su flaqueza, me siento poseido de tan dolorosa angustia que quisiera poder estar solo para llorar tambien.

» Aquí las cosas siguen lo mismo. El levantamiento contra las quintas iniciado por Xich de la Barraqueta y secundado por el alcalde de San Martín de Torrellas, ha sido sofocado. Los únicos que siguen haciendo de las suyas (y estos con más ardor desde que se ha proclamado la república) son los carlistas.

» A propósito de carlistas: tu primo Anselmo, segun he podido averiguar, va con la partida de Cadiraire, y tiene el grado de teniente. Mi hermano Joaquin, á quien no nuestro ningun resentimiento á pesar de su accion última, me ha dado estas noticias. Se muestra satisfecho y hasta orgulloso de la conducta de su hijo, que él le ha inspirado.

» El Sr. Tomás, tu maestro, y Mercedes nos han dicho haber tenido noticias tuyas, y, segun sus palabras, te contestan hoy. Esto no impide que yo lo haga tambien, aunque tenga pocas novedades que participarte.

» No te cansas en tus cartas de pedirme noticias de la poblacion; pero con esto me pones en verdadero compromiso, porque aquí el tiempo pasa y todo sigue en el mismo estado de siempre. La cosecha promete ser abundante y Dios quiera que el tiempo no la malogre. De todos modos nuestros campos cehan de menos tus brazos, y sentiria que de ello se aperebieran los amos, porque tal vez me las quitarán.

» Tu madre me encarga miles de abrazos y qué se yo cuantas cosas más, que tú podrás interpretar á medida de tu deseo. Recibe los afectos de los amigos y el corazon de tu padre

» PEDRO. »

« P. D. Como insistes tanto en que te diga cual es la sorpresa que te preparamos, y tu madre muestra deseos de que te la participe, por que su alegría necesita intérprete, dejo de guardar misterio sobre el particular. Esta semana próxima, Dios mediante, pasaremos á verte tu madre y yo. Si se vencen algunas dificultades tal vez nos acompañen Mercedes y su padre. »

Así que terminó nuestro jóven la lectura de esta carta, sintióse inundado de una dicha inefable que borró por completo el mal efecto producido por las líneas anteriores. Iba á tener la satisfacción de estrechar á sus padres, quizá veria tambien á su amada, ¿qué otra mayor felicidad podia apetecer?

Por un momento olvidóse de que tenia entre sus manos dos cartas más; pero luego apercibiéndose de ello, rasgó el sobre de una de ellas. Era de su maestro y decia así:

« Amado discípulo: Como no sabia cómo llenar algunos renglones que contestaran á tu grata última, si no fuera aumentando la larga serie de consejos que te tengo dados para que te sirvan de norma, puesto que son hijos de mi experiencia, paso á participarte una grata noticia. »

Tú debes recordar, amado hijo mio, las últimas palabras que mis labios pronunciaron al separarnos, la noche antes de tu partida. Ellas no aclaraban el proyecto que revolvía en mi mente, porque además de que temia infiltrar en tu corazon una esperanza que podia desvanecerse, esperaba podortelo noticiar cuando ya hubieses ingresado en caja y cuando tu corazon, abatido por la soledad, necesitara de algunos consuelos.

« Valiéndome de algunos amigos que con gusto se me han prestado á poner en juego su influencia, he elevado á los altos poderes una espesicion, en la que hago la peticion de que se me admitan para tu redencion algunas de las cantidades que se me vienen adeudando. »

« Nada hay aún resuelto definitivamente, pero segun las noticias que se me acababan de comunicar, el asunto vá vivo en popa, y es muy probable que dentro de muy pocos dias se resuelva á medida de nuestro deseo. Se me habian pedido, como cualidad indispensable, documentos que probasen parentéseo entre los dos, y yo dije que esto era imposible; pero gracias á los empeños de dos buenos amigos que en Madrid tengo, es de suponer que podremos conseguir tu libertad sin necesidad de tales datos. Así me lo notician, y yo no pierdo un momento para hacértelo saber. Nada he dicho de esto á tus padres, porque quiero que sea todo ello un verdadero secreto, hasta que te vean entrar por las puertas de casa. »

« A propósito: segun lo que ellos me dicen, será probable pasen la semana entrante á verte; yo tambien les acompañaria si pudiera

abandonar mis discípulos; pero me consuela la confianza de que muy pronto he de estrecharte en mis brazos y verte con el canuto de la licencia en el bolsillo.

«Tu amado maestro

» TOMÁS ROVIRA.»

«Si para cuando vayan tus padres á esa, aún no te se ha concedido la libertad, nada les digas de ello; quiero saborear el placer de la sorpresa.»

Lorenzo tuvo que volver á leer varias veces el contenido de la carta de su maestro, como para cerciorarse de que lo que habia leído no habia sido una ficcion de sus sentidos.

Mucho habia reflexionado durante los primeros dias en las palabras dichas por el Sr. Tomás, pero jamás habia llegado á figurarse que el proyecto de aquél tuviera por objeto su libertad.

Don Tomás le habia manifestado desde su niñez un cariño sin igual; habia mostrado una complacencia grande al ver sus rápidos progresos en el estudio de las primeras letras, y quizá adivinando en él un talento no vulgar, habia trabajado su memoria y su inteligencia por medio de estudios elementales; pero en todo esto le habia manifestado una distincion especial. El interés que se tomaba por su discípulo parecia más bien el de un padre que el de un maestro asalariado.

Lorenzo habia sabido recompensar los desvelos de su Mentor, satisfaciendo su orgullo de maestro y dándole pruebas inequívocas de su cariñoso respeto.

Hoy recibia una nueva prueba de las bondades de su preceptor, pero una prueba grande, inmensa, pues aunque no se realizara su plan, bastaba solo á darla su buen deseo; pero debemos decir que Lorenzo no dudó un solo momento que aquello se pudiera llevar á cabo.

Quedó éste un nuevo intervalo con la carta en la mano reflexionando alegremente.

— Dentro de algunos dias, — se decia á sí mismo, — veré á mis padres; quizá al mismo tiempo llegará la órden de mi libertad y juntos partiremos al pueblo. ¡Dios mio, cómo me confundes con tus bondades!

Hablando así, recordó que tenia otro papel entre sus manos y que aún no habia leído. Era de Mercedes; nuestro jóven habia conocido la letra. ¿Cómo guardó, pues, su lectura para lo último? El gastrónomo guarda siempre para saborearlo últimamente el plato que más le agrada. Es un refinamiento de gula perdonable.

Rasgó el sobre y leyó... ¿para que hemos de decir lo que leyó, si estamos seguros de que á muchos de nuestros lectores les fastidiarán ciertas *bagatelas*? (1).

(1) Perdonéme Alfonso Kar, como á él se me ha escapado la palabra *bagatelas*, y á su recuerdo una sonrisa inspirada sin duda por cierto pasaje de *Genoveva*.

Hablábale Mercedes á su amado en su carta de su canario « el cual se hacia muy *mono* y comenzaba á charlar, » decíale que los árboles comenzaban á tomar su vestidura verde, y en todas estas *noticias* mezclaba el lenguaje tierno y apasionado de los amantes. Al terminar la lectura de aquellos renglones trazados sinaliño, sonrió nuestro héroe exclamando estas palabras, mientras estampaba un beso en la firma:

— ¡ Qué tontuela !

Después guardó aquellos trozos de papel junto á su corazón y se paseó por los largos patios del cuartel con los ojos radiantes de alegría. Faltábale en aquel momento su amigo Nicolás ; parecia necesitar un testigo de su dicha.

Algunas horas después el jóven descansaba en su cama, que le parecia más mullida ; quizá soñaba despierto y su ilusión le hacia presumir ya instalado en su cuartito de C.

¡ Cuán dulces imágenes vinieron á mecerse junto á sí apenas cerró sus ojos y se entregó al sueño !

El ángel de la guarda vino á velarle, y al posarse en su cabecera cobijó su cabeza con sus alas blancas.

Los sueños son el reflejo de nuestras últimas emociones del día. Amor y dicha fueron sus últimos pensamientos de la tarde : amor y dicha le brindaba la noche.

IX

Un movimiento brusco despertó á Lorenzo.

Abrió los ojos y se encontró con su compañero de cama que ya vestido le decia esta palabra:

— Levántate ; vamos á salir.

— ¿ A salir ? — repuso aquél con un tono que manifestaba extrañeza.

— Así parece.

Nuestro héroe cogió también sus ropas y se dispuso á levantarse ; pero como no hubiese entendido bien las palabras de su compañeros, preguntóle de nuevo:

— ¿ Pero á dónde vamos á ir ?

— Toma, toma. Eso no hay que preguntarlo ; es de suponer que nos querrán llevar fuera, á batirnos con los *carcundas*, porque lo que es contra los barceloneses no creo que se atrevan á atentar.

— ¿ Vamos á salir de operaciones ?

— Así lo quieren nuestros jefes, pero no creo que vayan á salirse con la suya ; afortunadamente *somos libres* y se hará lo que tasen dos sastres. Nosotros hemos dispuesto no ceder un ápice y negarnos á salir

de Barcelona, aún cuando se empeñen en ello los *galones*. Supongo que tú serás de los nuestros.

Lorenzo quedó pensativo un momento. Su confidente continuó de esta manera:

— Nuestro esfuerzo no será estéril; nos apoya en nuestras pretensiones el *pueblo soberano* que quiere proclamar el ejército libre. Ahí fuera nos esperan las masas para oponerse también á que abandonemos Barcelona. La justicia y la fuerza están de nuestra parte y contando con tan poderosos aliados será también nuestra la victoria.

— Pero ¿y la ordenanza, amigo mío? ¿Tenemos nosotros derecho á desatender las órdenes de nuestros superiores?

— La tenemos, sí, desde luego que esos superiores nuestros, que no lo son *legítimamente*, se proponen con sus planes maquiavélicos la ruina de la patria.

— ¡La ruina de la patria! ¿quién supone todo esto?

— Vaya, vaya, que eres tonto si los hay. Tú no sabes que es lo que se proponen nuestros jefes, esos eternos enemigos de la igualdad y la república, al alejarnos de aquí?

— Tú acento me sobrecoje. ¿Qué dices!

— ¡Se proponen hacer triunfar la reacción! Se trama una conspiración alfonsina que dé al traste con las santas instituciones. Si dudas de mis palabras, puedes convencerte de la veracidad de lo expuesto, enterándote de esta proclama que ayer se repartió con profusión entre nuestros compañeros de armas. Mira, mira sus últimas líneas « ¡Viva el ejército libre! ¡Abajo los galones! ¡Viva la república-federal-social. »

En este mismo momento sonaron algunos toques de corneta que tocaban á llamada.

— ¿Vamos? — dijo Lorenzo.

— Deja, deja que llamen; no tengas prisa, — repuso el compañero de Lorenzo, que se sonrió con aire compasivo al ver la prisa que el *pobre quinto* tenía en acudir á la voz del deber.

Pocos fueron los soldados que se reunieron al toque de llamada. Los jefes ya estaban dispuestos é impacientes, pero viendo la desobediencia de sus subordinados, á quienes no podían reprender impunemente, se vieron en el caso de mandar en su busca á sargentos y cabos que, como clases más simpáticas, podrían hacer la súplica de que se presentaran á las filas.

Largo rato hubo de intervalo. Los soldados más rebeldes oyeron por último la voz de sus cabos y sargentos, y viendo por otra parte que nada exponían en formar, puesto que si se insistía en llevarlos á operaciones sus hermanos del pueblo se apodrían, se presentaron ante sus jefes.

En los mismos momentos en que esto tenía lugar, se oyó una algarazara extraordinaria hácia la parte de fuera del cuartel.

Voces y vivas que apenas se distinguian, formaban un murmullo que se fué acercando hasta distinguirse con mayor claridad.

Despues de esto un grupo de gente penetró en la Ciudadela.

— ¿Qué es eso, que es eso? — decian muchos de los soldados, corriendo á unirse al grupo que se les acercaba.

— Una comision de la diputacion que viene, — dijo una voz dominando el tumulto.

X

Creo que la escena anteriormente descrita, necesita una aclaracion para la mayor claridad del que me leyere.

Me refiero al nuevo giro que habia tomado la política.

Al hablar sobre la situacion de España al terminar el año 1872, decia que los partidos políticos que habian turnado en el poder, y aún aquél mismo que entonces le ocupaba, habian amontonado obstáculos al orden de cosas establecido y habian minado con su suspicacia el trono que levantaron unas Constituyentes sobre el derruido sólio de los Borbones.

Todos estos trabajos de zapa no habian pasado desapercibidos para el hijo de Víctor Manuel y su virtuosa Señora D.^a Maria Victoria, de cuyas bondades guardan imperecedero recuerdo todos cuantos tuvieron la dicha de conocerla.

Como las cortas dimensiones de este episodio no me permiten dar una reseña acabado de los hechos acaecidos en España durante esta época, ni es ese mi ánimo, callaré los motivos que contribuyeron á D. Amadeo á presentar á las Córtes la dimision de la corona de España, el 11 de febrero de 1873, catorce dias despues del alumbramiento de su esposa, á la cual ni siquiera se le guardaron las consideraciones que se merecia su nobleza ni su estado de salud.

Asumiendo las Córtes y el Senado los poderes, proclamaron como forma de gobierno de nuestra nacion, la república, formando una liga de corto sosten los elementos republicanos que habia en aquellos dos Cuerpos y los que dejaban de ser ministros y consejeros del monarca saliente.

La desconfianza se introdujo en seguida entre estos dos partidos tan incompatibles, que las circunstancias habian unido, y esta desconfianza se tradujo en las filas de los republicanos, que no contentos con el atrevido paso que acababan de dar, pretendian aún mayores reformas.

Todos esos soñadores en política, esos utopistas proudhonianos, esos comisionistas secretos de pronunciamientos, conspiraron, dando vida á sus bastardos fines unos, otros á sus locas ideas, en daño de la repú-

blica naciente, infiltrando en el corazón del pueblo esas nocivas predicciones que le seducen por los mágicos colores con que van revestidas.

Barcelona parecía embriagada en el triunfo que había conseguido, y aspiraba con afán incansable, el logro de un imposible disfrazado. No es mi ánimo lanzar acusaciones que puedan pesar sobre la cabeza de corporaciones ni de particulares. En todos los hechos ocurridos en España desde la revolución de Setiembre del 68, veo una mano oculta que los guía y les dá impulso y así me evito la enojosa tarea de juez.

Esta mano oculta, que precipitó á la jóven república á la caída, trabajó con incansable ahinco por un objeto: la desmoralización del ejército.

Conseguido este objeto, era de presumir el desenlace. Los hombres que siguieron tal camino no fueron más que juguetes de esta mano oculta, que la historia futura designará con el nombre de reacción.

La desmoralización del ejército nació de Barcelona; si después se propagó á otros puntos de la Península, fué esto por las mismas causas que se propaga una enfermedad contagiosa.

La noticia de la proclamación de la república se recibió en la capital del Principado con una alegría indescribible, pero como en el resto de España, no se derramó ni una sola gota de sangre. El pueblo siempre ha sido generoso: olvida en sus trasportes de alegría sus horas de sufrimiento. Sólo el criminal maquinavelismo ha sabido despertar en él algunas veces los salvajes instintos.

El paso de la monarquía ó la república fué bastante suave. Se redujo á algunas manifestaciones de escolares y jornaleros, adhiriéndose á la nueva forma de gobierno, y á la ocupación del Ayuntamiento y Diputación por personas de reconocidas ideas democráticas, que lo hicieron por dimisión de sus antecesores.

Grupos de paisanos acudieron á las Casas Consistoriales y se repartieron armas, formándose voluntariamente guardias para defender el orden y la propiedad, cometido que llevaron á cabo con laudable actividad.

Desarmáronse los francos de Targarona que daban la guardia á la Diputación, por instancias del pueblo y orden del Capitan general de Cataluña, Sr. Gaminde, que poco después fué sustituido por el general Contreras, y esperóse con ahinco las resoluciones del gobierno de Madrid.

Los impacientes no aguardaron mucho. Deseosos de practicar doctrinas utópicas, y hasta criminales en aquellos momentos, puesto que España necesitaba más que nunca del corto ejército organizado, se propusieron proclamar el ejército libre, dando el primer paso en la indisciplina del ejército.

A este fin, algunas comisiones de diputados provinciales y otras

personas conocidas, acompañadas de numerosos grupos de paisanos, recorrieron los cuarteles para reunir al ejército y hacerle demostrar su adhesión á la naciente república.

Desde los cuarteles salieron todos los cuerpos que se hallaban de guarnición, y acompañados de los paisanos, con los que los soldados fraternizaron, se dirigieron á la plaza de la Constitución, marchando al son de la Marsellesa, á cuyos acordes se mezclaban alternativamente los vivas á la República federal, al gobierno y al ejército libre.

Los días anteriores se habían repartido en los cuarteles proclamas incendiarias. La que dió la sociedad internacional de trabajadores aconsejaba á los soldados que marchasen inmediatamente á sus casas. En cuanto á la que publicó la Diputación, después de llevada á cabo la manifestación á que aludimos últimamente, decía que la reacción intentaba un golpe de mano, que contaba con auxiliares eficaces en elevadas gerarquías y que el deseo de inutilizar estos propósitos había movido á los soldados á demostrar sus simpatías al gobierno republicano.

Todos los cuerpos del ejército fueron llegando á la plaza de la Constitución, y ya reunidos, se llevó á cabo el acto que se proponían, durando la algazara que terminó en desorden, por parte de algunos imprudentes, hasta ya entrada la noche.

De aquí arrancó el pretexto de indisciplina. La falta de respeto á los jefes manifestada con el grito de « ¡ Abajo los galones ! » se fué acentrando más y más, sin que fueran suficientes á restablecerlo ni el nuevo Capitán general, ni más tarde el mismo Presidente de la República, que abandonó Madrid con los buenos deseos de hacer el papel de conciliador.

El día 22 de febrero los soldados de una columna que debían partir hácia Mataró, se negaron á hacerlo si no iban acompañados de paisanos armados; otra que se hallaba en Martorell, el 2 de marzo, manifestó deseos de regresar á Barcelona; la que mandaba el Sr. Hurtazun se quedó sin jefe porque éste tuvo que escapar ante las amenazas que se le hacían.

Pero todos estos hechos no tienen importancia ante los que más tarde tuvieron lugar en Cataluña y en otros distritos como el de Valencia, en donde el coronel Sr. Martínez Llagosteras, murió á manos de sus subordinados.

Y ya que hablamos de indisciplina y tratamos sobre los motivos que la originaron, nos vemos en el caso de dar á conocer un documento interesante, un bando de la Diputación provincial de Barcelona, cuyo contenido es el siguiente:

« DIPUTACION PROVINCIAL DE BARCELONA

» La Diputación provincial de Barcelona reunida en sesión extraordinaria, teniendo en consideración la gravedad de las circunstancias, que

únicamente pueden salvarse planteando inmediatamente en el ejército los principios republicanos democráticos federales que constantemente viene proclamando :

» Considerando que siempre ha sido combatida por los verdaderos republicanos federales la odiosa contribucion de sangre, y que está en la conciencia de todos la abolicion de las quintas, y

» Considerando que es indispensable la inmediata reorganizacion del ejército actual, bajo nuevas bases, sin perjuicio de tener en cuenta para cuando esto se efectúe, los grados obtenidos y servicios prestados por los individuos que lo componen:

» ACUERDA

» Primero. La disolucion inmediata del ejército que actualmente se encuentra en esta provincia.

» Segundo. La conversion, tambien inmediata, del mismo en ejército de voluntarios.

Barcelona, 9 de marzo de 1873. — El presidente, *Benito Arábido Torre*. — El secretario interino, *Teodoro Llavallol*.

Se habia roto la valla que contenia al impetucso rio. Su rápida corriente habia de arrastrar sin duda las instituciones recientemente planteadas.

El batallon á que pertenecia Lorenzo, merced á la prevision de los jefes, salió de Barcelona, sin el contagio de la indisciplina, pero llevaba sembrada la semilla que la habia de hacer brotar.

Lorenzo no temió confesárselo á sí mismo. Hubiera deseado que los proyectos de las masas hubiesen triunfado; hubiera querido permanecer en Barcelona, pero la casualidad no lo quiso.

Cuando se vió lejos de la Ciudadela y en camino de San Andrés, cuando contempló de lejos á la capital de Cataluña, un pesar intenso volvió á embargar su pecho, porque ya no seria probable que pudiese ver á sus padres la semana siguiente, como en la carta que habia recibido se le noticiaba.

— Cuando llegue á una poblacion les escribiré que no se muevan de casa. No quiero que hagan un viage estéril, — pensó.

Pero llegaron al punto de arribada y aunque escribió la carta, no pudo depositarla en el correo.

Dos dias despues, la carta habia sido echada en el buzón, pero cuando llegó á su destino ya fué tarde. Los padres de Lorenzo, impacientados por los descos de ver á su hijo habian marchado á Barcelona.

Su regreso á C. fué triste: no sólo no habian podido estrechar en sus brazos á su hijo, sino que tampoco averiguaron su paradero.

XI

Seis meses estuvo Lorenzo de operaciones.

Durante este tiempo había tenido pocos momentos de descanso, y endurecido por largas marchas y rudas fatigas, había adquirido un grado tal de valor y sangre fría, que sus mismos compañeros, los soldados veteranos, se admiraban.

Su pecho ostentaba dos cruces y su brazo tres galones rojos, todo ganado en los campos de batalla haciendo proezas sin cuento.

La constitucion de Lorenzo siempre había sido enérgica y varonil, pero ahora se había desarrollado notablemente por el continuo ejercicio.

Pero si su cuerpo endurecido resistía sin detrimento horas y más horas de marcha sin rendirse al cansancio, y noches enteras en vela sin entregarse al sueño; si su ánimo sereno desafiaba el peligro, y sus oídos escuchaban sin estremecerse el silbido de las balas, en cambio su alma se hallaba lacerada por una pena inconsolable.

Hacia ya seis meses que nada sabía de C., que ninguna noticia había recibido de las personas á quien tanto amaba.

El no había cesado de escribirles, pero como á su batallon no le daban un momento de reposo, ni tenia un punto fijo de parada, no podia recibir las contestaciones que sin duda alguna se le dirigian.

¿Quién sabe, además, si sus cartas llegaban á su destino? ¿No estaban los carlistas continuamente interceptando correos y quemándolos?

Digamos otro cambio que se había efectuado en el pecho de Lorenzo. Lorenzo hasta el momento de salir á operaciones había mirado á los carlistas como un enemigo obcecado, más digno de lástima por su terquedad, que de odio por su hostil actitud; despues, viéndole en el campo de batalla tender celadas para asesinar á mansalva á los soldados, mirándole enemigo de la paz y de la prosperidad de España destruir, saquear é incendiar por solo el objeto de hacer daño y de dar satisfaccion á sus perversos instintos, fué cobrándoles til aversion, tan encarnizado odio, que ya mostraba satisfaccion al encontrarse frente á frente de ellos, y poder batirse con los enemigos de la libertad y de la patria. ¿No eran ellos, además, quien le tenian interceptado con sus más queridas prendas? ¿No era tambien su lucha criminal la que le había arrancado de su hogar?

Si á analizar fuéramos los fatales resultados de la guerra, y más aún de una guerra civil, si los pesáramos en una balanza, poniendo á un lado todos los daños materiales, los sufrimientos, las lágrimas, y en otro lado

el detrimento que los sentimientos sufren á su influjo, no sabemos cual platillo pesaría más. Porque una guerra no termina cuando cesa el estampido del cañon, cuando el labrador siembra el campo esterilizado ó recombina su derruido hogar; una guerra deja gérmenes de perversidad y holganza, que cuesta largos años á la espada de la ley el poder estirpar.

Por fin, un dia tuvo noticias Lorenzo de que iban á marchar á Berga de guarnicion. Destinado á este punto su batallon, seria más probable el que pudiese comunicarse con su familia.

Esta noticia que se confirmó pudo comunicarla Lorenzo á C., pidiendo al mismo tiempo que se le contestase á aquel punto, pues deseaba con la mayor avidez poder tener noticias de ellos.

Al dia siguiente partieron en efecto hácia Berga. Habíase resuelto dar algun descanso á su batallon, y se acordó dejarle allí para defender tan hostilizada plaza.

Los deseos de Lorenzo no se cumplieron por eso.

Era verdad que las cartas se le podrian dirigir á aquel punto, pero nuestro héroe no contó con que una vez que la columna expedicionaria, con la cual habian llegado hasta allí, abandonara la poblacion, ésta volveria á quedar cercada de enemigos que interceptarian las comunicaciones. La guarnicion tenia que andar á tiros casi diariamente con las fuerzas enemigas que vagaban por los alrededores de la poblacion, como el chacal al rededor de su presa, pero aun cuando las alejaban un tanto, no era lo suficiente para que pudieran verse libres del asedio que tanto les molestaba.

Esta situacion, más ó menos duramente, se prolongó por espacio de mucho tiempo.

Lorenzo no habia conseguido, como hemos dicho, su objeto, y ya deseaba por lo tanto volverse á encontrar fuera de los muros de Berga y formando parte de las columnas persecutoras, para luchar contra su odioso enemigo.

Un dia, (habian trascurrido más de ocho meses desde que su batallon se encontraba en Berga), vieron los vigias apostados en puntos dominantes una numerosa columna que se acercaba á la poblacion.

Era esto en los primeros dias de mayo de 1874.

La columna llegó hasta las puertas de Berga, las cuales se le franquearon, y fué recibida con inmenso júbilo por el paisanaje y la tropa de la guarnicion, que, despues de tan largo intervalo, volvia á tener á su lado á sus hermanos de armas.

Esta columna, mandada por el brigadier D. Pedro Estéban, trajo á la poblacion algunos correos atrasados.

Lorenzo, enterado de la noticia apresuróse á averiguar si habia alguna carta para él.

Con el semblante descompuesto por la alegría y trémulo el pulso abrió alternativamente el sobre de algunas cartas que se le entregaron.

¿Para qué dar á conocer las que con distinta fecha venian escritas por sus padres? En todas ellas le hablaban de lo mismo; todas ellas hicieronle verter lágrimas de ternura, que vinieron á empapar los hilos de aquel papel, confundiendo con las derramadas en ellos por sus padres. Todas ellas dábanle á conocer el vacío que en su hogar habia dejado.

La que tenia la firma de su maestro iba acompañada de un desengaño. El pobre Sr. Tomás, mostrando en ello inmenso pesar, le manifestaba que no habia podido conseguir el que se le tomaran como cantidades efectivas para su redencion los créditos que tenia contra el Gobierno, y al dar esta noticia le pedia perdones por haberle hecho abrigar una esperanza que ahora se trocaba en desengaño. « Perdóname mi falta de prevision, le decia; yo confiaba mucho en las palabras de mis amigos de Madrid; pero ya lo he visto, es difícil conservar una amistad sincera estando á tantas leguas de distancia. »

Esta noticia no impresionó tanto como era de presumir á Lorenzo; al terminar la carta sonrió tristemente y dijo estas palabras:

— ¡Pobre maestro! Dios le pague su buena voluntad como yo se la agradezco: tendré que consolarle en la mia.

Despues abrió la última carta. Era de Mercedes, y Lorenzo, fiel á su costumbre, la habia guardado para el final. Vean nuestros lectores el contenido de esta carta, que el que esto escribe ha tenido en sus manos y ha leído tambien:

« C., 17 de marzo de 1874.

» Amado Lorenzo: aún cuando en todas las tuyas me dices que no recibes ninguna carta nuestra, yo por eso no dejo de contestarte á todas las tuyas con la confianza de que Dios querrá que alguna de ellas llegue á tus manos.

» Desde que te marchaste de Barcelona, á la que fuimos algunos dias despues tus padres, el mio y yo, que al parecer nada sabes de nosotros, y esto nos tiene apenados porque aún cuando á nosotros no nos suceda lo mismo, no dejamos de considerar la tristeza que esto te causará.

» ¿Cuándo vendrás? Muchas veces me hago esta pregunta que interrumpen los disparos hechos por los carlistas que, como debes presumir, no nos dejan tranquilos tampoco á nosotros.

» Hace algunos dias estubo en esta tu primo Anselmo con su partida... Durante los dos dias que pernoctó en el pueblo, no sé por qué, pero fui objeto de sus mayores atenciones...»

Lorenzo dejó de leer; el corazon le palpitaba con tal violencia que tuvo que llevarse la mano á él para acallarle.

Despues continuó:

» Ya sabes que mi padre es de opinion contraria á la que sustentan los partidarios de D. Carlos. Algunos de ellos entraron en mi casa donde le amenazaron exigiéndole las armas que tuviese. Mi padre, enfurecido, les contestó con altanería, y uno de aquellos bárbaros aplicó la punta de su bayoneta en su pecho. Yo, que habia acudido á las voces, me precipité en defensa del que me dió el sér, del cual me separaron bruscamente, y en el momento mismo en que iba á correr su sangre se presentó en la estancia Anselmo, su jefe, y arrancando con furor las armas que se habian levantado amenazantes de las manos de aquellos facinerosos, prerrumpió en insultos contra los mismos y hasta llegó á abofetear á alguno de ellos. Despues, arrojándoles de allí, pidió perdon á mi padre de tal incidente, y tranquilizándome con corteses frases del susto recibido, se despidió de nosotros con humilde y reverente actitud.

» Yo creia que todos los que empuñan un arma por la causa del absolutismo eran unas hienas, segun los hechos que me han referido, pero veo con satisfaccion que tambien hay hombres de corazon entero y recto comportamiento.

» Sin duda que tu primo debió pensar la satisfaccion que á tí te causará su noble proceder, y por eso tengo gusto en participártelo, porque además de que me enorgullece pensar que tiene en sus venas tu misma sangre y lleva tu propio apellido, considero que esta accion le elevará á tus ojos y á tu consideracion.

» Lorenzo mio, la primavera se anuncia con sus flores y sus perfumes: C. se muestra encantador adornado con los atavíos de la naturaleza. Si tú estuvieras á mi lado seria completamente feliz, porque mi pecho que tan sólo se alimenta de recuerdos necesita tenerte junto así para mostrarse sensible á los halagos de la estacion.

Amame mucho, Lorenzo mio, ámame mucho y ven pronto al lado de la que es tuya de corazon.

» MERCEDES.

» ¡ Ah! se me olvidaba decirte que esta semana que viene tendrá lugar la fiesta mayor del púeblo; y apesar de que la tranquilidad no es mucha, pues los carlistas no abandonan estos alrededores, se preparan grandes diversiones. Yo no me he de divertir porque en estos días sentiré más tu ausencia. »

Al terminar estas líneas Lorenzo quedó ensimismado. El hecho que le daba á conocer su amada, referente á su primo Anselmo, le tenia absorto.

Este habia llevado á cabo una buena accion, fuerza era reconocerlo, pero Lorenzo sentia cierto no se qué hácia su primo, que nada tenia por cierto de semejanza con la gratitud.

Le hacian daño los elogios de su amada hechos hácia aquel que consideraba su rival, aun cuando estos elogios fuesen muy naturales.

El recuerdo de la noche última que estuvo en C. vino á grabarse en su memoria.

¿Sabia Mercedes que aquel hombre á quien ella admiraba, era un pretendiente de su amor? Momentos hubo en que Lorenzo, atormentado por los celos, llegó á creerlo, pero despues releia las líneas trazadas por su amada y no podia menos de desechar sus temores al ver la ingenua candidez que aquellas líneas rebotaban.

Peró cuando su furor hácia aquella mujer á quien tanto amaba se iba aplacando, se encendia más y más el que sentia por su primo.

— Ella merece perdon, — se decia, — porque ignora lo que pasa en el pecho de Anselmo; pero él que conoce el secreto de mis amores, al pretender arrebatármelos, comete una infamia indisculpable.

Una tranquilidad aparente daba lugar á su indignacion, porque desimpresionado de todo pensaba que le debia agradecimiento al que habia salvado la vida del padre de su amada y quizá tambien la de ella; su rencor se ahogaba al considerar que aquella persona bienhechora era sangre de su propia sangre; pero cuando dando oídos á su egoismo, consideraba aquella accion como hija del interés más bajo, nuevos relámpagos de odio salidos del fondo de su corazon, brotaban á sus ojos.

Esta lucha duró por espacio de algunas horas.

XII

— Pareces como embobado, muchacho, — le decia poco despues el capitán de su compañía, viniéndole á sacar de su abstraccion. — Vamós á salir inmediatamente de esta jaula donde por tanto tiempo se nos ha tenido encerrados.

— ¡Cómo! ¿Y vamos á marchar enseguida?

— Sí, chico, sí; y á fé que me parece que la gente estará deseosa de ello, yo por mi parte tengo gran necesidad de desencojer las piernas... Tanto tiempo sin darse uno los paseos de costumbre... Además, rabiaba ya por poder batir el cobre á esos carcundas que el diablo se lleve. Ahora parece que tendremos acasion de próbarnos las fuerzas; prevénte, y no seas de los más blandos. Hora es ya de que te conquistes los dos galones dorados.

El capitán marchó dejándose á Lorenzo en el mismo estado en que poco ántes le habia encontrado.

Era este capitán uno de esos militares de génio amable, endurecido

en las batallas. Habíale cobrado un particular cariño á Lorenzo en quien desde el primer momento habia descubierto dotes recomendables, y le trataba con cierta llaneza propia de su carácter. Por su parte nuestro héroe le tenia cierto respeto que no excluía el afecto.

— ¿Sabes que vamos á marchar Lorenzo? — dijo en aquel momento otro jóven que pasaba, que como aquél era cabo primero.

— Sí, — repuso el interpelado levantando la cabeza.

Y luego añadió indiferentemente, como quien desea desprenderse de ideas que le atormentan:

— ¿Vamos á tener baile segun parece?

— Así se dice; el hermano del *Alcornoque* y su nobilísima señora se encuentran cerca de nosotros con bastante gente, y se opina que nos quiere saludar con unas cuantas balas; pero yo ¿qué quieres que te diga? Me parece que no nos dará el gusto de verle la cara.

— ¿Y á dónde nos dirigimos?

— Nada se dice aún, sino que vamos á salir. La brigada Cirlot ya ha partido.

— ¡Cómo! ¿ha estado el brigadier Cirlot aqui? — preguntó Lorenzo con gran interés.

— Toma, toma. ¿Ahora lo sabes tú?

— Nada sabia de ello, te lo aseguro. ¿Sabrás decirme si con éste va el batallon de Extremadura?

— Creo que sí: si tienes interés en saberlo lo preguntaré.

Lorenzo quedó como apesadumbrado.

En el batallon de Extremadura, por el cual preguntaba iba su inolvidable amigo, su hermano de corazón, Nicolás.

Si; Nicolás habia estado junto á sí despues de más de un año que no se habian visto ni hablado; despues de un año que ni aún se habian podido escribir, y ninguno de los dos habian sospechado sin duda que tan cerca se encontrasen.

— ¿Y hácia donde se ha marchado la brigada de Cirlot?

— Sobre esto se guarda un profundo misterio. Yo opino, sin embargo, que si hay jarana no dejaremos de reunirnos.

— ¿Crees eso?

— Hasta me atreveria á asegurarlo.

Poco despues el brigadier Estéban, conseguido ya su objeto el cual era relevar la guarnicion, salia de Berga con su columna, pernoctando aquella noche en Gironella y Olvan.

XIII

Un aviso remitido al brigadier Estéban le daba noticias de que las facciones se hallaban hacia la parte de Santa Coloma de Queralt é Igualada.

Estas facciones, segun las confidencias hechas al jefe del ejército, alcanzaban un número de gente considerable que se hacia ascender á diez mil hombres, capitaneados por Tristany, Huguet, Galcerán, Vila de Prat y otros, pero noticias posteriores, más ciertas, solo marcaban el número de facciones en siete mil, formando doce batallones cuyos nombres eran entre otros, Savalls, Vila de Prat, Galcerán, Miret, Nasratat, Huguet, Figueras, Olot é Iznavo.

De la jefatura superior de estos iba encargado el llamado infante don Alfonso de Borbon y su esposa, conocida vulgarmente por D.^a Blanca, que habian pasado la frontera como el año anterior con el fin de que aquél se quedara de general en jefe de las divididas huestes carlistas que operaban en las cuatro provincias catalanas.

El primer plan de las dos brigadas que habian marchado en socorro de Berga, fué dirigirse hacia Manresa y Suria respectivamente, para cuyo objeto la jente de Ciríot habia pernoctado en la noche del 5 de mayo en Caserres y Aviá, y la de Estéban, como llevamos ya dicho, en Gironella y Olvan.

Apesar de la superioridad numérica del enemigo, las tropas no se intimidaron, ántes al contrario esperaban poder encontrarle y trabar lucha con él. Los soldados y jefes mostraban gran decisión y empeño en probar sus fuerzas con aquellos, empleando para ello un movimiento combinado.

Los partes, pues, se cruzaban entre una y otra columna, comunicándose todas cuantas noticias podian adquirir.

Hacia la media noche volvió á recibir el brigadier Estéban noticias sobre la faccion. Estas noticias tenian el carácter de fidedignas y decian que los carlistas se encontraban en la sierra del Grau de Prats de Lluasanés, esperando sin duda el paso de las tropas para hostilizarlas, pues habian levantado parapetos y fortificaciones, y tenian prevenido todo lo necesario para presentar combate.

— Por fin, parece que esos condenados se deciden á darnos gusto y enseñarnos la cara, — decia uno de los jefes del Estado Mayor á varios oficiales que le escuchaban. — Gracias á Dios... Hasta ahora no les hemos podido verles más que las boinas y las espaldas.

— Hay que oficial inmediatamente esta noticia á la columna vecina, — dijo el jefe. — Trásmítid á Cirlot el texto de este oficio, y añadidle que á las cuatro de la madrugada salga en direccion á Prats, y que nosotros tomaremos el mismo camino, hasta reunirnos.

— Así se hará.

A los pocos instantes salia un propio-conductor hácia el punto donde se encontraba la otra columna del ejército.

Tocóse á llamada.

Dos horas después, ya preparadas las fuerzas de Estéban se disponian á la marcha.

Las primeras tintas de la alborada la sorprendió á la salida de la poblacion.

Nuestro héroe marchaba con las fuerzas, siguiendo instintivamente á sus compañeros. La carta de Mercedes, le tenia aún preocupado.

La marcha se hacia con todas las precauciones consiguientes. Convenia en primer lugar no ser sorprendidos.

Los jefes habian ordenado el mayor sigilo.

— Lorenzo, — dijole un soldado que marchaba al lado del mismo, así que estuvieron á alguna distancia de Olvan, — mira hácia la derecha. ¿ No notas algunos bultos que se mueven ?

— Sí ; creo... si la vista no me engaña, que allí hay gente que está en vela...

— Los carlistas, — repuso el compañero, — son los carlistas que esperan nuestra llegada.

XIV

La columna apercibióse de la proximidad del enemigo; esto no obstante no les hizo detenerse.

Siguió avanzando.

Al llegar al punto denominado Cairé de Bonaire, ya se veian claramente coronando las alturas y escalonados en grandes masas en los estribos de las sierras, á los carlistas.

Estos tambien debieron apercibirse de las tropas, porque no habia obstáculo alguno que lo impidiese, y sin embargo, no hicieron movimiento alguno.

Sin dificultad ninguna pasaron las tropas republicanas la Riera de Marles por la palanca de Viralta, ya al alcance de los contrarios.

Ni unos ni otros rompieron el fuego.

— No comprendo este silencio, — decia el capitán que mandaba la

compañía de Lorenzo, que iba de retaguardia, — ¿Qué hacen esos estúpidos con los brazos cruzados? Sin duda les divierte la proce-

Por su parte las órdenes del jefe de los liberales eran que se permaneciese en silencio. Esperaba la llegada del brigadier Cirlot, para convenir en el ataque, y disponer el plan.

Poco tiempo se pasó así. Al cabo de un corto espacio aparecieron á la vista de los de Estéban la gente de Cirlot que, también concentrada en el mismo orden, quedó en columna paralela á la derecha del primero.

El teatro de la acción estaba limitado al frente de los de Estéban por la sierra del Grau, posición dominante, sobre la cual se halla Prats de Llusanés, con estribos muy marcados, normales á la misma, que cercaban la derecha é izquierda; á retaguardia estaba la Riera de Marles, de poca importancia por el caudal de sus aguas, pero de difícil paso por su mucha pendiente y lo accidentado del terreno que la limita. Todas las subidas de la sierra son de difícil acceso y estaban dominadas por las facciones situadas en posiciones formidables, que ocupaban en masas con sus guerrillas desplegadas.

El enemigo esperaba el ataque de las tropas, confiando mucho en las posiciones, al abrigo de las cuales se creía poderoso.

Los dos jefes de brigada se reunieron.

El plan de Estéban fué inmediatamente aceptado por el otro jefe, que se puso á sus órdenes, reconociéndole como superior.

El plan del brigadier Estéban era este: sus fuerzas atacarían la derecha, donde se veían concentradas fuerzas enemigas más numerosas, sobre un terreno muy quebrado y cubierto de espeso bosque, las de Cirlot la izquierda y centro enemigo.

El orden de ataque debería llevarse de este modo: su derecha, formada por los batallones de Cataluña y Manila, de la brigada Cirlot, debían subir el Grau por la Roca Mentidera y casa Andaló y correrse, así que lo efectuase, por la ermita de San Sebastian hasta Prats de Llusanés; el centro con Extremadura, artillería de pié, artillería de montaña, caballería, y el batallón de Toledo de reserva, seguiría el camino principal, marchando directamente á Prats de Llusanés por casa Borralleras, y la gente de Estéban atacaría por Roca Dreta, Clot del Infern, y Bosch Gran.

Dispuesto todo lo conveniente, empezó el ataque. Eran las doce y media del día.

El movimiento tuvo lugar por la izquierda. El batallón de Béjar, que iba á vanguardia, le inició tomando la dirección del bosque, en el que se ocultaba el enemigo.

Los primeros disparos sonaron con horrisono estruendo, repitiendo

su eco en las concavidades de aquellas peñas, que muy pronto habian de verse teñidas con sangre española.

Los carlistas permanecieron en silencio, pero así que las fuerzas contrarias se presentaron á corta distancia del primer grupo de árboles, sonó una voz de fuego á la que siguió una descarga cerrada, que cercenó un grupo de los de Béjar.

— No hay que temer, — decian los jefes ; — esos cobardes nos hacen frente porque se encuentran ocultos entre los árboles y no les podemos hacer puntería, pero vamos á arrojarlos de sus puestos y les vereis huir como temerosas liebres.

Los soldados avanzaron ; pero volvió á estallar una descarga y luego otra y otra.

Cada una de estas lluvias de plomo dejaba fuera de combate á algunos soldados, y éstos veian con furor que sus balas se estrellaban entre el ramaje de los árboles, sin causar bajas á los partidarios de don Carlos.

A muy corta distancia se encontraban ya del sitio donde aquellos se hallaban emboscados, cuando una nueva descarga les hizo vacilar y detenerse, á pesar de las voces de los jefes que les animaban.

Una gritería infernal salió de entre el bosque. Los carlistas parecian celebrar su triunfo con voces de alegría.

El brigadier Estéban, que desde su puesto observaba todos estos movimientos, dispuso el envío de otros dos batallones. Uno que debía partir por la derecha del bosque, para hacer fuego de flanco, y otro que, tomando la direccion que habia seguido el de Béjar, debía marchar á reunirse con éste.

Con estas últimas fuerzas iba Lorenzo.

Reanimadas con tal refuerzo, las tropas republicanas siguieron su movimiento de avance, pero nuevas descargas que parecieron salir de entre los troncos de los árboles, volvieron á detenerles.

Era necesario hacer un último esfuerzo.

El jefe que dirigia la accion debió comprenderlo así, y disponiendo que se colocaran convenientemente las cuatro piezas de montaña, que le acompañaban, comenzó á mandarles proyectiles hácia el bosque.

El enemigo, que habia visto el decidido empeño de arrojarles de aquel punto, habia aglomerado allí mucha gente que se batia con valor, pero en el momento en que la artillería comenzaba á hacer sus disparos sintieron otras detonaciones hácia el otro lado.

Era la columna de Ciriot, que con los batallones de Cataluña y Manila, habia comenzado el ataque por su derecha, con ánimo decidido de apoderarse de la ermita de San Sebastian.

Comenzó á generalizarse el fuego por los dos lados, y las facciones que dirigia don Alfonso tuvieron que distribuirse convenientemente.

para no verse sorprendidos en ninguno de los puntos de tan estensa línea de combate.

El ataque de Cirlot, privó de algunas fuerzas á los combatientes de la izquierda del ejército liberal, que habiendo visto las marchas de las columnas de ataque, concentraron más fuerzas sobre la derecha.

Las piezas de artillería continuaban en el entretanto vomitando por sus bocas de fuego proyectiles destructores, y el empuje de la infantería habíase acrecentado.

Pero los carlistas no parecían cejar en su empeño de sostener sus posesiones, antes por el contrario parecían crecerse en valor.

Las voces de «¡fuego!» se repetían entre éstas sin descanso. Animábaseles con la promesa de la victoria.

— ¡Fieles voluntarios de D. Carlos! — les decía un jefe que á juzgar por el alza-cuello que llevaba y aun cuando iba vestido de particular, parecía un ministro de la religion. — El enemigo descreído é impío nos amenaza con la boca de sus fusiles, contra los que nos protegerá la Divina Gracia. El triunfo de ellos significa el triunfo de Satán, porque su propósito es el de matar la religion del Crucificado, por la que combatimos. Hora es ya de que España, esta tierra donde un dia nuestros padres hicieron prodigios de valor por el triunfo de la santa causa, se vea libre de esas hordas de asesinos que pretenden la destruccion de la familia, la sociedad y la religion. Nuestra causa es justa, y el Dios de las victorias proteje siempre al que pelea por la justicia. ¡ Voluntarios ! ; Muera la república ! ; Viva nuestro rey ! ; Viva la religion !

— ¡ Viva ! — gritaban entusiasmados por estas y otras peroraciones los facciosos, sin dar tregua á sus fusiles.

Un peloton crecido de éstos, mandados por un jefe, hicieron una evolucion sobre la izquierda, y separándose un tanto de los árboles que los ocultaban, descendió un poco, con ánimo de sorprender al ejército nacional. Su intento, al parecer, era el de envolver con un movimiento rápido y estratégico la izquierda y ver de apoderarse de las cuatro piezas de artillería.

Fácil hubiera sido su empresa si hubieran contado con enemigos más débiles; pero no sucedió así.

El brigadier Estéban que estaba presenciando la marcha de la accion, comprendió de golpe la necesidad de mandar nuevos refuerzos en auxilio de su izquierda. Afortunadamente le quedaban algunas tropas de reserva.

Rápidamente hizo marchar en auxilio de las que se encontraban en el punto donde parecía flaquear la línea de defensa, al regimiento de Cuba.

Este resistió con admirable firmeza la avalancha que se le venia encima.

El empuje del contrario era extraordinario, pero no lo era menos su decision; así es que se lanzó sobre aquél y logró hacerle detener, sosteniendo, á la vez que los otros batallones, una lucha encarnizada hecha cuerpo á cuerpo.

Mientras los golpes de bayoneta hacian caer multitud de víctimas, el fuego se iba haciendo más nutrido por parte de la artillería, cediendo el enemigo el terreno paulatinamente.

En el entretanto Cirlot, con los batallones de Cataluña y Manila, se habia podido posesionar de la ermita de San Cristóbal, aunque no venciendo gran resistencia; y era de esperar que brevemente se apoderaría tambien de Prats de Llusanés.

Donde esta brigada tenia que vencer mayores dificultades era en el centro que jefaturaba el mismo brigadier, en donde el enemigo se oponia con tenacidad á que salvase el Grau.

La retirada hecha por los carlistas en la parte izquierda no habia sido mas que momentánea. La vanguardia, atemorizada por el certero fuego que se les hacia, habia dado su voz de alarma emprendiendo la fuga é introduciéndola en los demás; pero el belicoso ardor de los jefes pudo detenerlos á todos, uniendo para ello las súplicas con las amenazas. A los animosos los excitaban con su palabra y ejemplo; con los acobardados la emprendian á zablazos y palos.

— ¡ Voluntarios! Un esfuerzo... otro más y los cañones son nuestros; pensad que el hermano de nuestro rey y su augusta esposa nos contemplan y nos dirigen, y no es honroso que miren en nosotros temor ó debilidad. Venzamos á este puñado de negros y Berga, la lealtísima poblacion de Berga, será nuestra.

Estas y otras parecidas eran las voces con que se les animaba.

Por fin pudo reunirse á los dispersos y se logró que hicieran frente al enemigo.

Otra vez se vió amenazada la suerte de aquellos batallones y comprometidas las piezas de artillería, que á medida que avanzaban hacian más certeros sus disparos.

En aquellos momentos dispuso el brigadier Estéban que tres compañías de Extremadura vinieran en auxilio de los de la izquierda, pero esto, áun cuando dió alguna animacion á las restantes fuerzas, no bastó á rechazar á los carlistas, y hubo necesidad de mayores refuerzos.

El brigadier Cirlot parecia entonces coronar el Grau de Llusanés y no necesitaba ya de tantas fuerzas; pidiósele el batallon de Toledo que al poco momento se unió á la brigada de Estéban.

Este batallon y los escuadrones de caballería protegieron las piezas é imprimieron mayor empuje al ataque, que á los pocos momentos se hizo formidable.

Los batallones y los refuerzos avanzaron.

Una parte de aquellos se había apoderado de los primeros grupos de árboles del bosque, salvando para ello una distancia, durante lo cual se les hostilizó rudamente.

La situación de los carlistas se iba haciendo comprometida. Si como era de presumir el brigadier Cirlot se apoderaba en seguida del Grau, podría correrse hácia la izquierda, cerrándoles el paso más franqueable y causándoles pérdidas innumerables.

— ¡Victoria! ¡Victoria! — decían poco después los soldados, avanzando con rapidez, al mirar la precipitada fuga que había emprendido el enemigo abandonando el bosque.

XV

Los soldados entusiasmados ante la victoria, avanzaban con rapidez saltando por encima de los cadáveres de sus compañeros. La carrera se hizo rápida.

Las cornetas, con sus bélicos toques, que semejaban gritos de alegría, animaban y reunían á los leales.

Un grupo de ellos se dirigió, marchando por una senda que costecía el bosque, hácia el centro del combate, en donde resonaban aún las últimas descargas del enemigo, hechas al abandonar sus posiciones.

Veamos que había sucedido en el centro é izquierda, donde se batía la columna Cirlot, mientras en la derecha se habían vencido tantas dificultades para que los de Estéban se apoderasen del bosque.

Como hemos dicho, por el primer punto empezaron el fuego los batallones de Cataluña y Manila que, habiendo efectuado el ataque convenido, tomaron después de un corto espacio la ermita de San Sebastian, y entraron al poco rato en Prats de Llusanés.

Menos felices los del centro tuvieron que emprender una lucha empeñada para poder adelantar algunos pasos en el camino ó sendero que conducía hácia el Grau punto más formidable de defensa por su elevada posición.

El brigadier Cirlot, que conocía muy bien donde más ánimo faltaba, se puso al frente del cuerpo que había de atacar el Grau.

Un número considerable de bajas le costó su empresa y las más numerosas las había sufrido el batallón de Extremadura, cabeza de la columna de ataque, que con su teniente coronel, D. Antonio Figueroa, al frente, se había lanzado al enemigo con gran decisión, y continuó su vigoroso avance, ocupando las posiciones de los carlistas, que huyeron tan luego como las columnas empezaron á coronar la sierra. Uno de los heridos en este combate fué el bizarro jefe que antes hemos citado.

Poco despues, las fuerzas de una y otra línea se reunian vitoreándose y dando voces de entusiasmo.

Los que tenian amigos en una columna dirigian ansiosamente su vista hácia el punto que ocupaba, como para cerciorarse de que no habian quedado fuera de combate.

Las escenas de regocijo tenian lugar entonces. Muchos se abrazaban entre sí, preguntando otros con interés por sus compañeros.

Lorenzo, al encontrarse junto al batallon de Extremadura, en el cual marchaba su amigo Nicolás, no pudo contener su impaciencia.

Iba á dirigirse á sus filas, cuando de entre ellas salió un jóven y se precipitó en sus brazos exclamando en medio de la mayor alegría:

— ¡ Lorenzo !

Lorenzo conoció esta voz y emocionado estrechó á su compañero, al cual tanto ansiaba volverse á reunir.

— ¡ Cómo ! ¿ eres tú Nicolás ? — dijo. — ¿ Te han respetado las balas durante nuestra ausencia ? ¿ Has sufrido mucho ?

Todas estas preguntas las dijo nuestro héroe sin soltar á su camarada.

Este, enagenado ante el placer de encontrarse con su compañero, despues de una larga ausencia y de un combate encarnizado como el que acababan de sostener, no repuso una palabra, y le contempló sonriente por un largo espacio.

Las cornetas les llamó en aquel momento á sus respectivos puestos, y ellos se separaron con sentimiento el uno del otro, diciendo mutuamente estas palabras:

— ¡ Hasta luego !

XVI

La accion no habia terminado aún.

Los carlistas, tras de aquella primera jornada, que les habia sido tan fatal, empeñaron otra.

Al emprender la fuga se habian retirado hácia el Plá del General y Coll de Planas, desde donde reanudaron sus fuegos.

No era comprensible tanta terquedad.

Perdido el Grau y Prats, las demás posiciones se hacian insostenibles.

El jefe de la accion, para contestar á sus disparos, hizo colocar oportunamente las piezas de artillería que dirigieron con precision sus proyectiles hácia aquellos puntos; pero como era necesario tambien que los batiese alguna infantería y les alejase de aquel punto, mandó algunas fuerzas de cazadores entre las cuales iba Lorenzo.

Volvió á trabarse la lucha , y esta fué más desesperada por parte de los absolutistas, porque les prestaba fuerza la ira y el despecho.

Una compañía, mandada por un alférez, dejándose llevar de su entusiasmo, se desvió un poco del grueso de la columna, adelantándose hácia el extremo derecho del punto denominado Plá del General.

Habiase observado que desde aquella parte habian salido con periódica exactitud algunos disparos que hacian algunos claros en las filas liberales.

En efecto, guarecidos por una especie de trinchera formada por la naturaleza, la cual estaba rodeada de jarales, habia un grupo de facciosos animado por lo abrupto del terreno y por su fácil retirada que protegía una ladera que conducía á un barranco, habian permanecido en su puesto disparando sin dar descanso á su brazo.

La compañía de soldados que iba á batirles era la de Lorenzo.

Al encontrarse éstos á no muy lejana distancia del punto que hemos señalado, rompióse el fuego, y un bala enemiga inutilizó á un corneta.

Los soldados del gobierno permanecieron sin hacer fuego, porque comprendian que sus proyectiles se estrellarian contra las rocas.

A avanzaron empero.

Ya pocos pasos les separaba del enemigo, cuando una nueva descarga les privó del jefe.

Este contratiempo introdujo gran desanimacion en algunos soldados que, dando el grito de sálvese quien pueda, emprendieron la fuga.

Lorenzo quedó en aquel sitio poseido de la mayor sangre fria y rodeado de un número escaso de combatientes.

Rápidamente tomó su resolucion y arengó á los soldados en esta forma:

— ¡ Compañeros ! Demos ejemplo de lo que valemos. Ahí tenemos un enemigo que se esconde porque reconoce su debilidad ; acometémosle y venceremos, sí, venceremos estoy seguro de ello. ¿ Quereis seguirme ?

— Sí, — respondieron todos.

Ordenó Lorenzo que calaran bayoneta, y distribuyéndolos en dos pelotones que dispuso fueran por los dos flancos, ordenó el avance con ánimo sereno y decision extraordinaria, para acuchillar al enemigo que tan cerca tenian.

Este no daba señales de vida por algunos instantes, pero luego volvia á asomar las bocas de sus fusiles y á hacer fuego.

Pocos momentos despues se trababa una lucha encarnizada detrás de aquel alto parapeto de granito. El empuje de aquel puñado de hombres fué extraordinario.

Los de don Carlos, que habian visto el avance de las tropas, desanimados ya por la derrota que antes acabaron de sufrir, emprendieron su fuga por la ladera próxima, la cual guarecía algunos árboles.

Un jóven militar que llevaba las insignias de capitán esclamaba con ira:
— ¡ Cobardes ! y nos dejais solos. Canalla ruin, venid, venid á ver morir á los bravos.

Y mientras éstas y otras palabras salian de su pecho como rugidos, levantaba su desnuda espada y con ella daba cintarazos terribles sobre las espaldas y cabezas de algunos rezagados.

Cinco minutos nada más habian bastado para que aconteciera todo esto. Animado extraordinariamente aquel peloton de soldados al mirar la fuga de una gran parte de sus enemigos, la emprendian á bayonetazos con los pocos que les resistian.

Lorenzo se batia con valor extraño. Muchas veces se habia visto amenazado por el hierro enemigo, pero manejando con destreza su fusil pudo librarse de la muerte. Hubo una ocasion en que ciego de furor ante la tenacidad de un contrario avanzó dos pasos, pero como no viera lo que á sus pies habia resbaló y cayó en el suelo cubierto de aliagas y tomillos. Este fué un momento de verdadera angustia para él, porque vió reflejarse en su cabeza como si fulgurase un rayo, una espada que se habia levantado con furor. Imposibilitado para defenderse en aquella posicion cerró los ojos y esperó el golpe, pensando por última vez en su madre y en su amada.

En aquellos momentos sintió una imprecacion y oyó caer junto á sí un objeto metálico, que reconoció ser la espada que poco antes le amenazara. Hizo un esfuerzo y con rápido movimiento se incorporó viendo un grupo extraño.

Dos soldados sujetaban con sus nervudas manos el brazo de un jóven oficial, el mismo capitán que poco antes apaleaba á los voluntarios que rehuian la lucha.

Los esfuerzos que éste hacia para deshacerse de los lazos que le sujetaban impidió á Lorenzo poder ver el rostro del mismo; pero sí se aperció de que otro soldado, precipitándose hácia el capitán con la bayoneta iba á clavarla en el pecho del mismo.

Lorenzo, se abalanzó hácia el mortífero hierro, y su movimiento fué tan rápido que aún logró desviar el golpe que iba dirigido al corazón del oficial carlista.

— Dejadle, — exclamó Lorenzo con severidad, — es nuestro prisionero.

Al escuchar el timbre de esta voz, el capitán se estremeció y levantando su rostro lo fijó en nuestro cabo, que en aquel momento dirigia también la vista á su contrario.

— ¡ Lorenzo !

— ¡ Anselmo !

Estos dos nombres sonaron á la vez, pero no con tal fuerza que se apercibieran de ello los testigos de aquella escena. El primero salió de

los labios del capitán con furor reconcentrado; el segundo con ahogado asombro.

El combate había terminado en aquel sitio. Los pocos que hasta entonces le defendieran, viendo á su jefe en poder de los soldados liberales se retiraron con precipitación.

— ¡ Muera, muera ! — digeron algunos soldados cercando con furor al jefe de sus contrarios que permanecía con la frente levantada mirándoles á todos con provocativo ademán.

— ¡ Miserables ! — dijo con tono de profundo furor el primo de Lorenzo, que éste era el capitán, procurando desasirse de las manos de sus rivales.

El murmullo de éstos crecía á cada nuevo insulto, y más de una vez tuvo que detenerles con su imponente mirada el que les había servido de jefe, el cual se hallaba combatido por una lucha interior que le tenía perplejo á toda decisión.

Allí tenía á su rival, al rival que conociendo su amorosa pasión había tratado de arrebatarla, el hijo primogénito de su tío que á la vez había tratado siempre con cierta frialdad á su padre en su calidad de *hereu*. Allí le tenía altivo é indomable, exacerbando los ánimos de aquellos compañeros suyos, cuya vida había intentado terminar; no tenía más que dejar la suerte de aquel odioso rival encomendada á aquellos soldados furiosos y ellos le desharían por completo de él.

Peró al mismo tiempo cruzaba por su frente sudorosa la ensangrentada figura de Cain y oía una voz solemne que le decía como á aquel fraticida: « ¿ Qué has hecho de tu hermano ? » Aquellos fantasmas se desvanecían y quedaban luego en la mente de Lorenzo los recuerdos de su niñez, las lecciones de severa moral dadas por su querido maestro, miraba luego á Mercedes y su padre, salvados por la mediación de Anselmo, y al pensar que su sangre podía correr y él no lo evitaba, se estremecía y temblaba ante las acusaciones de su corazón.

Su egoísmo, por grande que fuera no podía sobreponerse á su conciencia. Si aquel hombre moría en su presencia el remordimiento no se podría apartar de su pecho, y la tranquilidad huiría para siempre de su alma.

Peró cuando dejaba hablar á los pensamientos de clemencia y perdón, se le representaba su primo dando la mano á Mercedes é insultando su dolor con su triunfo, gozado en medio de riquezas.

— ¿ No ha sido él el primero en alzar el hierro homicida contra mí ? — pensaba entre sí para convencerse de que no tenía que reprocharse su suerte.—Peró es muy probable que él ignorase al amenazarme con su espada, que fuese su primo aquel que tenía á sus piés, y solo viera en mí á un enemigo temeroso, — se decía luego.

Quando se tiene un corazón como el de Lorenzo, quando se siente de

la manera que él sentía, vence siempre el bien del mal. Solo el débil se deja subyugar por el mal, cuando éste viste de los ropajes más halagüeños.

Los pensamientos aquellos habian cruzado por la imaginacion de Lorenzo mientras tenian lugar los acontecimientos últimamente descritos. Si deseaba salvar á su primo del furor de sus compañeros no habia tiempo que perder. El orgullo del hijo de su tío Joaquin podia echar á perder su proyecto.

— Compañeros, — dijo Lorenzo tomando una entonacion en la que parecia entreverse el odio más encarnizado al que tenia delante de sí: — apartad vuestros aceros del pecho de ese imprudente, yo os lo ruego. ¿Queréis su muerte?

— Sí, — contestaron todos con irritada voz.

— Pues bien: yo os la prometo y con ella la venganza para todos. Su vida me pertenece y espero me dareis la satisfaccion de quitársela por mis propias manos. El ha atentado contra mi existencia; ved, pues, cuan justa es mi peticion y cuan certero será mi brazo al descargarlo sobre el mismo que trataba de arrebátarmela. Si esto es poco á convenceros del derecho que me cabe á ello, bastará á añadir que un odio mortal ha existido siempre entre los dos, y que mi mayor placer será el poder vengar en él agravios pasados. Vosotros lo mirais sólo como el enemigo político; yo le miro como el enemigo de mi vida y de mi felicidad; pero antes de que le dé la muerte necesito dirigirle algunas palabras. ¿Me lo permitís?

— Usted, — dijo uno de los soldados, — es nuestro jefe natural y nosotros sus subordinados: nos ha conducido á la victoria. Mande.

— Gracias, — repuso Lorenzo enternecido ante aquellas manifestaciones de cariño. — Dejad pues que me retire con nuestro prisionero, y acabe con su vida. Despues volveremos á reunirnos.

— Yo le acompañaré, — dijo el mismo soldado que antes habia hablado, haciéndose intérprete de los deseos de todos.

— No, — contestó con precipitacion Lorenzo. — Permitidme que la escena que tenga con este caballero sea sin testigos. Si á mi anterior súplica atendeis esta os la agradeceré eternamente.

— Al menos, — volvió á insistir el interlocutor de Lorenzo. — Permitame que ate las manos de su rival. Podria sorprenderle á V. con un movimiento rápido y darle la muerte.

— Esta desarmado.

— No importa, debemos ser precavidos; porque estos pícaros no tienen muy buenas mañas.

Veamos que pasaba entretanto en el interior de Anselmo.

Sorprendido al conocer á quien tenia delante y al pensar que habia tenido suspendida su espada sobre su cabeza, cuando hubiera podido

matarle sin tenérselo que reprochar, sintió tal movimiento de despecho que su exclamacion salió con reconcentrada ira.

Anselmo habia nacido en medio de los halagos de la fortuna. Hijo único del primogénito de una familia bastante acomodada, que en Cataluña, como se sabe, suele tener la distincion de ser el heredero de casi la totalidad de los bienes, se habia eriado alejado de todos los parientes á quienes le enseñaron á mirar con cierta frialdad que degeneró en desden. Anselmo tenia un fondo de bondad que, atesorado incólume en su pecho, hubiera triunfado siempre en sus actos si su educacion hubiera sido otra, si no se le hubiera infatuado en la posesion de riquezas que no tenian los que llevaban su mismo apellido.

Hasta los quince años, empero, reconociendo el buen corazon de su primo habia cultivado su amistad, pero desde el momento en que vió los lazos que le unian con Mercedes, niña cándida y hermosa por quien él sentia alguna inclinacion, cambió por completo.

Alejado de la compañía de Lorenzo, espí sus pasos, sorprendió sus amores y dió entrada en su corazon á la ruin envidia. No podia avenirse su orgullo á ser preferido á aquel jóven que era pobre.

Los que se acostumbraban á medir los merecimientos del sér humano por sus riquezas, están más expuestos á dejarse dominar de la envidia.

Anselmo no hubiera atentado á sabiendas contra la vida de su primo: su sangre le hubiera turbado; pero no se enojaba consigo mismo al pensar que podia perder su vida en los azares de la guerra, dejándole de este modo en ocasion de poder aspirar á sus sueños de felicidad que sólo se podian realizar en los brazos de Mercedes.

Acarició esta idea que vino á desvanecerse al encontrarse frente á frente del que poseia el corazon de la muger á quien amaba.

Ya sabemos de qué manera le impresionó este encuentro.

No dejó, empero, su aire altanero.

Se sentia mortificado su orgullo ante su impotencia, pero no lo dominaba.

Con la frente levantada esperó la sentencia.

Cuando oyó de los labios de Lorenzo los deseos que sentia de esterminarle, y los motivos que á la posesion exclusiva de su vida tenia, no pudo contener un movimiento de furor. Relámpagos de ódio mortal brotaron de sus ojos como intentando aniquilar á su rival.

Dos soldados de los que le rodeaban maniataron sus brazos con pañuelos:

Lorenzo, apartándose un tanto del grupo en donde se encontraba, y dirigiéndose hácia una espesura que se hallaba próxima á la ladera le indicó con imperioso ademán que avanzase.

Anselmo, obedeciendo más que á aquel mandato á un impulso de

altanero desden, siguió la dirección de su primo, que con el fusil en la mano le aguardaba.

Internáronse en la espesura.

Ni una palabra habian dicho durante el camino.

Anselmo rompió el silencio.

— No es necesario que avancemos más, — dijo, — aquí mismo puedes cebarte en mí, hipócrita vil. ¿Eres tú aquél que logró con su mentida virtud atraerse la amistad de los hombres honrados; tú el que engañó el bondadoso corazón de un ángel, mostrándote digno de él? ¡Miserable! Abrevia mi agonía, acaba conmigo pronto, no esperes que pida clemencia, virtud que en tu negro corazón no germina; no esperes que abra mis labios sino para llamarte infame y cobarde á la vez.

— Deten tu juicio, Anselmo, — repuso con angustioso acento Lorenzo; — sella tus labios y estrecha en tus brazos al que es y ha sido siempre digno de tu cariño.

Y se precipitó en el cuello de su primo, siendo rechazado por aquél, que poseído de una extrañeza sin igual exclamó:

— ¿Qué nueva maquinación pretendes? ¿Quiéres cubrirte con la máscara de la hipocresía hasta el momento mismo de cortar mis días?

— No, Anselmo, nó. Quiero tu salvacion, tu vida es cara para mí, y con mi sangre la hubiera defendido si alguien la amenazara.

— ¿Crees que he de dar crédito á tus palabras? ¿Me supones tan cándido como aquellos á quienes en C. has sabido engañar tan traidoramente? Las palabras que digiste hace algunos instantes al frente de los tuyos me han descubierto tu rencor, porque tú sabes ya cuanto adoro á Mercedes, esa muger angelical que ignora aún á que monstruo más horrendo intentaba unir su suerte. La amo, sí, la idolatro; no creas que el temor me hará ocultártelo. Mi postrer aliento será para ella.

— Harto lo sé por mi mal, — dijo con tono melancólico Lorenzo. — ¿Quién ha encendido á la vez en nosotros un amor tan profundo hacía aquella muger?

— ¿Quién? El Dios de la justicia, el dios de Cain, que ha de atormentar mil veces con el remordimiento tu intranquila conciencia, manchada con la sangre fraticida.

— ¡Yo fraticida! — dijo con tono de marcada dignidad Lorenzo.

— Sí, engendro ruin de un segundon espúreo.

— ¡Ah! — exclamó nuestro héroe dando un grito de ciego furor y arrojándose con violento coraje hacía su primo con el fusil levantado en alto.

Iba á descargar su culata sobre la cabeza de aquel hombre que se habia atrevido á insultar tan duramente á su padre, pero recobrándose instantáneamente se detuvo.

— ¿Qué aguardas? ¿qué aguardas?— repetía el mal aconsejado joven.—Mátame, mátame ya de una vez; no te goces con refinada maldad en mi agonía! Descarga de una vez el golpe mortal y huye de mi presencia, para que no te escupa á la cara.

Y al decir esto se sintió animado de una fuerza extraña que le hacia retorcer sus brazos para librarse de sus ligaduras, pero estaban tan fuertemente atadas que sus esfuerzos fueron vanos.

Despues de estar un momento probando sus fuerzas con desesperados movimientos, rendido por la fatiga é inundando por el frio sudor que bañaba su frente, quedóse en la inmovilidad más completa, miró con sonrisa diabólica á su rival, y exclamó con tono del mas insultante desprecio.

— ¡Cobarde!

Lorenzo que habia estado observando estos movimientos, recordó entonces que su primo estaba aún maniatado y él aún no se habia acordado de dejarle en libertad,

—Oye, Anselmo, — le dijo, — oye por Dios, Tú no has querido aún escuchar mi justificación. Aunque hubiera querido, aunque hubiera presentado mi pecho á sus hierros, mis compañeros no te hubieran perdonado la vida, y en último caso sólo hubiera logrado poderte salvar de la muerte, para que hubieras quedado en calidad de prisionero. ¡Dios que lee en nuestras almas sabe cuánta verdad digo! Impresionado vivamente ante el espectáculo de tu muerte ó de tu esclavitud, mi imaginación me sugirió la estratagema de fingirme tu rival para apartarme de la vista de tus enemigos, á los cuales me voy á reunir inmediatamente. Vive, vive, primo mio—continuó con lágrimas en los ojos Lorenzo— y Dios te perdone el ofensivo concepto que de mí has formado.

Al decir estas palabras cogió los brazos de Anselmo y desatándolos exclamó mientras disparaba un tiro en el aire:

— Esta es la señal de tu muerte. Ahora, parte. Por esta ladera encontrarás fácilmente punto seguro por donde escapar de las armas de los míos; pero antes quisiera hacerte una súplica.

— ¿Cuál? — repuso Anselmo, que absorto ante las palabras y decisiones de su primo habia permanecido en un mutismo inspirado por la vergüenza.

— Que me abrace de corazon.

Anselmo lo hizo, no pudiéndosele escapar un movimiento de repugnancia que pasó desapercibido para su primo.

Lorenzo se alejó.

Al encontrarse á alguna distancia volvió la cabeza y pudo ver que el jefe carlista aplicaba el pañuelo á sus ojos. ¿Lloraba de despecho ó de ternura?

.....

Poco despues, Lorenzo y sus compañeros se reúnian á la columna que regresaba triunfante, despues de haber arrojado al enemigo del Plá del General y Coll de Planes, y ponerle en precipitada fuga hácia Santa Eulalia y Alps.

Una hora permanecieron en los puntos conquistados, pero no oyendo en el campo de la accion un solo disparo marcharon hácia Prats de Llusanés en los momentos mismos que el sol comenzaba á ocultarse.

Allí se reunieron, comunicándose los secretos de su corazon Nicolás y Lorenzo.

Este último obtuvo el grado de sargento por su portentoso valor desplegado en la accion del Prats de Llusanés.

XVII

Importancia y grande tenia esta accion, considerando que habia tenido lugar en Cataluña, en donde ninguna de las veces durante esta guerra ni la anterior se habian llegado á reunir siete mil facciosos; porque la guerra en Cataluña ha tenido un carácter diferente del de las Provincias Vascongadas, en donde el gobierno ha encontrado muchas veces un ejército disciplinado y valiente á quien combatir. En el Principado sólo de vez en cuando, y para dar un golpe de mano preconcebido se han solido reunir gruesas partidas, y esto ha sido momentáneamente, pues luego se han vuelto á dispersar para buscar en el merodeo el fruto de sus correrías.

Más entendido Savalls en esta clase de guerra, fué anteriormente preferido por su rey á don Alfonso, su hermano, y éste tuvo que abandonar el campo catalan para internarse de nuevo en el extranjero.

Hoy se presentaba de nuevo en el terreno de la lucha, y aunque contaba con la aparente amistad de Savalls, por más que el rencor antiguo se hubiese enconado más, tenia contra sí la aversion de las gentes de este cabeçilla, no avezados á esta clase de guerra. De aquí la derrota de don Alfonso fuese tan completa, á pesar de poseer las formidables y casi inexpugnables posiciones del Grau y Prats de Llusanés. Y esto era tanto más sensible para la causa carlista, cuanto que aquel golpe, notablemente concebido, llevaba por objeto la exterminacion de las más importantes columnas que en aquel territorio operaban, y la rendicion de Berga, una de las plazas más importantes y más ansiadas.

Y si, como era de esperar, la direccion carlista de la jornada y la obediencia de estas huestes no habian estado á la altura que se proponia el príncipe rebelde, y si la derrota habia sido tan completa como de la lectura del parte y de las relaciones del hecho que en Barcelona se pu-

blicaron se desprendia, natural era tambien que la llama de los odios habia de brotar sin tardanza, y aumentar de nuevo las divisiones que la presencia de don Alfonso habia hecho reaparecer, su estancia en el Principado se haria imposible y excitaria la rebelion de sus subordinados.

El propósito de don Carlos de querer organizar y disciplinar su ejército catalan, para lo cual habia mandado á don Alfonso, no se podia llevar á cabo con éxito, y tal vez de seguir así las cosas hubieran podido tener tan trágica terminacion como en la época en que el conde de España fué al propio país animado de los mismos propósitos (1).

XVIII

La prensa toda dió muy tristes pormenores del brutal encono manifestado por los carlistas en Molins de Rey, contra las personas y las propiedades.

El día 25 de junio de 1875, las facciones de Miret, Vila del Prat, Mariano de la Coloma, Muxí, Ramonet Ne, Moore y un batallon de Savalls, con dos piezas de artillería y ciento veinte caballos, habian atacado aquella poblacion. La guarnicion defendió todos los puntos, pero á la madrugada tuvo que retirarse á la iglesia por haber sido incendiado el fuerte. Una columna de ochocientos hombres al mando del coronel Chacon, fué en auxilio de Molins de Rey y atacó á las facciones, que, á pesar de su número superior, tuvieron que retirarse hácia la carretera de Martorell, llevándose en rehenes algunos vecinos de los más influyentes.

Con las facciones que atacaron á Molins de Rey iba Lorenzo.

Nuestro héroe habia caido prisionero hacia ya diez meses en un combate que su batallon habia sostenido con Miret, y esperando la ocasion propicia para escapar y reunirse con los suyos, pidió ir en clase de voluntario con las partidas carlistas.

Durante algun tiempo abrigó aquella esperanza, pero pudo últimamente convencerse de las dificultades que ofrecia su realizacion. Se ejercia con él una continua vigilancia, y su menor movimiento era espiado.

En mas de un combate habia pedido que se le llevase á vanguardia quizá con la intencion de poderse fugar, tal vez por el objeto de buscar la muerte, única que podia calmar la desesperacion que le habia infundido su suerte desesperada, pero ni una ni otra cosa cortaba su afán, y

(1) Comentarios hechos por el autor de este episodio á la accion de Prats de Llusanes, en la obra recientemente publicada. *La Guerra civil en España de 1872 á 1876*, págs. 379 y 380.

Lorenzo, sin el consuelo de saber el estado de su familia ni el de su amada, falto de libertad y de amistad consoladora, violentado por tener que resguardarse bajo una bandera odiosa, y presenciar aquellos actos de vandalismo, y desenfreno que tanto le repugnaban, habia llegado á desear, como único remedio á sus males, el descanso eterno.

Contribuia á su mayor desespero la manera áspera con que era tratado por aquellas gentes incultas, y las penalidades que tenia que sufrir. Sus ropas estaban en un estado deplorable.

Los únicos momentos de satisfaccion para él eran aquellos en que presenciaba el triunfo de las tropas, que de algun tiempo á aquella parte iban acumulando victoria sobre victoria; pero esto mismo contribuia algunas veces á hacerle deplorar su situacion que no le permitia estar entre los leales para saborear con mas placer el triunfo de sus armas.

Retiradas las partidas que atacaron á Molins de Rey, en las cuales como hemos dicho iba Lorenzo, se apostaron en Esparraguera, esperando el momento oportuno de lanzarse sobre su codiciada presa.

Tres dias despues, cuando las columnas liberales se encontraban á una distancia que no les permitia auxiliar inmediatamente á aquella desgraciada poblacion, los carlistas se dirigieron sigilosamente hácia la misma, favorecidos por las sombras de la noche.

Apostáronse convenientemente y despues de ello emprendieron el ataque, que fué ruidoso y bien dispuesto para amedrentar á los pacíficos vecinos que dormian confiados.

La guarnicion volvió á refugiarse en la iglesia, y á los pocos momentos la poblacion era invadida por una multitud de facciosos que la hacian suya. La artillería dirigió sus disparos hácia el baluarte en donde se defendian los soldados, y tardó poco en arruinar sus tambores,

Voces de triunfo salieron de todas las bocas de aquellos hombres ávidos de botín. El petróleo arrojado á las puertas y paredes de la iglesia acrecentaba el fuego que se le habia prendido, y era inminente el peligro de aquel puñado de valientes á quienes se les intimó la rendicion.

Su contestacion fué negativa.

Esta respuesta exacerbó los ánimos de los sitiadores, que continuaron sus disparos sin interrupcion. Los enemigos les contestaban tambien apostados en la torre del templo, hasta que á los pocos instantes quedaron ya sin ningun cartucho.

El tiempo pasaba y el temor de que la poblacion recibiera un socorro, acrecentaba el ardor bélico de los absolutistas. Un nuevo ataque se intentó y sus cañones abrieron brecha practicable en las paredes de la iglesia. Al mismo tiempo brindaban á la guarnicion con tentadoras promesas si se rendian. Ofrecíanles que saldrian del fuerte con todos los honores de la guerra y que al dia siguiente serian puestos en libertad.

No aceptar aquellas condiciones hubiera sido una temeridad por parte

de los sitiados, pues su resistencia venia á ser inútil é imprudente. Sin municiones ya para poder atacar, expuestos ellos por su parte á serlo ó á morir asfixiados por el humo del petróleo, aceptaron á la fuerza lo que de buen grado nunca hubieran admitido: la capitulacion. El enemigo le propuso entonces que se les unieran á sus filas, y ésta proposicion fué unánimemente rechazada, por lo cual quedaron prisioneros de guerra y en calidad de tales se les condujo custodiados por algunas fuerzas hácia Esparraguera.

Entonces, los carlistas que habian tenido fija su atencion en aquel centro, comenzaron á esparramarse por la poblacion con ánsia inusitada de dar rienda suelta á sus perversos instintos.

Eran las siete de la mañana.

El vecindario, despertado por las detonaciones y las griterías, habia presenciado con el pecho oprimido el furor de aquellos combatientes por arrollar el obstáculo que se les oponia al paso.

Habian visto el decidido empeño de la guarnicion por sostenerse, y habian hecho entre sí votos por su triunfo, pero ya ni aquella esperanza les quedaba, porque sus defensores eran prisioneros de sus enemigos.

Sin embargo, permaneció aparentemente tranquilo, pues los cabecillas habian dicho en alta voz que no abrigaban animosidad alguna contra los habitantes.

¡Menguada palabra la de aquellas gentes!

No bien fueron dueños de la poblacion, se estendieron por las calles, abrieron á hachazos las puertas de las casas que permanecian cerradas, y empezó un verdadero saqueo y el incendio de algunos edificios,

Allí donde no encontraban objeto de valor de fácil traslacion lo rompian todo cebándose de una manera salvaje en la destruccion de los muebles.

Puñal en mano amenazaban hundirlo en el pecho de personas indefensas, si no les entregaban el dinero que tuviesen, y estos infelices, viendo el brazo asesino pronto á descargar sobre ellos, corrian á buscar quien una onza, quien seis, quien cuatro duros, fruto tal vez de una época de ahorros, y los entregaban á los carlistas, que, empujándose y porfiando por ser de los primeros, volaban á despojar á otras familias.

Aquí sorprenden á una jóven que les abre las puertas sin recelo, y vese brutalmente atropellada por una turba despues de saquear la casa la infeliz les vé desaparecer al mismo tiempo que otro grupo asalta la casa por detrás, y no queriendo sufrir nuevos atropellos, fuera de sí, se arroja á un pozo y queda cadáver; allí encuentran una casa que han abandonado sus dueños huyendo de la furia de ellos, y despues de destrozarlo todo esparraman por el suelo el vino y el aceite que encuentran en la bodega, mas allá preaden fuego al café del *Centro liberal*, y pronto una inmensa hoguera consume la casa; penetran en otros cafés, en el

de las Columnas, y no dejan un vaso ni un mueble intacto; les parece que el Palau, casa de lujosa apariencia, ha de proporcionarles botín, y derriban la puerta, hacen astillas las cómodas, rompen hermosas consolas que adornan las salas, rasgan los cortinages, hacen añicos toda la vajilla y lo entregan luego todo al furor de las llamas, la morada del cura párroco, persona muy apreciada de todos por sus virtudes, escita su codicia, le roban cuanto les viene á mano, no perdonan muebles, libros ni vestidos, y llevados de un furor que raya en frenesí, le arrebatan los vasos sagrados, cálices, copón é incensarios objetos, que el buen sacerdote habia trasladado á su casa para librarlos de su rapacidad; van á apoderarse de la custodia, y un terremoto que en aquel momento se deja sentir les parece que va á abrir la tierra para tragarlos, y desisten de su empeño.

Pobres y ricos, desde el modesto artesano al acaudalado propietario, pagan el tributo de sed de pillaje que les devora (1).

XIX.

Lorenzo miró con el pecho contristado todo aquel cuadro de devastación y saqueo, que hubiera hecho estremecer de envidia á las bordas de Atila.

¡Qué série de reflexiones agitaron en aquellos momentos su imaginación! Hubiera querido tener poder bastante para defender á los infelices despojados, y brazos mil para vengar todas las injurias.

Propicia se le presentaba la ocasion para satisfacer los deseos de separarse de sus enemigos. Embriagados éstos por su victoria, y entregados al placer de la destruccion es muy probable que no reparasen en su fuga.

Pero no podia escapar de la poblacion cuyas salidas estaban tomadas. Si se ocultaba en algun sitio se exponia á ser víctima de la indignacion de los vecinos de Molins de Rey, cuando saliendo de allí los carlistas, reparasen en su traje y le tuviesen por un enemigo.

Tuvo, pues, que desistir de sus proyectos, y sufrir el duro tormento de verse otra vez entre aquellos de quienes su conciencia le separaba.

Poco despues, advirtiendo los cabecillas que podian ser sorprendidos por el enemigo si continuaban en la poblacion, tocaron llamada, y con no poco pesar de los suyos, que aún no se veían saciados, salieron de allí.

(1) Palabras textuales de una carta que describe la entrada de los carlistas en Molins de Rey, escrita por un testigo presencial de los sucesos.

Tomaron la dirección de Esplugas y San Feliu; pero teniendo noticias de que la columna al mando del brigadier Mola y Martínez, compuesta de unos ochocientos á mil hombres, se encontraba en este último pueblo proponiéndose batirlos, mandaron hácia aquella parte un pequeño destacamento que había de atraerles hácia la sierra próxima, en donde se encontraban apostadas el grueso de las fuerzas.

El jefe de las tropas liberales, dudando de las intenciones de los carlistas, obró con acertada precaución. Esperaba que se le reunirían en breve las columnas de Villamil y Arrando, y no quiso exponerse imprudentemente á una derrota.

Desplegó, pues, dos compañías en guerrilla que guardasen los flancos y entretuviesen el enemigo, mientras él con el resto de sus fuerzas dispuso la artillería y constituyó una reserva á la salida de San Feliu.

Presentáronse los carlistas al alcance de las dos compañías y los hostilizaron por algunos momentos, hasta que se declararon en precipitada fuga.

Enardecidos los soldados se lanzaron en su persecución, pero cuando menos lo esperaban vieron venir hácia ellos numerosísimas fuerzas enemigas de caballería é infantería que les causaron algunas bajas y les hicieron retroceder á largo paso, pues el intento de los facciosos era envolver las guerrillas.

Lorenzo marchaba con las fuerzas que pretendían cortar la retirada de los soldados.

Desviado un tanto de los suyos, iba ya á emprender una carrera más precipitada para reunirse con sus antiguos camaradas, y descargaba al paso su fusil contra los absolutistas, cuando sintió á sus plantas un gemido prolongado que le hizo dar un salto.

Volvió su vista hácia el punto de donde había partido aquella voz plañidera que habíale hecho recordar una persona amiga, y miró revolcarse entre unas malezas un bulto.

Presa de la mayor ansiedad se dirigió hácia aquel punto y vió un moribundo.

Vestía el uniforme del ejército liberal.

Lorenzo se incorporó hácia donde se encontraba el herido, y no pudo detener una exclamación que al reconocerle salió del fondo de su pecho:

— ¡ Nicolás! — dijo.

Nicolás, que éste era en efecto, abrió los ojos, velados ya por las sombras de la muerte, y al mirar al que á su lado tenía se estremeció dulcemente. Cubrióse su cara de una súbita alegría y espiraron en su garganta algunas palabras que sin duda iban dirigidas al que vió delante de sí.

— ¡ Nicolás, hermano mio, es posible que yo te vea en tan lastimoso

estado, despues de una separacion tan larga como dolorosa ! ¡Oh ! — añadió cubriéndose la cara con horror, — quizá una bala mia ha herido tu cuerpo.

El herido, con la faz cadavérica, luchando ya con la agonía de la muerte, no pudo contener un movimiento de asombro al mirar el uniforme que llevaba su amigo.

Este que se apercebíó de ello le dijo estas palabras.

— No me tildes de traidor, amigo mio; soy prisionero de los carlistas y he tenido que aceptar estas vestiduras que llevo con repugnancia. Si supieras los tomentos que he sufrido desde la última vez que nos vimos... Pero no hablemos de eso. Estás herido y es necesario un pronto socorro. ¿Es muy profunda tu herida?

Nicolás hizo un signo afirmativo.

— Procuraré vendártela, y luego si puedes incorporarte te llevaré á mis espaldas hasta San Feliu donde se encuentra tu columna. Allí nos uniremos ambos, porque yo deseo incorporarme á las tropas liberales.

— Es todo inútil, — dijo con voz apagada el herido, — ni yo me podria mover, ni hay necesidad de ello, porque siento que se me está escapando la vida por momentos.

— No, yo no quiero que mueras sin auxilio, — repuso conmovido Lorenzò que tenia con sus brazos entrelazado el cuello de su amigo.

Y volviendo su apenada vista hácia la parte donde se sentian silbar las balas con furor, exclamó con voz angustiada:

— ¡ Socorro ! ; socorro !

Nicolás, levantando una de sus ensangrentadas manos y aplicándola á los labios de su amigo.

— Calla, — le dijo, — no quiero en mi agonía tener delante de mí facciosos. Escucha... los momentos son preciosos. La Providencia nos ha reunido antes de que yo dejase el mundo, porque comprendia que necesitaba este consuelo para morir tranquilo.

Como conociera Lorenzò los esfuerzos que su amigo tenia que hacer para hablar, pretendió imponerle silencio; pero éste continuó:

— Déjame continuar. Necesito hacerte un encargo. A muy corta distancia de la Junquera, pueblo en el cual he nacido, hay un punto conocido por *Can Sedos*; allí existe la muger á quien amo con ciega idolatría. ¡ Ah ! si algun dia puedes ir hácia aquella parte prométeme que le harás una visita. Dile á Rosa que ni un solo momento he dejado de amarla; cuéntale nuestra amistad; consuélate en su aflicción y entrégale unos escapularios que pendientes de mi cuello encontrarás. Báñalos en mi sangre, y al entregárselos dile que los conservé juntamente con mi recuerdo.

— Aparta de tí ese pensamiento doloroso. ¿ Por qué te has de dejar dominar por tan tristes pensamientos, — repuso Lorenzò con los ojos arrasados de lágrimas.

— No, no; veo, ante mi la imagen de la muerte ¿por qué habia de engañarte? no la temo, sin embargo. La espero resignado.

— ¡Nicolás, Nicolás! ¡Cuán adversa nos ha sido la suerte!

— Toma, toma ese escapulario bendito. Aplícalo á mi herida sin borrar la imagen de la Virgen y guárdalo como sagrado depósito.

— ¡Cumplido quedará tu deseo, si Dios me conserva la vida, hermano mio!

— A mis padres diles que les amo y les espero en la otra vida, donde deseo presentarme limpio de culpa.

— ¡Ah! No te fatigues, Nicolás; no te fatigues ni te martirices con tan apenadores recuerdos, porque puedes acortar tu vida...

— ¿Para qué la deseo ya? ¡Bendito Dios que me ha permitido el dulce consuelo de tenerte en mi presencia en estos momentos!

Y como si con estas palabras hubiese agotado todas sus fuerzas, quedó un momento en la inmovilidad mas completa. Cerró unos instantes sus ojos, y los volvió á abrir como para dirigir su última mirada á Lorenzo que, con las manos cruzadas y arrodillado en el suelo, le contemplaba con la faz desencajada por la ansiedad.

¡Contraste singular! Al lado de aquel cuadro de ternura, en que dos corazones amigos derramaban en sí el consuelo, sonaba la voz atronadora de los bronces disparados por la mano fratricida, y aque llaraza de Caines se destruía con un furor que rayaba en frenesí.

— ¡Eh! ¿Qué haces ahí, muchacho? ¿Estás rezando mientras tus compañeros se foguean? Bien pudieras meterte á fraile, y no...

El que estas palabras decia era un oficial carlista que, pasando por allí, habia sorprendido á Lorenzo en su noble actitud.

— Mi capitan, — interrumpió éste con voz humilde, — un herido...

— ¡Hola! — continuó el oficial apercibiéndose de Nicolás — un *quiri*. ¿Es así como tú combates al enemigo?

— Es un amigo mio.

— Pero lo es tambien de los negros y los hereges. Mira como retuerce los brazos y aprieta los dientes—añadió viendo las contorsiones que el pobre soldado hacia luchando con la agonía de la muerte.— De seguro está en estos momentos entregando su alma al diablo.— Y lanzó una carcajada.

— ¡Capitan! — replicó con indignacion Lorenzo levantándose del suelo y marchando hácia él mismo.— No creo que sea digno de un alma bien nacida el insultar el dolor ageno.

— ¡Cómo! ¿Vas á darme lecciones de dignidad? Yo te las daré á tí de respeto á tus superiores.

Y llamando á un peloton de facciosos que hácia aquel punto se dirigian, les dijo mientras señalaba con el dedo á Lorenzo:

— Sujetadle y llevóoslo preso. A ver si le dais veinticinco palos de los buenos, así que termine la fiesta.

Cuatro ó cinco de los voluntarios se abalanzaron hácia Lorenzo que no hizo el menor movimiento de resistencia, pues habia vuelto á fijar su atencion en el herido; mientras que algunos de ellos, que llevaban la bayoneta calada, habiendo escuchado un gemido escapado del pecho de Nicolás, cercaron su cuerpo y en medio de las mayores imprecaciones le martirizaron, rematándole con sus aceros.

Lorenzo no se pudo dominar ante este espectáculo; hizo un movimiento desesperado para ir á defender al pobre Nicolás que ya era cadáver; pero viendo la imposibilidad de ello, acometido subitamente de un furor extraño, agolpósele la sangre á la cabeza, inyectáronsele los ojos, tembló todo su cuerpo convulsivamente, y como herido de un rayo cayó desplomado en los brazos de los que le sostenian, despues de haber exclamado con furor: — ¡Infames! — Llevaos á esa monja — dijo el capitán con sarcástica sonrisa, — y así que se recobre cumplid mi mandato. Al que demuestre tener mejor puño he de hacerle un buen regalo.

XX

El ataque de los carlistas duró poco tiempo. Acometidas las guerrillas liberales por las fuerzas carlistas, temieron, durante algun tiempo, verse envueltas por estas últimas; pero el jefe de las primeras pudo evitar el peligro.

Desplegó enseguida el escuadron de caballería de Alcántara, hizo redoblar los fuegos de la artillería que con su metralla imponia al enemigo, y acompañó el ataque con el resto de sus fuerzas.

Por fin pudieron contener la persecucion de los carlistas.

Unióseles las guerrillas, y replegándose todos con orden se retiraron hácia la entrada de San Feliu, en donde el brigadier Mola habia mandado construir una barricada, detrás de la cual se parapetó, distribuyendo convenientemente las tropas.

Poco despues los carlistas se retiraban.

Habian tenido noticias de la aproximacion de las columnas de Arrazado y Villamil, y comprendiendo los planes del jefe liberal, que eran entretenerles mientras le llegaba auxilio, retrocedieron para retirarse definitivamente.

El campo quedó libre, pues, despues de dos horas de combate en el cual habian perdido los liberales cuatro ó cinco soldados muertos, más de treinta heridos y algunos prisioneros.

El número de los carlistas muertos y heridos era también aproximadamente el mismo que el de sus contrarios.

XXI

Antes que pasemos mas adelante es conveniente que demos una idea, aunque breve, del estado de la insurreccion carlista en la época que vamos narrando.

Por fin se habia comprendido el medio más practicable y eficaz para ir exterminando las facciones.

Nombrado Jovellar general en jefe del ejército del Centro, en donde se reconcentraron fuerzas numerosas, hizo éste varias escursiones por aquel territorio con el objeto de destruir los centros ó maestranzas carlistas que aprovisionaban á éstos de municiones, y colocar columnas en sitios convenientes para evitar que impunemente se pasaran las facciones al llano á adquirir por el merodeo recursos para seguir la campaña.

Amposta, plaza importante por ser la llave que abria las comunicaciones entre Cataluña y Valencia, habia sido recobrada por las armas liberales.

Comenzaron las operaciones, y estos se llevaron á término con éxito feliz.

La primera division alcanzó y batió á los batallones de Adelantado en los encuentros de la Salada y Domeño, habidos en el dia 25 de junio y el 29 en Rubielos de Mora; este mismo dia arrojó la segunda á las gentes de Alvarez, Pancheta y Vizcarro á sus posiciones de Chert, al propio tiempo que la cuarta obtenia, tras de una lucha empeñada, un señalado triunfo contra las que jefaturaba Dorregaray en Monleó; y por fin, el 30 cupo en suerte á la tercera el encontrar y arrollar vigorosamente á Gamundi, Boet y Pallés en Mirambell y Tronchon.

Terminado tan felizmente el mes de junio, comenzó el siguiente con el sitio y toma de Cantavieja, que con el auxilio de Martinez Campos, general en jefe de Cataluña que habia hecho suyos á Flix y Miravet, se llevó á término inmediatamente.

Una vez Cantavieja en poder de las tropas liberales, la situacion de las facciones valencianas se hizo más y más insostenible. No podian ya permanecer en un país que les era contrario y que se encontraba invadido por fuerzas muy numerosas, y en el cual no contaban con un solo punto fuerte.

Dorregaray, Gamundi, Adelantado y otros cabecillas pasaron el Ebro invadiendo el Alto Aragon y llegando hasta la provincia de Huesca para pasar luego á Cataluña.

El Centro quedó en breves dias libre de toda facción, pues no les

quedaba suyo más que el Castillo del Collado, último baluarte que les fué tomado poco tiempo despues por el general Salamanca.

La descomposicion del ejército carlista de Valencia, Aragon y el Maestrazgo, habia de traer necesariamente la del de Cataluña, en donde pasaban á operar de comun acuerdo los dos ejércitos liberales reunidos.

Si á la desanimacion consiguiente á las últimas derrotas se unia el cansancio de los pueblós, la desmoralizacion de las facciones y levantamiento de los somatenes, se deducirá, con otras consideraciones, el por qué de haber rendido las armas en tan poco tiempo las carlistas catalanes, pues sabido es que tres meses despues del últimamente citado, ya no quedaba un solo faccioso en las montañas del Principado.

Despues, los dos ejércitos triunfantes pasarian al Norte en donde se habian paralizado las operaciones.

XXII

En la Junquera habia aparecido una partida al grito de « ¡ Viva la Paz ! ¡ Viva Alfonso XII ! »

Esta partida, seguia la actitud del general carlista D. Ramon Cabrera, que poco antes habia reconocido el nuevo monarca español. En las provincias del Norte tambien se habian presentado con los mismos lemas Aguirre y Polo, seguidos de algunos voluntarios. Aunque este remedio contra la insurreccion no habia sido tan eficaz como en un principio se propusieran, fuerza es confesar que introducía la descomposicion entre las filas que seguían el estandarte de don Carlos.

La partida que se habia presentado en la Junquera iba dirigida por los jefes de la insurreccion catalana que se habian acogido á indulto.

Esta noticia indignó extraordinariamente á Savalls, que se proponia aniquilar á los traidores.

Con tal propósito tomaron aquella direccion el citado cabecilla, Miret y Socas, que en junto reunirían unos cuatro mil hombres.

Los cabreristas pudieron escapar á las iras de sus antiguos camaradas, y tomaron otra direccion.

Pero si éstos lo consiguieron no lo logró la poblacion, que fué atacada sin perder tiempo.

Era el 6 de julio.

La Junquera se hallaba ya prevenida contra el ataque.

Habia tenido confidencias sobre la aproximacion del enemigo, y al tenerle á la vista supo que llegaba en actitud hostil.

Comenzó la lucha. Ruda fué la embestida dada por las facciones pero mayor fué la decision de los sitiados por defenderse.

Los carlistas no suponían tan dura oposición.

Esto les empeñó más en el logro de sus deseos; las promesas de saqueo son siempre un cebo para la gente aventurera y perdida que en mayor número secunda el móvil de una idea política.

Hubo un momento en que los bríos de los defensores de la Junquera se debilitaron; y los del enemigo se enardecieron.

Pero en aquellos momentos de entre las mismas filas absolutistas salieron voces de: « ¡ Una columna! ¡ Una columna! »

El pánico se introdujo entonces entre ellos, y empezó la desbandada, que hubiera sido difícil de contener á no openerse los jefes que, sable en mano, y dando rienda suelta á sus caballos, les pudieron contener.

La columna Arrando, en efecto, venia en auxilio de la Junquera; enterados de ello los cabecillas dispusieron marchar de aquel sitio.

Entre las facciones iban seis prisioneros: uno de ellos era nuestro conocido Lorenzo.

Los llevaban en el centro de las fuerzas.

A muy corta distancia de la poblacion que habian pretendido hacer suya, comenzó á levantarse un sordo murmullo,

El murmullo tomó cuerpo, y pudieron distintamente oirse voces amenazantes que decian:

— ¡ Mueran! ¡ mueran!

Se habia promovido un altercado entre uno de los prisioneros y algunos voluntarios de las fuerzas que les escoltaban.

Estas al tenerse que retirar de la Junquera se habian puesto de muy mal humor.

Los ánimos se hallaban sobreescitados, además, con motivo de los últimos acontecimientos.

Aquellas voces fueron la chispa que prendió fuego á la hoguera.

Los carlistas se arremolinaron en torno de aquellos desdichados, y algunos de los primeros levantaron en alto sus culatas, amenazando á los segundos.

Uno de los jefes que marchaban más próximos al sitio del suceso, dirigió su caballo hácia aquel grupo, abriéndose paso para poner coto á aquella colision:

— ¿ Qué sucede? — dijo.

— Esos infames *negros*, — gritaron muchos á la vez, — que tienen mas arrogancia que D. Rodrigo en la horca.

— Ya debian haber muerto.

— Yo no sé para que queremos estorbos.

— ¡ Que se fusilen!

— Sí; mueran! ¡ mueran!

Estas y y otras voces salian de las bocas de aquellos voluntarios, cuyo rostro aparecia lívido por la cólera.

— ¿ Pero podremos saber que es ello ? — pudo decir el mismo jefe dominando el tumulto.

Eran tantos los que hablaron á la vez, que no pudo entenderse nada de lo que se decía.

Se aproximó uno de los cabecillas.

— ¿ Qué acontece, coronel ? — le preguntó al jefe que había querido enterarse de la contienda.

— Nada he podido averiguar aún; pero por lo visto los muchachos se encuentran indignados contra los prisioneros que llevamos.

— Por qué motivo ?

— Lo ignoro, porque no me ha sido posible dominar la gritería. Esta seguía más fuerte aún. Con los voluntarios del grupo hacían coro otros que ni siquiera sabían por qué gritaban.

— Muchachos: ¿ que pedis ? — dijo el cabecilla alzando la voz cuanto sus pulmones se le permitían.

— Que se maten á esos infames, — dijeron todos señalando con furor á los infelices prisioneros. — Hemos sido insultados por ellos.

Esto no era verdad. Todos ellos excepto uno habían permanecido mudos á las provocativas frases de los absolutistas.

Peró es ya costumbre suponer que el que más grita tiene mas razon. La actitud del jefe de la partida hizo aminorar las voces.

Restablecido un tanto el orden, habló éste de la manera siguiente:

— Estamos á la vista del enemigo y no es conveniente que entre nosotros haya disensiones. Acallad vuestro furor y no deis á entender con él que entre nosotros no existe la mayor armonía. Todos sabemos las malas artes de que los liberales se valen para dividirnos, pero tambien conocemos la impotencia de sus esfuerzos. No deis pié, pues, con vuestra actitud á las calumniosas noticias que propalan de que nosotros no continuamos unidos. Con respeto á esos causantes del motin...

— Deben morir, — interrumpieron algunos.

— Tranquilizaos, dentro de poco sereis vengados.

XXXIII

Estas palabras produjeron su efecto entre los prisioneros. No podían traducirlas, pero temblaron por su vida.

De aquella clase de enemigos había que tenerlo todo.

Hasta la muerte.

Aunque esta muerte fuera injusta y cruel.

Porque injustas y crueles han demostrado ser en todos sus actos las hordas absolutistas que han recorrido Cataluña.

Fijese sino en sus cabecillas.

Los absolutistas catalanes han tenido por jefes los que les correspondían; porque han tenido que interpretar los deseos de sus subordinados, tolerar sus criminales instintos.

Una manada de fieras necesita ser dirigida por una fiera.

No citamos nombres porque no lo creemos necesario; pero téngase en cuenta que los cabecillas más populares han sido aquellos que han demostrado tener menos entrañas y han apadrinado el saqueo y la violación.

Cuando se les ha pretendido ponerles en cintura, cuando se ha tratado de darle un carácter de ejército disciplinado á las gavillas carlistas del Principado, mandándose para ello generales mas dignos, jefes mas amantes de la moralidad y de su buen nombre, véase lo que ha sucedido.

Las masas han protestado.

Se han retirado del terreno de la lucha.

Se han insubordinado contra estos últimos.

Y es que lo que llevamos dicho es tan cierto como que la lucha que durante estos últimos cuatro años se ha sostenido en las cuatro provincias catalanas no ha sido lucha de partidos, sino de personalidades.

Si alguno de entre los jefes era absolutista de convicción, batallaba por el triunfo de un ideal político y se dejaba llevar de sus magnánimos sentimientos (que no negaremos hayan salido hombres que han reunido estas y otras buenas condiciones) ha sido oscurecido y ealumniado por sus subordinados.

Ya lo hemos dicho: los cabecillas tenían que transigir con su gente.

Y porque tenían que transigir, nuestros prisioneros se estremecían.

El corazón les decía que iban á aumentar el largo catálogo de víctimas con que se manchó la historia del obstinado absolutismo.

El tumulto se había dominado por completo. La promesa de aquel cabecilla hecha á los suyos había aplacado un tanto su furor, que ya no se traducía en amenazas ni levantamientos de brazos, si no en miradas de odio reconcentrado.

Entre tanto los infelices soldados se miraban entre sí con angustia indecible. Todos á la vez habían comprendido de un golpe la situación.

Lorenzo, pálido como un cadáver, pero no pálido por lo que acababa de acontecer, sino por el recuerdo de sucesos pasados, caminaba con los ojos fijos en sus compañeros y su imaginación vagando en distintos puntos á la vez.

Si recordaba á su familia y á C. no podía apartar su memoria tampoco de Mercedes, la amada de su corazón, y su rival, su primo Anselmo, de quien hacia mucho tiempo nada sabia, como nada tampoco sabia de su familia.

Esto no le hacia olvidar la vergonzante situación á que hacia tiempo

se encontraba reducido. Ser prisionero de su enemigo, de un enemigo á quien odiaba con todo el odio que haber podia en su corazon, tener que marchar á su lado usando su uniforme, trage que le parecia más infamante que el que lleva el reo al subir á la horca, tener que verse en el caso de ponerse frente á frente de los que consideraba sus hermanos y hasta disparar su fusil contra ellos. ¡ Oh ! esto era más de lo que pedirse podia á sus fuerzas.

De buen grado aceptaba, pues, la idea de ser muerto por aquellos enemigos odiados. Era lo único que faltarle podia para coronar su martirio, el martirio que su cuerpo habia sufrido con las privaciones y los palos que se le habian dado, los que su alma padeciera al encontrarse sostenedor forzoso de una causa que odiaba entrañablemente.

Además, la muerte le brindaba con el descanso eterno.

En el seno de ella encontraría la paz que ansiaba, la terminación de aquella no interrumpida sucesión de martirizadoras ideas que se agolpaban á su mente, cuando llegaba su imaginación á fingirle ver á Mercedes en brazos de otro.

Silencioso caminaba aquel grupo de hombres hasta que las cornetas tocaron voces de alto.

Pararon las fuerzas todas y se dividieron en partidas tomando direcciones distintas.

Esta era su táctica: despues de un ataque el fraccionamiento.

La partida que custodiaba los prisioneros tomó hacia la derecha, caminando por espacio de largo tiempo.

Despues se paró de nuevo.

Habianlo ordenado otra vez los cornetas.

Eran entonces las seis de la tarde. El sol aún se encontraba bastante alto y vestía de ricas tintas la tierra.

El sitio donde se habia detenido la partida, era en el fondo de una garganta agreste y salvaje.

En lo alto se veían arboledas silvestres que, con ese encantador desorden que se observa en los bosques incultos, se elevaban altivas.

Una senda que á no ser blanca hubierase tomado por una enorme culebra, segun era de tortuosa, costeaba la próxima montaña.

En el fondo, sitio donde se habia detenido aquella fuerza, los jarales y la piedra suelta dificultaban la marcha.

El camino real seguía hacia la derecha.

Al detenerse los absolutistas, los jefes comenzaron á transmitir órdenes.

Formáronse cuatro grupos diferentes, dejando en el centro á los prisioneros.

Hacia ellos fueron tres personas. Era una de ellas el cabecilla, las otras dos, aunque usaban el uniforme carlistas eran, á juzgar por los alzacuellos que llevaban, ministros de la religion.

Así que los tres estuvieron junto á aquellos seis infelices, les dijo el primero con entonación tranquila y sin que al parecer sintiera la menor emoción:

— Preparaos. Vais á ser fusilados.

XXIV.

El presentimiento se había convertido en realidad.

Pero en realidad triste y desconsoladora.

Un temblor convulsivo agitó á los prisioneros.

¿Temblaban de ira ó de temor? De ambas cosas á la vez.

Demudáronse sus semblantes, sobrecogiéles una especie de paraisismo y quedaron mudos y atónitos contemplando con la vista extraviada á sus enemigos.

Pero no se oyó una exclamación ni un gemido.

Ni siquiera se les ocurrió implorar la piedad de aquellos corazones empedernidos ante las lágrimas.

Lorenzo, por su parte, no se encontraba menos atónito que sus compañeros.

Un sudor frío inundó su frente y se sintió desfallecer.

No sólo había esperado resignado su suerte antes de escuchar sus sentencia, sino que la había llamado como lenitivo único á sus pesares.

Pero al oír la voz que les decía: « Preparaos. Vais á ser fusilados, » sintió flaquear sus fuerzas.

Tal es el hombre. Mientras un peligro encubierto le amenaza se cree fuerte para resistirlo, pero cuando se le presenta con la cara descubierta, sin esperanza ninguna de ser evadido, tiembla.

De un millon de hombre que hayan pensado en ser suicidas, solo mil (y aún nos parece crecida la suma) habrán levantado el arma fatal, de esos mil, novecientos han bajado el brazo en el momento de disparar, y aún de entre estos ciento restantes, una gran mayoría habrán temblado en el momento de hacer el disparo.

Un poeta (1) tan desgraciado como de claro talento ha dicho:

Sarcasmo ruin de la suerte
para el alma dolorida:

¡no ver hermosa la vida
si no al dintel de la muerte!

(1) D. Eulogio Florentino Sanz.

Lorenzo en estos momentos volvió su vista al pasado, y aunque su aislamiento presente y el cúmulo de desventuras que sobre él habían llovido le hacían inclinar la cabeza, más potente y con más seductores colores se presentaba á sus ojos el cuadro tranquilo de su aldea y el santo recuerdo de sus padres y amigos.

Y luego ¿quién le aseguraba que su Mercedes no le aguardaba rendida amante como en otros tiempos?

Si su dignidad, si su amor propio no se hubieran sublevado contra esta idea, Lorenzo hubiera caído á los piés del enemigo y hubiera implorado perdón con la elocuencia que inspira una situación tal.

Idénticas ó parecidas luchas sostenían sus desgraciados compañeros que, menos fuertes que él, se dirigieron trémulos y suplicantes á los piés del caballo del cabecilla, hablándole con el corazón, suplicándole no cortar sus días, y asegurándole que su agradecimiento y las bendiciones de sus madres le seguirían por todas partes.

—Padres,—repuso por única contestación el inflexible cabecilla, dirigiéndose á los dos sacerdotes que le acompañaban, —cumplan ustedes con su misión.

Estos últimos se aproximaron á los prisioneros y les conjuraron á que olvidarían en aquéllos cortos instantes que les quedaban de vida los asuntos de este mundo, para volver su vista á Dios.

—En Él la tengo puesta y á su misericordia me recomiendo,—repuso Lorenzo con la cabeza erguida y las mejillas pálidas por el coraje.—Suplícoos, pues, que me dejéis estar y os quiteis de mi vista porque no turbeis mi meditación.

—Hijo mio,—repuso con encubierta dulzura uno de los ministros del altar,—auxiliaros en tan duro trance es uno de nuestros sagrados deberes...

—¡Deber!... ¿Y habláis vosotros de deberes?...

Al pronunciar estas palabras Lorenzo lo hizo en el colmo de su indignación, pero cambiando súbitamente de entonación dijo:

—Mi corazón está con Dios y ni un momento se ha separado de Él, ni ha dudado de su infinita bondad; agradezco vuestros servicios, pero los creo innecesarios; para ponerme en comunicacion con el Ser Supremo me basta con su misericordia y mi buena voluntad.

Media hora próximamente duró la confesión de los compañeros de Lorenzo, que cómo él no habían rechazado los auxilios de los sacerdotes. Al darles á besar el crucifijo y reanimarles por última vez con palabras de consuelo, tuvo lugar otra escena de lágrimas, en que aquellos volvieron á pedir perdón arrastrándose junto al caballo del jefe.

Nuestro héroe permaneció en pié con la frente alta y la mirada serena, cruzado de brazos, como desafiando con arrogancia el peligro que le amenazaba.

Todo fué inútil. A las órdenes del cabecilla algunos carlistas se adelantaron saliendo de sus filas, desde donde habían presenciado esta escena, y ataron á los prisioneros de dos en dos, codo con codo. Poco despues las tres parejas habían quedado atadas fuertemente, y custodiadas por un grupo de voluntarios conducidos á un ribazo inmediato.

Un peloton de carlistas, con los fusiles cargados, se adelantaron y se prepararon á hacer fuego á las voces de los jefes.

Avanzó la primera pareja, siendo casi arrastrados por algunos facciosos.

Hízosele arrodillar despues de darles á besar una cruz, y á las voces de mando sonó una descarga cerrada que retumbó con horrisono estruendo en las montañas inmediatas.

Al desvanecerse el humo de la pólvora se vieron dos cuerpos tendidos en un charco de sangre.

En aquéllos momentos un rugido de corage escapó de las dos parejas de prisioneros que quedaban en vida, que aún tuvieron energia bastante para protestar contra tan bárbaro asesinato.

Los voluntarios tuvieron que arrancarles á unos de los brazos de otros, donde despues de un grito de horror se habían refugiado para darse el adios último.

Otra pareja fué colocada junto á los que ya habían entregado sus almas al cielo, y fué igualmente inmolada.

Adelantó la tercera en la cual iba Lorenzo.

— ¡Hasta la eternidad! — dijo éste á su amigo en el momento en que eran llevados los dos al suplicio.

Y cuando dobló la rodilla para esperar el plomo mortal, que esperó con arrogante ademan, exclamó estas palabras:

— ¡Madre mia! Dios te dé resignacion para sufrir tu desdicha. —

Y ante este pensamiento y el recuerdo de Mercedes se sintió desfallecer, cuando sonaron en sus oidos las detonaciones.

Seis cadáveres habían quedado tendidos en el suelo, confundiendo su aún humeante sangre.

Un grupo de facciosos se adelantó hácia el sitio, donde estos se encontraban.

Sonaron algunos disparos de revolver. Dos jefes examinaban á los que aún parecian tener vida y los remataban, ¡disparándoles á boca de jarro.

— Este aún baja la tarantela, — dijo uno de ellos al apercebirse de los estremecimientos que hacia el cuerpo del que había sido sacrificado con Lorenzo. — Seamos misericordiosos con él.

Y le disparó un tiro que, entrándole por la frente, le deshizo por completo el cráneo.

—; El del lado si que se ha quedado tieso! — continuó el mismo lanzando al propio tiempo una horrible carcajada.

— Bien muerto está, — repuso un voluntario que se encontraba á su lado; — le apunté yo y á mí á otra cosa me ganarán, pero á ponerle una bala á un mosquito me la apuesto con cualquiera.

Las palabras de este último promovieron la hilaridad de los circunstantes, que comenzaron á hacerle coro con una sarta de horribles chistes.

— A ver, — dijo con impaciencia el jefe de la partida, — no hay tiempo que perder; que venga el médico y reconozca los cadáveres.

Un individuo que llevaba las insignias de comandante se adelantó é incorporándose á reconocer los cuerpos de aquellos infelices les tomó el pulso.

— Todos están muertos, — dijo con aire de convicción el médico.

— No es conveniente que perdamos más tiempo en estos sitios. Tal vez el enemigo nos haya seguido y pudiéramos ser sorprendidos. Cortad los cordeles de esos — (y señaló á aquellos mudos cadáveres) — y partámos. Mañana al amanecer vendreis algunos de vosotros á darles sepultura.

Poco despues la partida abandonaba aquellos sitios.

XXV

La noche comenzaba á tender sus sombrías tintas por el suelo.

Un silencio tenebroso reinaba allí donde una hora antes se había consumado un crimen horroroso: la muerte de seis inocentes.

Ni el más lijero soplo de viento agitaba las ramas del pinar inmediato, ni venia á refrescar con su frescura las peñas de la ladera, caldeadas durante el dia por los abrasadores rayos del sol.

Inmóviles y mudos, seis bultos informes, teniendo por lecho un charco negruzco, permanecian sobre el suelo.

Todo lo que alrededor hubiera podido abarcar la vista había tomado los enlutados atavíos de la muerte.

Ni un pájaro se atrevia á cruzar la medrosa oscuridad; ni una voz humana turbaba tanto quietismo.

Un observador atento hubiera podido ver, sin embargo, que uno de los cuerpos de los fusilados se movia como si se sintiera bajo el contacto de dos planchas galvánicas. Oyóse despues un gemido, luego otro; y despues su estrechimiento fué mayor.

Otra vez volvió á permanecer inmóvil el cuerpo, pero aún no habían trascurrido cinco minutos cuando, haciendo un esfuerzo, que fué acompañado por un gemido, se incorporó.

Llevó el fusilado sus manos á la cara y volvió en torno su cabeza.

Por último su boca pudo articular un grito ahogado, pero al mismo tiempo tembló su cuerpo como acosado por el temor.

Palpó entre las sombras una de sus piernas de la cual manaba sangre, soltando un ay de dolor.

Luego, con la vista fija en el espacio, donde comenzaban á aparecer algunas estrellas, paró oído atento.

Así pasaron algunos minutos.

Un ruido producido por las pisadas de dos seres resonó hácia la parte donde se encontraba el camino vecinal.

Alentado el herido por la esperanza gritó:

— ¡ Socorro !

Pero el ruido que le habia hecho lanzar esta exclamacion continuó hácia el mismo sitio. Su voz debilitada no habia alcanzado segutamente thasta allí.

Hizo un esfuerzo mayor y volvió á gritar de nuevo, pero los dos bulos que veía moverse entre la oscuridad, no sólo no se habian detenido sino que continuaban al parecer alejándose.

Entonces reunió todas sus fuerzas, trató de levantarse del sitio donde se encontraba, consiguiéndolo despues de muchos esfuerzos, y con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡ Socorro ! ¡ socorro ! — volvió á gritar.

Dió algunos pasos y se detuvo; su pierna derecha le producía un dolor excesivo, y apenas si se movía. No tenía en donde apoyarse y se sintió próximo á caer en el suelo, pero alentó al escuchar una voz lejana que decía:

— ¡ Quién va ! ¿ Dónde estais ?

— Por aquí, por aquí — repuso el herido.

Trascurrieron algunos minutos. Sus oidos permanecían atentos al menor ruido, pero ninguno vino á alentarle.

— ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! Si habrás conservado mi vida para mostrarme otra esperanza que ha de ver desvanecida.

Volvió á pedir socorro.

Nuevo silencio. Ni se escuchaba el más leve rumor, ni se movía nada ante la oscuridad.

Cojeando y lanzando ahogados ayes de dolor avanzó un tanto hácia el camino: Despues de un gran rato de caminar pudo encontrarse en éste.

Desde él estendió su vista ansiosa y nada divisó. Todo era soledad, todo quietismo.

Débil, angustiado y dolorido miró con la vista extraviada otra vez, y al convencerse de la quietud que le cercaba, dió un grito más vivísimo y

cayó desplomado en el suelo; oyó el ruido de la cañonera que se disparó.

A lo lejos apareció una luz opaca y temblorosa que parecía caminar en dirección al punto donde se encontraba el exánime cuerpo de aquel infeliz.

La luz fué avanzando:

Con sus rayos formaba un círculo luminoso que parecía alumbrar dos negros bultos.

Se oía un murmullo producido por un animado diálogo.

— ¿Está V. seguro de haber oído voces de socorro?

— No me cabe la menor duda.

— ¿Y hacia que parte?

— Por aquí. Yo me dirigía á casa llevando del ronzal al burro, cuando sentí distintamente gritos que pedían auxilio, dadas por una voz débil que salía á mi parecer del fondo de esa garganta; pero como el camino hacia ese lado es quebrado y la noche está oscura como boca de lobo, no me atreví á acudir en socorro del moribundo, que tal me parecía el que daba los gritos por su apágada voz, sin contar con una luz con que poder dar en seguida con él. Debe ser algun pastor que se haya despeñado ó algun viagero á quien las sombras han sorprendido en la senda del pinar y ha venido rodando hasta la hondonada.

— Libreme Dios de mal si en esto no han andado los carlistas, que me parece aún no se encuentran hartos de sangre. Esta tarde ha pasado una partida por estos sitios, que venia de la parte de la Junquera; y mire V. que á mí no me parece muy prudente que avancemos.

Y al que esto decía, que llevaba un farol en las manos, empezaron á temblarle las piernas.

— Vaya, hombre vaya, que de cobardes no se ha escrito, y Dios ayuda siempre al que hace una obra de caridad, — repuso el otro.

Y siguieron avanzando, aún cuando no con toda la sangre fría que el caso reclamaba por parte del que alumbraba.

Detrás de los dos interlocutores marchaba un burro, que llevaba como aparejos unas de esas portaderas que usan los payeses para transportar uva, y encima un colchonazo.

Ya habian llegado frente á la agreste hondanada que formaba la garganta é iban á tomar hacia aquel sitio, cuando el que alumbraba, que parecía no tenerlas todas consigo y que miraba á todos lados con la vista recelosa, dió un grito penetrante.

Habia tropezado con un bulto.

Su compañero volvió hacia aquel punto, y habiendo reparado en el objeto que había causado tal impresion al del farol, se lo arrebató de las manos, é incorporándose en el suelo, reconoció aquel cuerpo que parecía inanimado.

Acercó la linterna al rostro del herido y sus rayos débiles le iluminaron de lleno, dándole un tinte cadavérico.

Era Lorenzo el que iba á ser fusilado, y la arrogante altanería con que nuestro héroe desafió al peligro, sin haber querido como sus

compañeros implorar el perdón de sus verdugos.

Ya hemos descrito la emoción que en los pobres prisioneros había causado la noticia de que iban á ser fusilados, y la arrogante altanería con que nuestro héroe desafió al peligro, sin haber querido como sus

compañeros implorar el perdón de sus verdugos, Pasó por la dolorosa pena de ver morir á aquellos infelices y se adelantó él último, atado con su pareja, para recibir en su pecho las descargas de aquellos para quienes guardaba únicamente rencor.

Difícil nos sería, sin embargo, dar una idea con nuestras palabras de la impresión que le causaron los cortos instantes que transcurrieron desde el momento de ser conducido á la muerte hasta aquel en que zumbaron en sus oídos las detonaciones.

Lorenzo, que á pesar de su infortunio, había logrado conservar sus piadosas creencias, se recomendó á la gracia de Dios. Acordóse de sus padres, de su amada, de su maestro, de todos sus amigos, y se despidió de ellos hasta la otra vida.

Un sudor frío, como el sudor de la muerte, inundó su cuerpo. Al rónico sonido de las descargas cayó al suelo.

Pero cayó arrastrado por su compañero. Sentía un dolor intenso en su pierna derecha, señal clara de que no había dejado de existir.

Podía coordinar algunas ideas.

Escuchaba las voces de sus matadores.

Y, sin embargo, se creyó cadáver.

Suponíase que había entrado en la otra vida, pero que aún le quedaba un recuerdo de la presente.

Oía, sentía, percibía, y no obstante ni podía hablar ni moverse.

Sus brazos y su cuerpo débiles á su voluntad, no podían agitarse.

Se encontraba en un estado semejante al epiléptico.

Un parasismo completo le tenía inmóvil.

Oyó distintas voces que vomitaban sarcasmos y carcajadas.

Había caído pegada su cara á la de su infeliz compañero; sentía su contacto.

Oía, además, diferentes tiros que sonaron junto así.

Sintió un sordo gemido, escapado del pecho de su compañero, y después un proyectil que pasó rozando su cabeza.

Era el disparo de revolver hecho á su compañero, que le destrozó por completo la cabeza.

Se sintió salpicado por los sesos de aquel desventurado.

La sangre que cubria su cabeza en mortal palidez, la herida que en su muslo tenia, debió hacer creer á los facciosos que habia cesado de existir.

Luego se le tomó el pulso y oyó la voz del facultativo que decia:

— Todos están muertos.

¿Era que se le habia examinado sin detencion, que el facultativo era poco experimentado ó en realidad era un cadáver y sentia todo aquello desde los umbrales de la eternidad? No lo podia apreciar á punto fijo.

Lorenzo llegó á abrigar sobre ello ciertas dudas.

Despues cogieron el brazo de su compañero y el suyo, y los desprendieron de los cordeles.

Por último sintió los pasos de sus matadores que se alejaban y una alegría suprema, mezclada de no se sabe que especie de temor, hicieronle caer en un letargo, durante el cual perdió toda conciencia de lo que junto á sí pasaba.

Cuando abrió los ojos se encontró rodeado de sombras.

Incorporóse del duro suelo donde se encontraba, y percibió los dolores de la herida.

Palpó á su alrededor y no sintió sino los frios rostros de sus compañeros.

Era indudable que no habia muerto.

Pero se encontraba herido, de ello no le cabia duda.

Quedó poseido durante algun tiempo de un mudo terror.

El cuadro que á sus ojos se presentó, cuando volvió á la vida, habia sido demasiado tétrico.

La esperanza de su salvacion le dió aliento.

Habia percibido el paso de seres humanos y gritó.

Lo demás ya lo sabemos.

Haciendo esfuerzos sobrehumanos logró llegar hasta el camino próximo; pero el temor de verse abandonado, la fiebre que le devoraba, la desordenada coordinacion de espantables ideas y el terror de volver á caer en manos de sus enemigos, juntamente con la debilidad que le habia causado la pérdida de sangre que manaba su abierta herida, pudieron más que su voluntad y sus esfuerzos, y cayó sobre el suelo, como si verdaderamente hubiera dejado de existir.

De allí fué recojido por aquellos dos hombres que hemos visto venir entre la oscuridad, alumbrados por un farol.

XXVI

A la mañana siguiente recobró los sentidos Lorenzo. Había pasado la noche toda entera entregado al más espantoso delirio.

La fiebre le consumía.

Y además de la fiebre una angustia atemoradora, un terror que tenía crispados sus cabellos, le habían hecho permanecer en un sueño intranquilo durante el cual se notó la más completa perturbación de sus sentidos.

Una mujer, casi una niña, de sonrosado rostro y de distinguido porte, aunque de modesta apariencia por sus vestidos y su actitud, le había atendido con asiduo esmero.

Se le había vendado la herida del muslo, que según el médico de las inmediaciones, ofrecía un marcado carácter de gravedad.

La incisión del proyectil era á lo que parecía profunda, y si como era de presumir había fractura en el hueso, no tendría nada de extraño que hubiera necesidad de hacerse una amputación.

Esta noticia la habían escuchado con alguna inquietud un hombre anciano de respetable continente, un muchacho que tendría como unos diez y ocho años y aquella joven de la cual hemos hablado ántes.

Según la opinión del facultativo el sueño que parecía haberse apoderado de aquel infeliz voluntario carlista (que de tal iba vestido Lorenzo) no era más que un amodorramiento, del que sobrevendría el delirio.

A fin de que la fiebre se calmara un tanto, dejó el médico unos polvos que se habían de desleír con agua, de la cual se le había de dar, de hora en hora una pequeña cantidad al enfermo.

— Padre mío, amado hermano, — había dicho la hermosísima joven dirigiéndose al anciano y al adolescente, — entregaos al descanso de que tanta necesidad tenéis, que yo me quedaré en vela atendiendo á este infeliz.

El padre hizo algunas objeciones como negándose á obedecerla, pero tal era la influencia que sobre él ejercía aquella hija querida, y tal también su necesidad de descanso, que se avino en fin á ello; en cuanto al adolescente nada replicó, sino que siguió á su padre, comió con él unas viandas que se las tenía preparadas, y ambos se dispusieron á acostarse, no sin haber dicho antes el viejo:

— Si ocurre alguna novedad, despiértame en seguida.

La noche como hemos dicho había sido de agitación para el herido. Durante toda ella se desvivió la joven enfermera en prodigarle sus atenciones.

Cuando el primero, que al amanecer había caído en un sueño más tranquilo, abrió los ojos, era ya tarde y las luces del día, enojadas por que no se les diese franca entrada, se deslizaban imprudentemente por las rendijas de una ventana, inundando el cuarto donde se encontraba el herido de una luz suave.

— ¿Dónde estoy? — habíase dicho para sí nuestro héroe sin reparar en la jóven que con la vista ansiosa le contemplaba.

— Nada tema V. jóven, se encuentra en casa de unos buenos amigos que le estiman, — respondió con dulzura la enfermera.

Lorenzo volvió su vista hácia el punto de donde había partido aquella voz de consuelo, y conmovido á la vista de tan cándida hermosura se quedó absorto por un momento.

Una sonrisa llena de consuelo había brotado de los rojos labios de aquella jóven. Era la sonrisa del ángel de la caridad.

— ¿Pero á quién debo agradecer tantos cuidados? — insistió nuestro desventurado héroe.

— No os importe esto, — repuso de nuevo aquella niña, en cuya frente se reflejaba la blanca luz de la inocencia, — reponeos, reponeos, ante todo y no os fatigucis hablando.

— ¡Oh! decidme por compasion como me encuentro en este sitio.

— Mi padre y hermano os trajeron.

— ¿Y quiénes son vuestro padre y hermano?

— Ya tendréis ocasion de conocerles. Entre tanto tranquilizaos y callad. El médico me ha recomendado guardéis el más absoluto silencio.

Lorenzo volvió á insistir con sus preguntas, pero tuvo que callar ante las reiteradas insinuaciones de su compañera que, con su aspecto angelical, traía á la imaginacion de nuestro desventurado jóven el recuerdo de su amada Mercedes.

Pocas horas despues llegó el médico, que reconoció al herido guardando una reserva absoluta de su situacion. Dió al salir las oportunas instrucciones á la jóven, y se marchó volviendo á recomendar el mayor silencio.

A la caída de la tarde se presentaron el anciano y jóven que habian recogido á Lorenzo; le hicieron una visita, durante la cual les mostró el herido el mayor reconocimiento; y á sus instancias tuvieron que contarle de la manera que había sido encontrado junto al camino que corre frente á la garganta del pinar.

Dos meses han pasado.

Durante este tiempo la herida de Lorenzo ha ofrecido serios peligros.

Hubo ocasiones en que se creyó necesaria la amputacion, pero luego

se había conseguido el no tener que apelar á este medio extremo, sin embargo de que el médico no se mostraba muy satisfecho de lo que pudiera sobrevenirle al herido.

Pero los dueños de la hospitalaria masía en donde este había ido á parar, demostraban el más vehemente empeño en que no se le privase de tan importante miembro del cuerpo.

Una tarde, durante los calores del verano, se encontraba el herido dentro de su habitación é incorporado en el lecho, abstraído en sus meditaciones.

La caritativa jóven que tanto cuidado le prodigara durante su enfermedad y una anciana le acompañaban.

— Señor Lorenzo, — decíale en tono de dulce reconvencion la primera. Veo con disgusto que se entrega V. con sobrada frecuencia á los pensamientos tristes, y tengo que regañarle por ello.

El interpelado volvió de su abstraccion, y contempló por un momento con su penetrante mirada á aquel ángel de bondad que la Providencia le deparara en medio de su infortunio.

— Muy justa me parece, Rosa amiga, vuestra severidad; pero yo solo puedo atenderla con una condicion.

— Dictadla.

— Mi condicion se reduce á que vos no permanezcais tampoco poseida de melancolía.

— ¡Cómo! ¿suponeis que yo tambien soy víctima de la tristeza?

— No lo supongo; lo afirmo. Pues que ¿á mí se me puede ocultar lo que por vos pasa? Algunas veces miro cruzar por vuestra serena frente una nube de tristeza, y al llegar á vuestros ojos los anubla y los inunda de lágrimas, que en vano habeis tratado de ocultar á mi suspicacia. Yo supongo muchas veces que no sois feliz, aunque manifesteis lo contrario, pero como no puedo ser exigente con aquella á quien tanto debo, he respetado vuestro dolor.

— No tiene nada de extraño, — dijo la anciana compañera de aquellos dos jóvenes, — que mi pobre sobrina se sienta acometida de la tristeza; lo que por ella pasa tiene que tenerla á la fuerza en un estado perpétuo de intranquilidad.

— ¡Cómo! interrumpió Lorenzo con extrañeza, — ¿Qué escucho, amiga mia? Teneis penas y nada de ello me habeis dicho. No habeis querido confiárselas á este desgraciado que aspira á ser vuestro hermano.

Rosa, que así la llamaremos, puesto que así la hemos oído nombrar, dirigió una mirada con la cual parecia suplicar el silencio á la que se decia su tia, y haciendo un esfuerzo para sonreirse exclamó;

— No es nada, amigo mio: nada que merezca vuestra atencion.

— Me hacen daño vuestras palabras, — repuso aquel. — ¿Acaso no

puede, no debe interesarme todo lo que concierna á aquella á quien debo mi existencia.

— No tanto, la existencia no.

— Mas...

— Os suplico no hablemos de mi.

— Como gustéis, pero....

— Reanimaos, creedme; hacedlo por aquellos á quien más ameís. Dentro de poco saldreis de ese lecho y podreis volver á los brazos de vuestros padres.

— Mis padres..... ¿quién sabe si evisten ya?

— ¿Y por qué no? ¿Qué presentimiento puede haceros creer otra cosa?

— Ninguno, —pero la noticia de mi muerte.

— No es posible que haya llegado hasta allí. ¡Cuánto desearía poderos ver gozar de la alegría, que ahora permanece alejada de vos! ¡ Con qué estrechos lazos se unieran vuestros corazones, así que los que os dieron el sér os tengan junto á sí! ¡ Es tan intensa la alegría despues de las penalidades! Vuestro herido corazon vivificará á las caricias de vuestra familia, la mirada seductora de vuestra amada le inundará de una luz celestial, ante la cual recobrareis la perdida tranquilidad, y luego los amigos....

Lorenzo que escuchaba con dulce complacencia aquellas palabras de consuelo que brotaban al parecer de un corazon tan puro que hacia alzar la vista al cielo, sintió una estraña conmocion al escuchar sus últimas palabras.

Rápidamente, y con la prontitud de un relámpago, presentóse á su memoria el recuerdo de su desventurado amigo Nicolás. Su imágen ensangrentada se le apareció á sus ojos, y con ella el recuerdo del encargo que al morir le habia hecho.

Coincidió con este pensamiento una sospecha que le atormentaba desgarradoramente. Recordó que él habia sido fusilado en las inmediaciones de la Junquera, punto en él cual le habia dicho su amigo se encontraba su amada, la cual se llamaba Rosa. Rosa llevaba tambien por nombre aquella muger á quien tanto debía.—« ¡ Oh! ¡ si fuera ella! ¡ tener que desgarrar el corazon de ese ángel de bondad, yo que tantos beneficios le debo! » — pensó Lorenzo.

Rosa que le dirigió sus últimas palabras clavando en él su tranquila mirada, notó el cambio repentino en él verificado; miró su faz desencajada, su vaga mirada, é interrumpiendo su conversacion preguntó con interés.

— ¿Qué os pasa, amigo mio? ¿Os encontráis peor?

Lorenzo que no habia escuchado estas preguntas, le interrogó á su vez poseído de febril ansiedad:

— ¿A qué distancia nos encontraremos de la Junquera?

— ¿No lo sabeis aún? A dos horas escasas.

— ¿Cómo se llama la masía en donde nos encontramos?

— *Can Sedós*. ¿Pero que os pasa?

Una mortal palidez cubrió la desencajada faz del convaleciente, un sudor frio inundaba su frente y un temblor convulsivo agitó su cuerpo.

— ¿Conoceis á Nicolás?

— ¡Oh! Dios mio, ¡Dios mio! — Dijo más pálida aun Rosa. — Vos habeis visto á Nicolás, si, no trateis de negármelo. Ahora lo recuerdo: vos debeis ser aquel Lorenzo, aquel hermano de corazon de quien tanto me hablaba en sus cartas. ¿Que ha sido de él? Nada me oculteis. Hace ya tres meses que uinguna noticia suya tengo.

Y era verdad que nada sabia aquella pobre criatura del fin trágico de su amante. Lorenzo lo dudaba; pero nada tenia de estraño. El cadáver de Nicolás, horriblemente desfigurado por los bayonetazos de los carlistas, habia sido recogido sin que identificarse pudiera su persona y sin que sus compañeros de armas le dieran sepultura. Tuvósele, pues, por extraviado ó disperso.

Lorenzo se recobró, procuró serenarse un poco, y mal articuló estas frases.

— ¡Pobre Nicolás!

Esta exclamacion la habia hecho como hablando consigo mismo, pero Rosa que le escuchaba con atencion la apercibió.

— ¡Ha muerto, decid hermano mio; nada me oculteis, os lo pido por lo que más ameis, y si esto es poco invocaré nuestra hospitalidad para obligaros; decid, decid, la duda es peor cien veces y más martirizadora que la más horrible realidad.

— Dios sabe cuantos esfuerzos me cuesta el tener que abrir una honda herida en el seno de la que con tan amoroso cuidado me ha asistido en el trance más fatal de mi vida, — exclamó con tono solemne Lorenzo. — Tú, amigo mio, hermano del corazon, lees tambien la angustia que en este momento me devora: cúmplase tu voluntad.

La ansiedad de la infeliz Rosa era estraordinaria; se habia levantado de su asiento y abalanzado al lecho del herido interrogando con su mirada ansiosa. La anciana muger que le acompañaba se levantó tambien de su asiento, y se aproximó asustada al lado de la primera.

— Acabad, acabad, — decia con el estravio del demente la enfermera de Lorenzo.

Este se llevó los brazos al cuello; arrancó de él un escapulario ensangrentado; el mismo que unos momentos antes de morir le habia entregado su amigo tres meses antes, y exclamando estas palabras lo presentó á la angustiada jóven.

— Este recuerdo de vuestro amor, entregado al que en la tierra fué mi

mejor amigo, debe pasar otra vez á vuestro poder. Conservadlo junto con el recuerdo del que tanto os ha querido; que desde el cielo, donde mora, es testigo de nuestra pena.

— ¡Muerto, muerto! — barbotó Rosa.

Y llevándose las manos á las sienes, donde sentia como si dos mazas de hierro le descargaran furiosos golpes, cayó sin sentidos en brazos de su tía.

XXVII

Era una de las noches más hermosas y apacibles del mes de abril de 1876, esto es, dos meses despues de haber puesto término nuestro valiente ejército á la lucha que empobrecia nuestro suelo, enclavando en los muros de Estella y Peña-Plata la bandera nacional.

La luna dormia reclinada entre algunas nubecillas ligeras que no privaban del todo de luz á la tierra, á la cual de cuando en cuando asonaba su disco plateado, y despues de acariciarle con sus melancólicos rayos volvía á ocultarse temerosa, sin duda, de turbar las citas amorosas.

El azul del firmamento presentaba un fondo muy oscuro pero brillante en donde á ciertos intervalos chispeaban algunas estrellas, celosas de que la luna les robase sus fulgores.

Los ténues resplandores del astro del amor rielaban en las aguas cristalinas del arroyo, cuya dulce ondulacion parecia que acariciaba los undívagos pabellones de zarzas y cañas que en sus orillas se cimbreaban, y las olorosas florecillas, cuyos tallos se inclinaban al vivificante beso de la brisa bañaban su frente en la azulada linfa.

Todo era calma y silencio. Ni el más leve rumor turbaba el adormecimiento de la naturaleza, que tras una noche de calma se preparaba á hacer gozar á los mortales de un día encantador. El céfiro susurrante habia tambien enmudecido y permanecia silencioso acariciando la verdura del valle que se estiende á los piés de C. como alfombra encantadora preparada para un día de fiesta.

Las horas en que el universo calla, en que las locas pasiones y los gritos dicordes de la humanidad permanecen en descanso para dar lugar á que la apacible naturaleza impere, esas son las en que el alma toma tambien su imperio para desechar todo lo terreno, y desprendido el espíritu de las corruptas ligaduras de la materia, embriagada por el mudo entusiasmo de la contemplacion, desea escapar de nuestro pecho para remontarse á la eterna región y beber con mayor ánsia la luz de las estrellas, recorriendo el anchuroso espacio.

Por la carretera que une á Villafranca del Panadés con otra importante poblacion, caminaba en tan apacible noche un hombre de humilde apariencia.

Su paso era tardo y pesado. Parecia como si una herida le impidiera caminar con toda la velocidad del deseo y de la juventud.

Porque el personaje á que aludimos era jóven.

Sí, jóven y hermoso, con esa juventud y hermosura grave ya y circunspecta que indica el hombre educado por la desgracia ó combatido por el infortunio.

Vestia un apollado uniforme militar y llevaba en sus espaldas un pequeño morral con algunas ropas. Apoyábase su cuerpo con un nudoso baston.

Era, en fin, nuestro conocido Lorenzo.

Lorenzo, sí, que volvia á los amorosos brazos de sus padres, que ansiaba pisar el suelo bendito en donde su madre le dió la vida, que esperaba dentro de poco estrechar la trémula y amorosa mano de su Mercedes, y escuchar las afectuosas frases de sus amigos y paisanos.

Y sin embargo, Lorenzo caminaba triste y pensativo; la melancolía de la noche, el recuerdo de su tenebroso pasado, sembrado de infortunios, el negro presentimiento de otros nuevos, tenian sumida su alma en la tristeza.

De cuando en cuando, emocionado ante lo que su vista anhelante descubria en lontananza, se llevaba la mano al corazon, dirigia su mirada al cielo y exhalaba ahogados suspiros, en los que tanto podia haber de grata satisfaccion como de encubierto temor.

Convengamos, lector amado, en que los temores de Lorenzo no eran tan extravagantes y tan fuera de lugar como parecen; su alma probada por la adversidad habia apurado hasta los heces la amarga copa del dolor. Desde el momento en que habia abandonado su pueblo natal, sus instantes de dicha habian sido fugaces; si alguna vez entreveia el paraíso era para luego hundirse en el infierno del dolor y la desesperacion. Habia tenido que sufrir todos los rigores de la suerte y probar todo linage de dolores.

Además, Lorenzo estaba ansioso porque nada sabia de C., porque hacia ya cerca de dos años que ninguna carta habia recibido. ¿Sus padres habian muerto? El no lo queria creer, pero si sus padres vivian ¿cómo no le habian contestado á sus cartas? Podian haberlo hecho y no haberlas recibido nuestro héroe durante la época infausta de su cautiverio. Pero despues de su fusilamiento y de haber estado durante tres meses en *Can Sedós*, habia sido recogido por una columna y trasladado á Girona. Desde este punto habia escrito varias veces á sus padres, y ninguna contestacion habia obtenido, como tampoco de Mercedes y su maestro.

¿Qué significaba aquello? Era, pues, evidente que el dolor no cesaba de enseñarle su descarada faz.

Los espíritus fuertes hay momentos en que llegan á acobardarse, por más que apelen á toda su fuerza de voluntad y resignacion, como no hay tampoco creyente que haya dejado de sentirse en algunos momentos de su vida combatido por la duda. Es que nuestro cuerpo es flaco y débil; es que sólo un espíritu divino es capaz á resistir sin dudar ni temer los embates del infortunio.

Lorenzo, pues, se encontraba poseido de un temor que le amilanaba. El temor de un último, el más cruel desengaño.

Pero caminaba, caminaba lentamente. Era ya más de la media noche.

Había llegado ya tarde á Villafranca, con el propósito de tomar al día siguiente una caballería que le condujera á C.

Pero su ansiedad febril no pudo resistir á la tentacion de llegar cuanto antes á su pueblo.

Había salido á las afueras de Villafranca para dar un paseo que le distrajera de sus negros pensamientos, é instintivamente, sin saber lo que hacia, fué alejándose de aquella poblacion. Marchaba precisamente por la parte que conduce á C.

Quando se apercebió de ello ya habia caminado un largo trecho y no pensó en volver atrás. El ambiente perfumado de la noche y el melancólico espectáculo de la naturaleza le sedujo. Avanzó pues.

Hé aquí explicado el porqué Lorenzo camina á hora tan avanzada y en el estado aún no completo de curacion en que se encontraba su herida.

Nuestro héroe dejó poco despues la carretera y tomó el camino vecinal que, serpenteando por entre los altos trigos y los frondosos árboles, se estiende hasta el pié de la montaña en donde C. toma asiento.

Dos horas despues llegaba al cruce de los dos caminos.

La plazoleta de la cruz presentaba un aspecto delicioso. Medio iluminada por la luna que se abria paso á través del verde tapiz que le circuia, parecía un sitio, donde por el quietismo, la frescura, los perfumes, la penumbra y el misterioso y poético encanto, se respiraba algo que revelaba mayor grandeza, belleza más inmensa, dicha más inefable y sobrenatural que el sitio más pintoresco de la tierra: un pedazo de eden trasportado al suelo; una morada de ángeles, abandonada de los hombres y habitada por el sacrosante emblema del Verbo Divino.

Lorenzo cayó de hinojos ante las gradas de la cruz, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Volvia otra vez á contemplar aquel sitio en donde habia aprendido á orar aún balbucientes sus labios; allí donde su madre le habia pregado

sus manecitas de niño, enseñándole á glorificar al Dios de misericordia, donde habia escuchado y pronunciado las primeras frases de amor y los juramentos de eterna fidelidad.

Volvía á aquel sitio despues de cuatro años de acerbos dolores, de tormentos sin cuento. Habia sido herido en su alma por el desengaño y en su cuerpo por el furor inusitado de los hombres, pero á pesar de esto volvía rico de fé y de esperanza, que sentía acrecentar allí.

¿Y como nó? La cruz se levantaba esbelta, altiva, desafiando la furia de los hombres y el embate de las tempestades, y con cariñosa actitud le tendia sus brazos amorosos.

Lorenzo besó el pedestal con veneracion é inclinó la cabeza con arrobamiento; habia sentido aún la ambrosía de aquellos besos cariñosos estampados allí mismo por los labios de su amada y suyos, la noche antes de abandonar su aldea.

Quedó unos momentos como apoderado de un sopor tranquilo. Comenzaba á deslizarse en su alma con más intensos resplandores la luz de la esperanza, y con ella el ansiado consuelo. Vió flotar sobre su cabeza, rozando con su cendal castísimo sus ardorosa frente, al ángel de la buena dicha, y humillando su cabeza al peso de tanta felicidad exclamó con exaltacion:

— Perdon, Dios mio; perdoname si alguna vez he llegado á temer que me abandonarías. Yo he sentido algunos instantes cruzar por mi pecho relámpagos de odio y de esterminio hácia mis semejantes; yo he respirado con fruicion en otras ocasiones sobre el campo de batalla, gozándome en la destruccion de aquellos á quienes consideré mis enemigos y á quienes ahora perdono, como tú perdonaste á tus verdugos. Yo vengo hoy rendido á tus plantas y te pido perdon de mis extravios, la paz del alma, tu bendicion sacratísima.

Y como si Dios hubiese escuchado sus cuitas, sintió Lorenzo que el ángel de la buena dicha descendia á él, posaba en sus manos la palma del martirio y depositaba en su frente calenturienta un beso que refrescó su alma, inundándola de una luz celestial y cubriéndola con las envolturas de la resignacion.

— Y este ángel, revoloteando en torno del acongojado jóven, volvió á mecerse sobre su cabeza, desprendiendo celestiales perfumes; fué á posarse sobre la cruz y pareció como que en ella se fundia, mandándole por última vez una sonrisa amorosa.

En aquel momento un rayo casto de la luna, atravesando las verdes hojas de los árboles inmediatos, hirió con su resplandor la frente de la cruz.

Lorenzo quedó aturdido ante el espectáculo que sus ojos anhelantes le acababan de hacer ver, y se quedó en muda actitud, absorbiendo aún aquellos perfumes y aquella sonrisa, creadas por su fantasia.

¿Cuánto tiempo permaneció así?

No es posible saberlo, porque cuando el espíritu del hombre se encuentra en el estado en que se encontraba el de nuestro héroe, el tiempo no tiene medida.

Sacóle de su beatífico recogimiento, una voz que cantó con una entonación melancólica y suave como el susurro de la brisa, este cantar:

Donde jurabas quererme,
ya puedes, falsa poner:
«¡ aquí mataron á un hombre,
rogad al cielo por él!»

Recobróse Lorenzo, volvió á la vida, y estremeciéndose como si sintiera un frío que le llegara al alma, giró en torno suyo la vista.

La luna se había ocultado ya. El sutil velo que cubria los objetos rasgábase por grados para dar paso á las tintas amortiguadas de la aurora, que luchaban con las tinieblas del espacio.

Un temor supersticioso le habia hecho temblar. Una voz llegaba á sus oídos á través del viento. ¿Era quizá la misma que cantó la noche de despedida? ¿Quién sabe! ¿Era la voz de la realidad, de la desconsoladora realidad?

Lorenzo tomó con toda la rapidez que su herida le permitía el camino que conduce á C.

Pero al llegar á las primeras tapias amortiguó su paso.

Temía y ansiaba á la vez llegar hasta su casa.

Lo ansiaba para salir de dudas.

Lo temía por si encontraba allí la muerte de otra esperanza.

El corazón le palpitaba fuertemente.

Avanzó, empero.

Ya saben nuestros lectores que su casa estaba situada á la entrada de la aldea.

Lorenzo la abarcó con la vista.

Se alzaba negra y silenciosa, pero más negra y silenciosa que las restantes.

El alero del tejado parecia hundido.

Tenia abiertas todas las ventanas y rejas.

Solo la puerta permanecia cerrada.

Miró nuestro héroe por una de las rejas y dió un ahogado grito.

¿Qué habia visto dentro? Nada, porque nada se podia divisar á causa de la escasez de luz, pero habia adivinado montones de escombros hacinados en las paredes negras y desmorrionadas, techos hundidos, tabiques derribados, piedras calzinadas, maderos carbonizados: todos esos vestigios horribles, toda esa confusion espantosa que anuncia el incendio voraz y destructor.

- Se le heló el alma de espanto á Lorenzo.
 Estaba viendo allí las huellas del paso de la hidra del absolutismo.
 ¿Y sus padres? ¿que era de sus padres?
 ¿Habian muerto?
 Lorenzo no lo sabia, no se atrevia tampoco á creerlo, pero recordaba que el ángel habia colocado hacia poco en sus manos la palma del martirio.
 ¿Luego era un mártir?
 Sí, un mártir del infortunio.
 No habia aún acabado su calvario.
 Pasó un grupo de gentes por su lado.
 Y luego otro.
 Y nadie le reparaba y nadie le reconocia.
 Las gentes pasaban con gran algazara y vestidas con galas.
 — Vamos á ver el casamiento.
 — Dicen que la novia está muy pálida.
 — Y el novio radiante de felicidad.
 — Que felices van á ser... jóvenes... ricos.
 Estas y otras voces zumbaban en los oidos de Lorenzo.
 Vió venir otro grupo y se adelantó hácia él, preguntando á uno de los aldeanos que formaban parte del mismo.
 — ¿Quién se casa?
 Quedóse aquél parado y con la boca abierta, como sorprendido.
 — ¿Por fuerza no debeis ser de por aquí? — dijo.
 — Soy forastero, — repuso el soldado.
 — Bien decia yo. Se casa la niña más hermosa que jamás vió la tierra, y el jóven más generoso y valiente que hemos conocido. Nosotros vamos á presenciar su felicidad.
 El payés se separó de Lorenzo y marchó á reunirse con los suyos.
 Nuestro jóven les siguió.
 Atravesaron algunas callejuelas negras y estrechas.
 Desembocaron en una plaza.
 Entraron en la iglesia.
 Y detrás de ellos marchaba silencioso Lorenzo.
 El órgano tocaba.
 Los altares todos se hallaban iluminados por largas hileras de cirios.
 Sólo el alto abovedado del techo se perdia entre sombras y opacidad.
 Era dia festivo, y el pueblo estaba oyendo misa.
 El sacerdote en el momento de entrar Lorenzo estaba consumiendo.
 Nuestro héroe fué á buscar un rincon donde pudiera permanecer solitario.

Poco después la misa terminó y salió la gente, quedándose solamente alguna que avanzó hasta el altar mayor, donde comenzaron las ceremonias nupciales.

Lorenzo apercibióse de ello después de ya trascurrido un largo rato, y avanzó sintiendo resonar sus pisadas en las baldosas del piso como si sonaran los golpes huecos de un ataúd que se tapa.

En el momento mismo en que Lorenzo, confundiendo entre la multitud, dirigía su vista hasta el grupo que formaban los dos novios, grupo para él extraño de felicidad, pronunciaba la esposa el « sí padre » con voz trémula.

El timbre de aquella voz hirió los oídos de Lorenzo, poniendo en conmoción todo su cuerpo.

Avanzó más, dirigió su vista á las desposada y dando un agudo grito, un grito de angustia y horror, un grito penetrante que conmovió las bóvedas del templo formando un eco extraño, cayó en el suelo desplomado.

Había reconocido en la novia á Mercedes, á su amada Mercedes que daba su mano á Anselmo.

La gente toda acudió al lado del soldado, el sacerdote paró por un momento la ceremonia.

Trajéronse luces, reconocióse á aquel infeliz, y oyéronse voces espantadas de gentes que se apresuraban á salir del templo exclamando con supersticioso terror:

— ¡ Es el fusilado, es el muerto; el amante de Mercedes que ha resucitado!

XXVIII

¿Cómo era que Lorenzo no se había encontrado con sus padres, que su casa se mostraba derruida y solitaria, que Mercedes contraía matrimonio con Anselmo?

Vamos á verlo.

Necesitamos para ello volver atrás el orden de nuestro relato. Permitásenos este salto, antes de dar nuestra última pincelada al cuadro que presentamos al lector.

Desde el momento en que Lorenzo había caído prisionero de los carlistas habíase interrumpido la correspondencia habida entre él y su familia. Mercedes, que había quedado huérfana por aquella misma época y que se encontraba encomendada al cuidado de los padres de su amado, sintió como aquellos una angustia horrible.

Ni un momento de tranquilidad gozaban aquellos desventurados. Temían de un momento á otro tener noticias funestas que les hablasen quizá de la muerte del ser por quien tanto se interesaban.

Así pasaron algunos meses. Al cabo de ellos, no pudiendo resistir más á la duda el tío Pedro partió para Barcelona en donde hizo investigaciones para saber lo que era de su hijo. El fruto de ellas fué averiguar que nada se sabia de él; que era muy probable que viviera, pero habia caido prisionero de los carlistas, dejando de militar en las filas del ejército liberal.

Las desgraciadas mujeres que habian quedado en C. esperando el resultado del viaje, tuvieron que resignarse á saber aquella nueva, que si no mejoraba su situacion con respecto al soldado, por lo menos les dejaba en la dulce esperanza de que no habia cesado de existir.

Una tarde de verano, en que entregadas las dos mugeres á sus tristes pensamientos se encontraban á la puerta de la casa, tropezó Mercedes en el canastillo donde dejaba la costura con un número del periódico *La Imprenta*, que parecia haber sido colocado allí de intento.

— Madre, — le dijo á la anciana, — ha dejado V. en mi canastillo este periódico.

— No, hija mia.

— Es extraño. Y es de fecha reciente, de anteayer, — continuó reparando en la misma, y tomando en sus manos aquel diario.

Le abrió y sus ojos se fijaron en un suelto que habia sido subrayado con tinta.

— ¿Qué es esto? — dijo ella.

La anciana, notando aquello tambien, pidió á la jóven que leyese aquel suelto.

Decia así:

« Un nuevo crimen, más espantoso si cabe que todos los consumados hasta ahora por esas bárbaras kábilas de salvajes que recorren nuestras montañas, tenemos que añadir al ya largo catálogo de los que vienen consumando diariamente, sin que se tomen medidas convenientes para contrarrestar sus efectos y para que no queden en la más criminal impunidad.

» Las últimas boqueadas del absolutismo se anuncian con nuevos asesinatos, hijos del despecho y de la impotencia; pero si nuestro gobierno se cree fuerte para vencer en buena lid á los defensores de don Carlos, no por eso debe dejar de contestar como se merecen hechos tan sangrientos é inhumanos, como el que vamos á relatar á nuestros lectores.

» El dia 6 de julio próximo, cuando las partidas que iban á atacar á la Junquera se retiraban en vista del denonado esfuerzo de la poblacion, promovióse un disturbio con visos de motin en las filas de una de las partidas.

» Algunos de los voluntarios del Pretendiente, despechados por el golpe en vago que acababan de dar, injuriaron é insultaron á seis prisioneros pertenecientes al ejército, que consigo llevaban, y como uno de

estos últimos contestase con dignidad á aquellas próvocaciones comenzó un tiberio que tuvo que aplacar el jefe de la partida, prometiendo á aquellas inhumanas hienas que en breve quedarían vengados.

Las palabras del feroz cabecilla se cumplieron. Poco después la partida se detenía en sitio solitario, y los desventurados prisioneros oyeron de labios del jefe que mandaba la partida que iban á ser fusilados.

»En vano pidieron aquellos infelices perdón y misericordia. En vano se arrastraron á las plantas de aquel infame para abrir su corazón á la piedad; la bárbara sentencia fué ejecutada inmediatamente, y aquellos mártires atados en pares pasados por las armas, sin darles tiempo más que para reconciliarse con Dios, por mediación de dos curas de los que abandonan el cayado de pastor y sus feligresías, para empuñar el trabuco y seguir la manchada bandera de la llamada legitimidad.

»Esta noticia, que nosotros habíamos recibido por conducto privado, se ha confirmado oficialmente, como también los nombres de las víctimas.

»Hélos aquí: Juan Gonzalez Ortiz, Pablo Bello, Julio Puigmartí, Romualdo Casanova, Ignacio Rosales, Lorenzo Puig.»

Tratar de descubrir el efecto que en aquellas dos mujeres produjo la lectura de este suelto, es cosa poco ménos que imposible.

Los desmayos, las lágrimas y las congojas no terminaron por mucho tiempo. Cuando volvió el tío Pedro del campo se enteró de lo ocurrido y su aflicción no tuvo límites. Aparte de la muerte de su hijo, que le hería de una manera inesperada, se encontró con que la vida de su esposa ofrecía serios peligros.

Su gravedad fué creciendo, y tres días después el atribulado anciano estrechaba en sus brazos un cadáver.

Esta nueva pérdida afectó doblemente al tío Pedro y Mercedes, que en vano pretendían consolarse mutuamente.

Algunos días después de estos sucesos, y cuando el anciano se revolvía en el lecho sin poder conciliar el sueño, sintió voces extrañas y ruidos de carreras que interrumpieron su meditación.

—¡Los carlistas! ¡los carlistas están cerca! —decían algunos payeses que pasaban azorados junto á la reja que daba al cuarto donde reposaba el padre de Lorenzo.

En efecto, algunas facciones venían en dirección á C., donde intentaban sin duda entrar.

Convocóse en la plaza del pueblo el somaten, y animados los que lo componían por las voces de sus jefes, decidieron defenderse.

Poco después se rompía el fuego á la entrada de la población, donde sus defensores habían levantado una barricada.

El tiroteo se prolongó por espacio de una hora.

La decisión del vecindario era extraordinaria; pero el empuje de los

carlistas se había hecho violento. Además, el número de los combatientes segundos era excesivamente superior al de los primeros.

Mercedes, aterrada por el estruendo de los disparos, se había refugiado al lado del que le hacía las veces de padre, el cual hacía largo rato había abandonado el lecho.

Dirigiéndole estaba este último palabras tranquilizadoras, cuando se sintieron redoblados golpes en la puerta de la casa.

Estremeciéronse ambos.

El tío Pedro preguntó:

—¿Quién llama?

—Abrid, abrid, sin cuidado tío Pedro, somos nosotros los del somaten.

Aquel reconoció á los que estas palabras pronunciaron y abrió.

Se encontró con un pelotón de gente.

—El peligro es inminente,— dijo el que parecía capitanearlo,— dentro de poco es muy probable que los absolutistas hagan suya la barricada, que comienza á desmoronarse; se están levantando otras, y es necesario además que fortifiquemos estas casas, para rechazar la entrada del enemigo.

Se fortificó en efecto.

Pusieronse parapetos provisionales en las rejías que daban á la calle, y apostáronse en ellas y en las ventanas aquel grupo de paisanos.

Al poco rato se cumplieron los vaticinios de aquel jefe.

Los carlistas asaltaron la barricada formada á la entrada del pueblo. Cuando avanzaban más animosos para tomar la segunda, una descarga horrrisona, salida de casa del tío Pedro, les mermó un gran número de voluntarios.

Los carlistas retrocedieron. Pero nuevos refuerzos llegaron y se empuñó una lucha titánica con los defensores de la segunda barricada y de la casa.

La primera fué tomada, y con ella las que se siguieron, haciéndose de este modo los absolutistas dueños de la población.

El edificio donde vivía el tío Pedro era el único que se sostenía aun.

Intimósele á la rendición.

Fueron rechazados los parlamentarios.

El empeño de los de D. Carlos creció.

Pero no había posibilidad de rendir aquellos valientes sino se apelaba á los medios violentos y reprobados que tanto han usado en esta guerra. los carlistas: el petróleo, y con él el incendio.

Púsose en ejecución el plan.

Pero los defensores del edificio no se rindieron. Se retiraron unos,

otros perecieron defendiéndose.

El brio del vencedor se estendió por todas las dependencias de la casa

Al penetrar una turba en una de las habitaciones bajas, quedó sorprendida ante un espectáculo desgarrador.

Vieron el cadáver de un venerable anciano tendido en el suelo, con la faz ensangrentada. Su mano derecha empuñaba aun el fusil que le habia servido de defensa. A sus piés, una mujer, más bien una niña, de hermosura sobrenatural lloraba, exhalando acongojados gritos.

Aquella muger era Mercedes. El difunto anciano que se encontraba á su lado era el tío Pedro.

Mercedes fué recogida de allí, y por órden de Anselmo conducida á casa de una tía suya por parte de madre.

Allí fué tratada con cuidadoso esmero. La tía, que amaba entrañablemente á su sobrino y conocia la pasion que aquella muger habia despertado en su pecho, trató de mostrar las mayores atenciones con ella.

La pobre niña, emocionada fuertemente por los últimos sucesos, permaneció en el lecho, durante algunos dias víctima de una enfermedad de carácter grave.

Su juventud y su constitucion pudieron más que las dolencias, y recobrose.

Durante los primeros dias de su restablecimiento hablóle la tía de Anselmo de diferente cosas que le distrajeran de sus negros pensamientos; despues le dió á conocer el buen corazon de su sobrino, la desesperacion de que habia sido víctima cuando la encontró en el lastimoso estado á que se habia visto reducida despues del combate, y por último le inició su creencia de que era adorada por aquel de una manera apasionada.

— Yo no puedo amar á nadie, — le repuso de una manera tristísima Mercedes.

— ¿Quién sabe? Tu corazon es jóven, el suyo apasionado; cuando te convenzas de la delicadeza de sus sentimientos y el grado de estimacion que te tiene, puede que seas ménos desdeñosa. En él encontrarías á la par el cariño de esposo, de padre y de hermano que tu alma necesita.

La vieja calló, y Mercedes rompió á llorar.

Este era el tema de todas las conversaciones de aquellas dos mugeres.

Por fin, tres meses despues de la catástrofe última, Anselmo, que se habia presentado y reconocido á don Alfonso, voló al lado de su familia, y mostro con sus palabras, con sus ademanes, la intensidad de su pasion.

Debemos advertir que para Mercedes Anselmo era simpático. Desde el momento aquel en que habia librado á su padre de la muerte, la jóven le habia cobrado un cariño fraternal.

El ex-oficial carlista no quedó descontento de su primera entrevista con la huérfana.

Un día, cuando mayores esperanzas abrigaba de ser correspondido en su amorosa pasión, entró su padre con la faz desencajada, diciendo estas palabras:

— Hijo mio, Lorenzo vive aún.

— ¡Cómo! — replicó el hijo, pálido como un cadáver.

— Lee.

Anselmo leyó una carta de Lorenzo, que desde el hospital de Gerona les contaba á sus padres la manera milagrosa como se habia salvado, y les prometia reunirse con ellas dentro de algun tiempo.

Esta carta habia ido á parar á mano del padre de Anselmo, porque como habian muerto las personas á quienes iba dirigida, y él era hermano, ninguno mejor que él debia recibirla.

Este, que amaba de una manera extremada á su hijo, y solo ambicionaba su felicidad le preguntó con temeroso acento:

— ¿Qué hacemos?

— Por el pronto lo mejor es quemar esa carta y que no quede de ella vestigios. Nada contesteis tampoco, ni de ella conviene que se enteren. Yo padre mio, jugaré el todo por el todo.

— ¿Qué intentas?

— Saber que puedo esperar de Mercedes.

El jóven habló á la jóven; le declaró su amorosa pasión, empleando para ello toda la elocuencia de su acendrado amor; mostróse rendido á sus plantas y exigió una contestacion.

Mercedes pidió que se le concediera algun tiempo para reflexionar sobre ello, y á los dos dias, cuando Anselmo fué á saber su respuesta la obtuvo con estas palabras:

— Esta es mi mano.—Y alargó su diestra, que el enamorado jóven estrechó entre las suyas cubriéndola de besos y de lágrimas, derramadas por la emocion que le embargaba.

Mercedes habia reflexionado mucho para tomar aquella resolucion heroica que le violentaba terriblemente. Lorenzo habia muerto, es verdad, pero en su pecho existia vivo aún su recuerdo. Lloró, lloró mucho antes de decidirse á consumir tan cruel sacrificio, pero el agradecimiento de que era deudora á aquella familia, inclinaron su ánimo á responder al amor de aquel jóven, cuyo vehemente cariño conocia.

Luego, Mercedes estaba sola, sola en el mundo, sin familia, sin techo ni hogar; no tenia parientes próximos que por su posicion desahogada la pudiesen acoger en su compañía. Ella hubiera preferido vivir humildemente en un retiro, llorando sus penas, á ser la esposa de un hombre por quien no sentia más que una amistad hija del agradecimiento; pero esto no era posible. No habia otro remedio que aceptar la mano de aquel hombre y mostraras satisfecha por ello; al menos porque así estaba á cubierto de la miseria y de las desventuras.

Anselmo apresuró los preparativos de la boda.

Ella manifestó deseos de que se aplazara algun tiempo, durante el cual terminaria el luto, pero el primero que temia que de un momento á otro sobreviniera su primo, le dijo estas palabras :

—El gobierno á quien he jurado adhesion ha reconocido mis grados, y dentro de un mes, á lo más, tengo que presentarme á tomar posesion ; como no sé lo que despues de esto pueda acontecer, tendria singular satisfaccion en que V. fuera mia antes de abandonar el pueblo.

La pobre huérfana, que habia ya adquirido en el infortunio el hábito de la docilidad, tuvo que acceder á aquella peticion.

Mientras tanto habian llegado á C. otras cartas que Lorenzo habia dirigido á sus padres, y todas ellas fueron consumidas por el fuego.

El dia fijado para el enlace de Mercedes y Anselmo llegó.

Aquel mismo dia fué el en que apareció Lorenzo.

Ya sabemos lo demás.

XXIX

La noticia de que Lorenzo, el fusilado, habia resucitado, se extendió con rapidez por C.

El señor Tomás, el maestro de la poblacion, que habia estado oyendo misa, tuvo conocimiento de ello poco despues de haber entrado en su casa.

Presa de la mayor ansiedad corrió hácia la iglesia.

Entró en ella cuando las ceremonias nupciales habian terminado.

Lorenzo habia sido trasladado á la sacristía, donde inútilmente se le propinaban medicamentos para volverle á la vida.

La tia de Anselmo, que acompañaba los novios y se encontraba hácia la parte donde Lorenzo habia caido como si hubiera sido herido por una exhalacion, contempló al desdichado, y temerosa de que los novios le pudieran reconocer, le hizo conducir á la sacristía, de donde volvió poco despues de haberse verificado el casamiento, diciendo que el incidente habia sido producido por uno de los del acompañamiento á quien habia dado un vahido.

Mercedes y Anselmo ignoraron por el pronto la verdad de lo ocurrido.

El señor Tomás entró, como hemos dicho, en el templo, y se dirigió rápidamente hácia el sitio donde se encontraba su discípulo, al cual reconoció enseguida.

Hízose auxiliar de cuatro de los hombres que rodeaban el inanimado cuerpo del soldado, y le hizo trasladar á su casa que se encontraba á una corta distancia.

Llamóse al médico, que recomendó el mayor cuidado para el herido al bondadoso maestro de escuela.

Poco tardó el desventurado joven á volver á la vida, pero fué para quedar sumido en un delirio espantoso.

Así trascurrió aquel día. Al siguiente recobró Lorenzo sus sentidos, y no lo hizo sin romper en un llanto desconsolador.

La primera persona que encontró á su cabecera fué el señor Tomás, que le miraba con la espresion del más profundo sentimiento.

—¿Que ha pasado por mi?—dijo el joven como si acabara de despertar despues de una horrible pesadilla.

El anciano calló.

—¡Oh! hablad, padre mio; decidme que he soñado, que no son ciertas las visiones de mi mal aventurado sueño.

El silencio del primero continuó; temia engañar á su amado discípulo para luego hacerle caer en la más espantosa desesperacion, y por otra parte se resistia á ser el noticiero de tantas desdichas.

—Señor Tomás, padre mio, ¿Que loco he sido, verdad? Yo he soñado que me hallaba en un templo. Lleno de pavor mi pecho por las tinieblas que sumian la techumbre del mismo, se sintió acongojado de una horrible vision. Vi un altar iluminado, á su pié un sacerdote venerable, á su alrededor una muchedumbre curiosa, y á sus plantas dos jóvenes vestidos de gala. En el semblante del novio se leía la felicidad de que rebosaba su corazon: era mi primo Anselmo; ella, cubierta por un manto blanco como su castidad, le tendió su mano trémula y le acogió por marido. ¡Que horror! Escuché el sonido de sus palabras, reconocí su voz ¡era Mercedes! ¿Verdad que todo esto ha sido una alucinacion, un delirio? Si, un delirio yo siento aun la fiebre que me abrasa.

Don Tomás al escuchar estas palabras se sintió helado de espanto.

¿Se habria vuelto loco aquel desventurado?

Continuó callando.

Entre tanto Lorenzo seguia dirigiendo su ansiosa mirada á la faz de su maestro, y á medida que en ella notaba el combate de la lucha que en su corazon tenia lugar, se sentia flaquear y se estremecia de espanto.

Por fin, con la voz ahogada por la emocion, pudo el anciano articular estas frases:

— Deja esos pensamientos tristes; no martirices así tu imaginacion; piensa que tu cuerpo está débil y necesita tranquilidad y descanso.

— Yo no puedo vivir en esta ansiedad abrasadora, padre mio. Mercedes... y luego Anselmo... ¡Ah, miserable de mí! ¡y entre tanto ni un recuerdo para mis padres! ¡por qué no los encuentro junto á mí! ¿que ha sido de mis padres?, — dijo Lorenzo cambiando alternativamente de entonacion y como si entonces despertara verdaderamente del delirio.

Su mirada continuaba clavada en el señor Tomás.

Este, que se habia sentido más conmovido á cada nueva palabra de su discípulo, tenia su cabeza sobre el pecho.

Hubo una ligera pausa.

Por fin el anciano levantó su venerable cabeza, dirigió sus ojos arrasados de lágrimas al desdichado enfermo, y despues, con espresion que retrataba la angustia más intensa, los fijó en el cielo.

—¡Han muerto!— Dijo con apenador acento Lorenzo, dando un grito é incorporándose en el lecho.

—Si, Lorenzo, si hijo mio, Dios los ha querido para sí, Dios los ha recibido en su seno y desde allí, con la sonrisa de la felicidad en los labios, alientan á su hijo para que resista con cristiana resignacion todas las amarguras, aguardando que al terminar su vida irá á unírseles en el seno de la paz y de la bienaventuranza eterna que el Ser Supremo ha prometido á los que sufren.

Enmudecieron los dos.

Lorenzo gemia.

El pobre anciano, que le escuchaba con atormentadora pena, cayó en sus brazos colmándole de caricias.

Despues los sollozos fueron creciendo.

En medio de ellos se oyó la voz entrecortada del señor Tomás que decia estas palabras:

— Llorá, pobre hijo mio, llorá. ¡ Benditas una y mil veces las lágrimas, porque sin ellas el pecho estallaria al peso del infortunio !

—¡Un momento!— dijo con trémulo acento Lorenzo, dando un grito é incorporándose en el lecho.
 —Si, Lorenzo, si hijo mio, Dios los ha querido para sí, Dios los ha recibido en su seno y desde allí, con la sonrisa de la felicidad en los labios, alienta á su hijo para que resista con cristiana resignación todas las amarguras, recordando que al terminar su vida tal á tus pies en el seno de la paz y de la dichovencidura eterna que...

CONCLUSION

Lector querido :

Aqui termina la relacion hecha por el desventurado Lorenzo, en la posada de la poblacion en donde le encontré, segun te he contado en la Introduccion.

Quando hace algunos meses me pidió el editor de los *Episodios de la Guerra Civil* que le escribiera uno, concebí enseguida el proyecto de relatarte la HISTORIA DE UN FUSILADO. Me habia seducido la ingénuu sencillez, el relato tierno y verosimil que me habia hecho Lorenzo.

Sólo una consideracion me detenia ha hacerlo. Esta historica habia quedado sin terminacion, le faltaba, por decirlo así, el epilogo.

Y sin embargo, me puse á escribir las desventuras de Lorenzo; me proponia echarla un remiendo cuando llegara al final, inventando para ello el epilogo de que carecia.

Pero Dios, que indudablemente habia notado mi repugnancia por darte gato por liebre, como vulgarmente se dice, me deparó una buena sorpresa hace algunos dias, cuando yo iba á entregar el último original de esta verídica historia.

Ví á Lorenzo y tuve en ello una singular alegría, alegría que se turbó un tanto cuando me hice cargo del miserable estado en que se encontraba, del cual no te hablo porque, como tienes un buen corazon, quiero evitarte esta nueva tristeza.

Nos dimos las manos, y le enteré enseguida de la situacion en que me encontraba respeto al final de su historia, que me habia tomado la libertad de trasladar al papel.

— Yo, — le dije, — me habia ya resignado á pasar ante la vista suya y la de los que á V. conocen por falsario; pero puesto que se me presenta áun la ocasion de evitar que tal acusacion pese sobre mi conciencia, lo celebro y le invito para ello á que me dé las últimas noticias sobre su persona.

— ¡ Ah! — dijo sonriendo bondadosamente el héroe de esta historieta. — ¿ Con que persiste V. aun en el propósito de lanzar á los mundos de la publicidad , lo que no ha de tener atractivos para una gran parte del público ?

— Sí amigo, sí, — repuse yo. — Su relato debe interesar á todo aquel que posea un corazón sensible, como me interesó á mí. Si no lo consigo, será en último caso por la aridez de mi estilo , pero no por que el argumento deje de prestarse á ello.

— Bien; no insisto, — volvió á decir Lorenzo , — añada á lo ya dicho, que despues de separarme de V. me vine á Barcelona , donde debia recoger algunos de los alcances que se me adeudaban, y pretender una pensión en clase de inválido, cosa que hasta el presente no he conseguido, y desconfío conseguir. Que molestado por la herida del muslo tuve que entrar en un hospital donde se me reconoció, y donde se juzgó necesario amputarme la pierna, porque la herida se había enconado. Se me hizo la operación, y aquí me tiene V. reducido á la triste condicion de mendigo.

Ya no puedo volver á C. y al lado del señor Tomás , cómo el me ha suplicado algunas veces , porque á más de serme dolorosa la estancia en aquella poblacion á causa del recuerdo, no quiero ser gravoso á tan amable señor, que está reducido á la más miserable estrechez.

Maniféstele lo sensible que me era el verle reducido á tal extremo, y lo que de mi agrado fuera el poderle ser útil en algo, y por término á mi discurso le añadí :

— ¿ Y de los demás personajes que toman parte en su historia que sube V. ?

— Hace algunos dias me encontraba una noche implorando la caridad pública , cuando ví venir hácia mí un jóven militar con el grado de comandante, que llevaba á una señora del brazo. Me acerqué á pedirle una limosna y me rechazó. Al volver la vista hácia mf. ¿ A quién dirá V. que reconocí en aquel comandante?

— ¿ A quien?

— A mi primo Anselmo. ¡ La mujer que llevaba á su lado era Mercedes !

Al oír estas palabras me quedé frio.

A qué série de reflexiones se prestaba aquello.

¿ Puede Dios tolerar tantas maldades y probar de tal manera la resignacion de un sér desventurado ?

Si no existiera la otra vida, alguna vez los mortales creeríamos que el Sumo Hacedor es injusto.

Pero es que no vemos que los injustos somos los hombres.

Lorenzo, aquel pobre soldado, aquel héroe oscurecido, que habia perdido por la pátria su tranquilidad, sus padres, su hogar, su amor.

Aquel desgraciado que habia sufrido todos los tormentos de la suerte

adversa á consecuencia de una lucha infame y sanguinaria , hoy se veia reducido á la última miseria , viviendo á merced de las almas caritativas que por fortuna aun abundan , despreciado de la sociedad , porque la sociedad desprecia siempre al que no se le presenta vestido de galas , y olvidado de la patria.

Y mientras tanto Anselmo , que , huyendo al llamamiento hecho por el gobierno constituido , se habia revelado contra el mismo , que habia perseguido con furor á los leales , que con furor habia renovado las heridas de España , que habia destruido y aniquilado con el placer del monstruo ; aquel hombre que tanto mal habia causado , vestia el uniforme del ejército español y disfrutaba de las consideraciones y del desahogo que su posicion le prestaba.

Miré con espresion compasiva á aquel desventurado , que como yo habia quedado sumido en la mayor abstraccion , y estrechando su mano y despidiéndome con reiterados ofrecimientos , me alejé de aquel sitio , dejando caer una moneda en sus bolsillos.

— ¿ Qué ha sido despues de Lorenzo ? ¿ Dónde se encuentra ? — Me preguntarás tal vez ; no saciado aun con las últimas noticias que te he dado.

Si alguna vez , querido lector , al pasar por una calle , miras colocado en el hueco de una puerta á un jóven , ya envejecido por la desdicha , vestido con un desgarrado traje militar , sosteniéndose por una pierna de madera , y apoyándose en un nudoso palo , como si se doblegara al peso del infortunio ; si miras una mano trémula y suplicante que se estienda al que pasa con encogimiento y humildad , si oyes una voz plañidora , voz que llega hasta el fondo de tu alma , que pide con doliente entonacion una limosna por el amor de Dios ; piensa que aquel mortal desventurado es Lorenzo , y deposita en sus dedos suplicantes el óbolo santo ; que el Juez Supremo ha escrito en la conciencia de los hombres , como una de las más bellas virtudes , la caridad.

FIN

OBRAS ILUSTRADAS DE LA LIBRERÍA DE OLIVERES

NUEVAS PUBLICACIONES

LOS HIJOS DEL PUEBLO

SUS CONQUISTAS, SUS MARTIRIOS, SUS GLORIAS, SUS LUCHAS, SUS TRIUNFOS Y MEREcimientos

HISTORIA DE VEINTE SIGLOS

PUBLICADA

CON LOS MANUSCRITOS DE UN INTERES EXTRAORDINARIO QUE DEJÓ INÉDITOS

EL MALOGRADO

EUGENIO SUE

ESPLÉNDIDA EDICION, ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS EN ACERO

La obra completa consta de 384 entregas al precio de $\frac{1}{2}$ real cada una.

LA GUERRA CIVIL EN ESPAÑA

DE 1872 Á 1876

OBRA DEDICADA

AL HERÓICO EJÉRCITO ESPAÑOL

ORDENADA Y DIRIGIDA

POR D. JUAN BOTELLA CARBONELL

La obra completa consta de 105 entregas con sus láminas á $\frac{1}{2}$ real cada una.

LAS MARAVILLAS

Y PROGRESOS DEL SIGLO

CIENCIAS, ARTES, INDUSTRIA, DESCUBRIMIENTOS, VIAGES Y AVENTURAS

SEMANARIO REDACTADO POR UNA SOCIEDAD LITERARIA É ILUSTRADO

CON RETRATOS, VISTAS, ESCENAS, TIPOS, COSTUMBRES Y MAPAS

PERFECTAMENTE DIBUJADOS

Contiene los escritos mas recientes de reputados autores de todos los paises
y las relaciones de los viajeros y geógrafos mas autorizados

entre ellos

FLAMMARION, FIGUIER, JULIO VERNE, DE FONVIELLE, TISSANDIER, MAYNE-REID, RECLUS, STAHL, ZURCHER,
LIVINGSTONE, SPEKE, BURTON, GRANT, STANLEY, ETC.

Se publica por entregas á 1 real en toda España.

EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL

en Barcelona y Madrid á 4rs. tomo y 5 en los demas puntos del Reino.

EPISODIOS PUBLICADOS

- EL ÁNGEL DE SOMORROSTRO, por *Ramon Esparza é Iturralde*, parte I.
La misma parte II.
HISTORIA DE UN FUSILADO CONTADA POR EL MISMO, por *D. Juan Botella Carbonell*.

EPISODIOS EN PREPARACION

- EL DRAMA DE SAN JUAN DE LAS ABADESAS (fusilamiento de los prisioneros de Olot) por *D. Juan Botella Carbonell*, tomo I.
La misma obra, tomo II.
DESDE SANTOÑA A BILBAO. — Reseña histórica de la campaña llevada á cabo por el ejército nacional de Enero á Mayo de 1874, para levantar el sitio de Bilbao. — Descripción de las batallas. — Visita á los hospitales. — Escenas de la vida de campamento. — Diario del sitio y sufrimientos de la Invicta Villa de Bilbao, escrita por *D. Leon Torres de España*.
EL HEROE DE PUIGCERDÁ, por *D. Francisco Cañamaque*.
EL PRISIONERO DE ESTELLA, por el mismo autor.
Y otros que se anunciarán sucesivamente.
-

Se suscribe en Barcelona, librería de su editor, JUAN OLIVERES, Escudillers, 57, (al cual deberán dirigirse los pedidos): en Madrid en la casa de los Sres. E. y V. OLIVERES, calle de Tetuan, 44, y en las principales librerías de España y América.